

CIÓN
178

T. ORINE

1891-1892

BE

REPUSCHLO

1891-1892

1891-1892

1891-1892

1891-1892

1891-1892

1891-1892

1891-1892

1891-1892

1891-1892

1891-1892

1891-1892

1891-1892

1891-1892

1891-1892

1891-1892

1891-1892

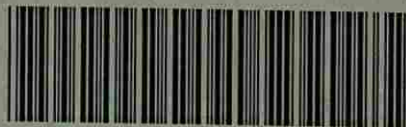
1891-1892

1891-1892

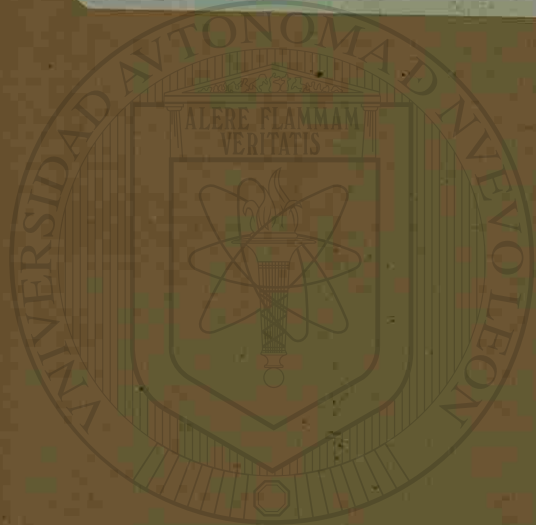
1891-1892

1891-1892

PQ2378
.03
C78
1907



1020026715



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL CREPUSCULO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N
Núm. Autor Oh 38c
Núm. Adg. 30643
Procedencia -8-
Precio AS
Fecha ref
Clasificó ref
Catalogó ref

BIBLIOTECA AMBOS MUNDOS

Se han publicado las obras siguientes:

- La Bohème**, por Murger (2 tomos).—2.^a edición.
El Crepúsculo, por Jorge Ohnet.—2.^a edición.
Indiana, por Jorge Sand.
Mimi Pinson, por Alfredo de Musset.
La Mujer de treinta años, por H. de Balzac.
Los Mineros de Polignies, por Elías Berthet.
Mujeres de Rapiña; La Señorita Cachemira, por Julio Claretie.
El Capitán Richard, por A. Dumas (padre).
Roma bajo Nerón, por I. J. Kraszewski.—(3.^a edición).
Dosia, por Enrique Gréville.
Renata Mauperin, por E. y J. de Goncourt.
El Último Ateniense, por Victor Rydberg.
El Libro de los Snobs, por W. M. Thackeray.
Las Lágrimas de Juana, por A. Houssaye.
Margot, por A. de Musset.—(Agotada).
Una Entretenida, por A. Houssaye.
Cuentos al oído, por A. Silvestre.
La Modelo, por E. y J. de Goncourt.—(2 tomos).
La Pecadora, por Arsenio Houssaye.

EN PREPARACIÓN

- El Cura de Longueval**, por F. Halévy.
Colomba, por Próspero Mérimée.
Espíritu, por Teófilo Gautier.

EL CREPÚSCULO

POR

Georges Ohnet

TRADUCCIÓN

DE

FRANCISCO CASANOVAS

ILUSTRADO

con 8 magníficas láminas en colores y varias en negro

FOR

GASPAR CAMPS

Segunda edición



BARCELONA

F. GRANADA Y C.^{ta}, Editores
DIPUTACIÓN, 344

BUENOS AIRES

SERAFÍN PONZILLO, Editor
B. MITRE, 1, 105

1907

85704

30643

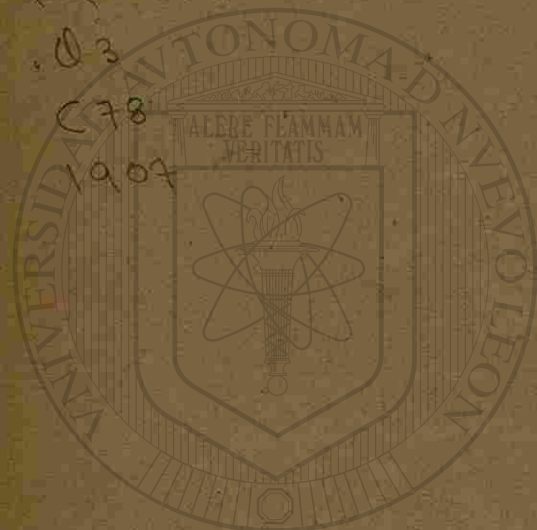
843
Q

PQ 2378

.03

C78

1907

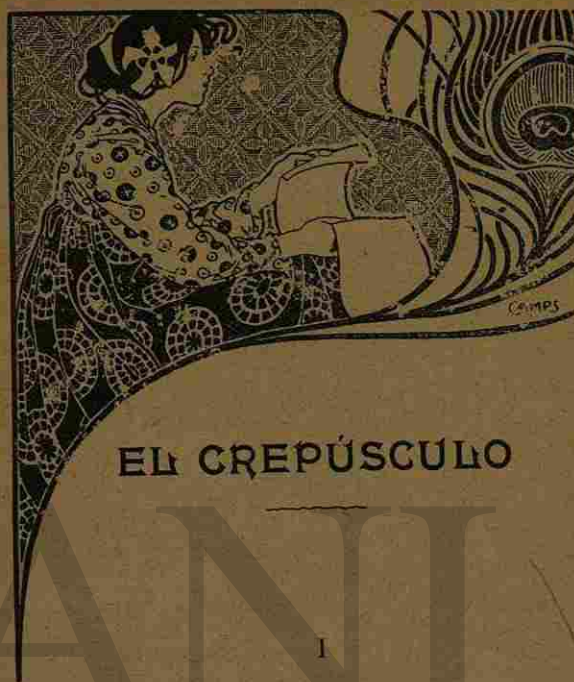


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

FONDO RICARDO GOVARRUBIAS



EL CREPÚSCULO

I

Mientras Ténérán hablaba en la gran sala del pabellón de Enrique IV, entre los sesenta comensales reunidos para festejar la medalla de honor conferida á Mels de Feutrait, el cebrado pintor de los frescos del Panteón, reinaba un silencio de aguzada curiosidad. Todos los semblantes convergían hacia el orador, mostrando en la brillantez de los ojos y en la movilidad de las facciones, la corriente de simpática comprensión que las unía en un común acuerdo. La voz de Ténérán, de timbre algo cascado, subrayaba con agradable habilidad

las frases de su brindis amistosamente irónico. Y causaba un delicado placer á aquellos artistas, literatos, actores y hombres de mundo, reunidos en aquel restaurant suburbano por su común admiración hacia el maestro, medir el vuelo de las silbadoras flechas, con las cuales, por encima de la cabeza de su amigo, Ténéran acriballaba al Instituto, su obsesión. El rostro ascético del crítico de arte se coloreaba de alegría; y á través de los cristales de sus lentes, sus ojos chispeaban.

—Observa á Ténéran,—dijo al oído de su vecina una joven morena de fisonomía irregular, pero simpática,—sus cejas se fruncen, sus labios se entreabren, parece una hiena...

—Es que está desgarrando un cadáver,—respondió riendo Celia Bazin, la literata, célebre apóstol del feminismo.—Ya sabes, Teresa, mi debilidad por Ténéran. Es un sensitivo exquisito, y además ¡ha sido y es todavía tan desgraciado!

—¡Oh! ¡Para ti todo el que sufre se convierte en objeto sagrado!

—Es verdad,—dijo gravemente Celia Bazin,—el sufrimiento es el mayor de los títulos á mi simpatía. Los dichosos no me interesan. Tienen demasiado mundo á su disposición para que puedan gozar entre sí. Yo me reservo para la miseria y el dolor.

—Es singular, Celia, que con esas ideas no te hayas hecho hermana de la caridad...

—¡Yo no tengo religión!—dijo con indife-

rencia Celia Bazin.—Y por otra parte, he prestado más servicios á la humanidad permaneciendo libre...

Una tempestad de bravos y aplausos interrumpió á las dos mujeres. Mels, acababa de levantarse para contestar á Ténéran. Alto, proporcionado, de rasgos regulares, y de pelo negro algo encanecido en las sienes, el maestro, á cincuenta años, conservaba todas las apariencias de la juventud. Había sido muy guapo, con una gracia viril y robusta. Y de pie, dominando toda la asamblea con la amplitud de sus movimientos, llenando la sala con su sonora voz, presentábase á las miradas como un magnífico triunfador.

—Ahora te toca á ti fijarte en Mels,—dijo Celia Bazin, á su amiga.—Está verdaderamente espléndido y debes sentirte enorgullecida por él. Si Ténéran es la hiena... Mels, es sin duda alguna el león...

Teresa Aufridi, la discípula preferida y amada tiernamente por el maestro, levantó su tranquila mirada hacia el pintor, y con voz reposada contestó:

—Está en su elemento. Las aclamaciones, los ditirambos, las fiestas, la lisonja, el incienso, todas esas bullidoras manifestaciones que son objeto de las crónicas al día siguiente, constituyen su manera de ser. En este momento está viviendo minutos deliciosos, viéndose objeto de esos artificiosos cumplidos de esas falsas felicitaciones, de toda esa gente que

le odia en el fondo, que le envidia, y que sólo ha venido para ser citada en las gacetillas de los periódicos, ó para presentarse desde ahora candidata á las funciones de que es titular Mels y á los honores que recibe. ¿Crees que ni uno solo de los que pululan alrededor del pobre Mels, enternecido hasta derramar lágrimas, viéndose acariciado y aclamado por todos esos comensales de quienes no alcanza á adivinar las restricciones mentales y las preocupaciones egoístas, ha venido para el triunfador?... ¡Celia, me sorprendes por tu ingenuidad!

—No me pesa que así me califiques; esto me rejuvenece, — dijo la literata sonriendo... — Pero al fin y al cabo, tú, Ténérán y Mayrault, estáis aquí para festejar á Mels con toda la sinceridad de vuestro corazón.

—Ténérán, Mayrault y yo, sí. Y además hubiera llamado mucho la atención si no hubiésemos asistido Ténérán, el compañero de infancia de Mels, yo, su pupila, y Mayrault su discípulo... Pero preferiríamos, no lo dudes, hallarnos sólo con él, á estar en medio de esta muchedumbre... Aquí no hay sinceridad...

Como si una corriente simpática hubiese enlazado el pensamiento de Teresa con el de Daniel Mayrault, el joven pintor, sentado en el otro extremo de la mesa entre los periodistas, dirigió una sonrisa resignada á las dos mujeres. Era un guapo mozo rubio, de pelo

corto y rizado, de ojos azules y una pequeña barba de oro. Su aspecto era dulce y reflexivo. Oía, distraído, las palabras del maestro, pensando tal vez, como Teresa, que toda aquella ceremonia no era más que un espectáculo ruidoso y vano, cuyo término sería un alivio para cuantos en ella tomaban parte.

Prodújose un gran tumulto, aclamaciones y aplausos coronaron el final del discurso de Mels, y en alegre desorden los asistentes se levantaron para pasar al salón inmediato donde les esperaba el café. Celia y Teresa, alcanzadas bien pronto por Ténérán y Mayrault quedáronse rezagadas, dejando que los más presurosos, envueltos en el humo de los cigarrillos que encendían á toda prisa, invadiesen el vasto salón, donde Mels, á merced del director de Bellas Artes, oficiaba con su aspecto más pontifical. Aprovechando una puerta entreabierta y una propicia escalera que se abría ante ellos, en pocos segundos halláronse en el patio del restaurant, y luego en la terraza de San Germán.

Eran próximamente las dos, y entre los resplandores de un hermoso día de verano, París, á lo lejos, desplegaba su inmensidad de piedra. En primer término, el Sena se deslizaba entre sus dos orillas cubiertas de vegetación, y la llanura, sembrada de frescos grupos de árboles, se extendía envuelta en el polvo de oro del sol. Era un cuadro maravilloso que absorbía las miradas y templaba la imagina-

ción. Apoyados en la balastrada, acariciados por la dulzura de aquel hemoso día, los cuatro amigos contemplaban silenciosamente aquel espectáculo. Al cabo de algunos minutos Ténéran exclamó:

—¡Es endiabladamente hermoso! ¡Quién es capaz de reproducir esto! ¿Se ha fijado, Mayrault en esta vibrante fluidez del aire, en esta manera de desarrollarse las masas, en este valor sucesivo de los términos? ¿Quién se atrevería, entre nuestros mejores paisajistas actuales, á abordar tamañas dificultades? Y, sin embargo, los grandes pintores antiguos no vacilaban en tratar el cuadro panorámico. Ruysdaël y Claudio de Lorena nos dejaron admirables modelos. Siempre era algo más interesante que el techo de paja á la derecha, el charco con los patos y un árbol á la izquierda y un pequeño espacio de cielo entre ambos. Pero, ¡qué diantre! es menos fácil.

—¡No hay nada fácil!—dijo Mayrault—y todo es interesante. Lo que importa es impresionarse ante la naturaleza y saber transmitir esa impresión al público.

—¡Bien dicho, muchacho!—exclamó Ténéran.—Este es simplemente el secreto del arte grande. Sí, amiguito, ser ingenuo y estar convencido, no preocuparse de las triquiñuelas del oficio, y hacer religiosamente lo que se ve, con un poco de sentido común. ¡Perfectamente! Pero con esas cualidades se obtiene un

Quentin, un Metzis ó un Antonio Moro. ¡No es poco, que digamos!

—¡Qué fastidioso es usted, Ténéran!—dijo Celia Bazin.—No podría olvidar por un instante, sus preocupaciones profesionales.

—Me es muy difícil,—respondió el crítico con tranquilidad.—He llegado á la certidumbre absoluta de que todo es vanidad, en la vida, excepto las convicciones estéticas. El amor es un engaño, la borrachera una abdicación, el juego una tontería. ¿Qué queda, pues, para hacer soportable la existencia á la miserable criatura pensante, sino el culto de la belleza? Esto es el arte. Si me quita usted este supremo y divino recurso, prefiero arrojarme en seguida al Sena que discurre á nuestros pies. Porque soy absolutamente incapaz de ocuparme con gusto de este desperdicio social que llaman Ténéran...

Teresa sonrió y meneando la cabeza:

—Hoy tiene usted mal día... ¿Qué siniestro suceso le ha ocurrido, mi buen amigo? ¿Será la fiesta oficial que acabamos de presenciar la que le ha puesto de tan mal humor?

—En efecto, esos festejos artificiosos, me entristecen cada día más, por su hipocresía. Pero son más bien las reflexiones que me he hecho relativas á Mels, durante el banquete, las que han oscurecido mi espíritu.

—Explíquenoslas usted,—insistió Celia Bazin.—Porque, no obstante sus ideas, la apotheosis ha sido hermosa.

¡Precisamente! Con la ausencia de sentido analítico que caracteriza á Mels, me temo que tome en serio todo ese ruido. Si se le suben á la cabeza las alabanzas que le han dedicado, será preciso que se las arranque, y sin tardanza. Su carácter no está dispuesto para sufrir tranquilamente esa prueba, y la bajada del Capitolio será muy dura para él. Mientras oía hablar á sus rivales, á sus compañeros y á sus enemigos, pues de todo había hoy á su alrededor, sacaba entre mí la cuenta de las decepciones que esperan á nuestro amigo y me preguntaba, al verle tan sensible á la gloria, cómo soportaría su pérdida.

—¿Y porqué debería perderla?—preguntó con sinceridad Mayrault.

—Porque cada uno de nosotros sólo goza de una hora brillante, después de la cual vienen las horas tristes. Lo más hermoso sería, amiguíto Mayrault, morir en la plenitud del talento, en el apogeo de la carrera. Para el artista, no hay destino más envidiable que el de Rafael, que desapareció después de haber producido algunas obras maestras, sin dar tiempo á sus discípulos de que le igualaran ó superaran... Pero el creador de belleza, el inventor de ficciones, el pintor ó el poeta que se sobrevive á sí mismo... Al desdichado que registra su cerebro como una mina agotada en la que no encuentra más que desperdicios inútiles; al iluso que traza en la tela nada más que formas huecas y descoloridas, hay que compadecerle

con toda el alma. Porque paga las horas de triunfo con años de decepción.

—¡Ay, amigo mío!—exclamó Celia Bazin. Durante las tres cuartas partes del tiempo, nadie apercibe su decadencia... Recuerde la historia de Gil Blas y del arzobispo de Granada... Cuando se advierte al escritor que sus últimas producciones son medianas, contesta que son las mejores...

—¡Y que somos unos envidiosos!

—Pero el público está siempre dispuesto á hacerle comprender la realidad de las cosas, separándose de él, no leyendo sus libros, ó no acudiendo á la representación de sus obras, si es un literato; no comprándole más cuadros, si es un pintor...

—¡Oh! queda siempre el recurso de decir que el público no lo entiende, que el gusto está estragado, que la Francia se halla en plena decadencia artística. La vanidad encuentra numerosos subterfugios... Y después, ¡caiga quien caiga!... Un hombre que haya tenido su hora de contrariedad, es menos digno de compasión, cuando aquella se le acaba, que el que nunca ha conocido el éxito... ¡Y los hay!

Ténéran no respondió. Miró al cielo que se teñía de gris en el lejano horizonte y pareció que se deleitaba en extremo en su contemplación. Luego sacó de su bolsillo una pipa corta de raíz de brezo y volviéndose sonriendo á las dos mujeres:

—¿Se escandalizarán ustedes si me entrego

á mis vicios groseros á la vista de este admirable panorama?

—Fume usted, Ténéran—dijo Celia Bazin, —no nos creeremos más ofendidas que la naturaleza.

—Siendo así, hijas mías, me hallaré en mejor disposición para contestaros.

Lanzó dos intensas bocanadas de humo que se desvanecieron en el puro ambiente, y prosiguió:

—No existen personas de talento que no hayan tenido, durante su existencia, una ocasión ú otra de triunfar. Algunas no han sabido aprovecharla. Pero ninguno ha dejado de tenerla. No crean ustedes á las personas que refunfuñan: «¡Nunca he tenido suerte! Si tengo tanto talento como el tal, ¿por qué ha podido llegar él y yo no?» Si se toman ustedes el trabajo de estudiar al fracasado y su vida, encontrarán invariablemente la razón de que se haya quedado por el camino. Carencia de dirección, de valor, de administración... ¡Una causa! Hay imprescindiblemente una causa. Y no voy á citaros ejemplos en casa ajena, sino que voy á hablaros de mí.

Hubo un momento de silencio. Mayrault y las dos mujeres, de codos en la balaustrada, se miraron con inquietud. Ténéran apoyó metódicamente el pulgar en el hogar de su pipa para apretar el tabaco, y sin la menor emoción, prosiguió:

—¿Por qué, yo, Adolfo Ténéran, después

de haber dado, en los comienzos de mi carrera, las más lisonjeras esperanzas, soy el fracasado mayor de nuestros tiempos? ¿Será porque he perdido el talento? No, en absoluto. Lo tengo, y lo pruebo todos los días, mucho más que otros que están en el pináculo y que hablan de mí con indiferencia, cuando no tienen algún libro nuevo que enviarme para que yo lo dé á conocer. Pues bien; á pesar de ello, estoy fuera de juego, acabado, sin esperanzas de volver á rehabilitarme, de que los lectores me tomen en serio, y de ser para mis colegas nada más que «el bueno de Ténéran». ¿Por qué? Porque á los cuarenta años, en la hora decisiva en que me desprendía de la masa, colocándome á la cabeza de mi generación, cuando acababa de publicar una novela de sensación, después de otros diez éxitos, encontre una mujer de la que me prendé neciamente, y que hizo de mí, en algunos meses, lo que la maga Circe supo hacer de los compañeros de Ulises. Todo lo que había de ideal en mí fué destruído por mi estúpido amor á la mujer á quien cometí la locura de dar mi nombre, y que me obligó, para sostener su lujo, para satisfacer sus gustos desordenados, á trabajos inútiles pero bien remunerados en los que envilecí mi talento, degradé mi reputación, y, para decirlo de una vez, en los que aniquilé mi inteligencia por algún tiempo. Iba á tocar la meta: la gloria estaba al alcance de mi mano, una mujer me detuvo de pronto en mi carrera, y luego me hizo re-

troceder. Mis facultades creadoras se embotaron en los trabajos periodísticos magníficamente retribuidos. Acostumbráronse á verme á merced de un billete de quinientos francos. Desde entonces, he dejado de ser alguien para ser algo, y la hermosa carrera de Adolfo Ténérán se vió cerrada, sin que le fuese posible volverla á abrir. Mi mujer, después de haberme arruinado material é intelectualmente, me hizo el único favor que podía hacerme: huir de mí. Y me he quedado solo, sobre los restos de mi vida completamente malograda, sin otro consuelo que el humo de la pipa que con tanta galantería me han permitido ustedes fumar, ni más goce que el hallazgo del talento y su valerosa defensa contra los envidiosos que quieren ahogarlo. He aquí, hijos míos, la verídica historia de Adolfo Ténérán que empezó por suplantar casi á Anatolio France y enterrar á Bourget, y que no será nada, ¡ni siquiera académico!

Celia Bazin dirigió á Ténérán una mirada inteligente y amistosa, diciendo:

—¿Y qué se ha hecho de su mujer? ¿Tiene usted noticias de ella?

—¡Sin duda! No deja que la olvide. No está resentida por lo que me ha hecho.

—Es una atención que hay que agradecerle. ¿Dónde está?

—Usted quiere decir: ¿con quién está? Con un señor muy rico y muy reputado: me engaña honrosamente.

—¿Y cómo lo sabe usted todo eso?

Porque mi mujer, de vez en cuando, me da noticias suyas. Es demasiado cobarde para vivir conmigo, pero no es lo suficiente estúpida para olvidarme. Si yo fuera tan rico como el otro, ó como los otros, querría vivir conmigo. Me preferiría. Pero ya ven ustedes, como no tengo dinero... Y á pesar de cuanto se diga, el dinero es el que proporciona la felicidad.

—¡Cuénteselo usted á las personas felices!

—Ya sé que protestarían con energía. ¿Dinero? ¿Para qué? Nosotros nos amamos, somos los reyes de la tierra. Tenemos veinte años y estamos preparando una obra sublime que va á proporcionarnos la gloria. Vamos adelante con nuestra fuerza y nuestra indiferencia, embriagados con nuestro ensueño, con los ojos clavados en el cielo. ¿Y nos habla usted de dinero? Es usted un innoble fariseo, señor Ténérán. No compare su inteligencia marchita con nuestra imaginación completamente nueva. El dinero es vil ¡pobre hombre! y nosotros lo despreciamos. A lo sumo jugamos con él al hito en medio de la calle. Pero en cuanto á preocuparnos de guardarlo en nuestros bolsillos ¡eso no! ¡Está bien, hijos míos! Seguid andando por algún tiempo, y cambiaréis de modo de pensar. El camino se irá haciendo malo, ó tal vez vuestras piernas perderán su admirable agilidad, y os será preciso entrar en el albergue á descansar y refocilaros. ¿Tenéis intención de pagar al ventero

con sueños de gloria, con aspiraciones al éxito ó con ditirambos sobre el amor? Explicadle á aquel hombre, cuando os lleve la cuenta, que sois los reyes de la tierra porque sois jóvenes, y que el dinero es vil, y que lo habéis arrojado, por desprecio, á lo largo de las cunetas, porque no valía la pena de recogerlo. Y no tardaréis en ser despedidos entre injurias; si no se le ocurre llamar á los guardias de orden público. ¡Vil el dinero! ¡Tratad entonces de vivir libres, dichosos y tranquilos sin dinero! Y luego venid á decirme cómo lo habéis hecho, para que yo pueda publicar la receta. El dinero no es vil, hijos míos, ¡el dinero es Dios! Fijad bien esto en la mollera. ¡Y no lo olvidéis jamás! Uno de los más grandes escritores de nuestros tiempos, á quien le preguntaban cuál era el objeto del arte, respondió cínicamente: «¡El de ganar dinero!» Pocos tendrán la orgullosa audacia de confesarlo. Pero cuantos os digan que desprecian el dinero, mentirán. No hay nadie que lo desprecie. Y los que no lo poseen, prescinden de él únicamente porque no les queda otro remedio. Y se les llama desgraciados. Lo que no prueba que sean muy envidiables.

—Pero diga usted de una vez, Ténérán,—exclamó Mayrault con cierta impaciencia,—si tuviera que escoger usted entre el talento ó la riqueza, ¿con cuál se quedaría?

El crítico hizo un mohín burlón.

—¡Tonto! Mi vida está ahí para contestar.

¿No me has comprendido aún? He sacrificado el talento á la fortuna. No he adquirido ésta ¡y he perdido el otro! ¡Ah! ¡valdría más morir de hambre en una guardilla, creando una obra maestra, que vivir en la abundancia y producir obras insignificantes! Pero para llegar á esa completa renuncia de los placeres humanos, se necesita una virtud sublime. ¿Te sientes capaz de ella? Yo no he podido. ¿Te figuras un Juan Francisco Millet pintando las *Espigadoras* y el *Angelus*, comiendo pan seco? ¿Cuántos son capaces de tan hermoso heroísmo? Imagínate aquel grande artista muriendo de miseria, y que en sus últimos instantes, por celeste revelación ve el salón de ventas en donde su cuadro se adjudicará por seiscientos mil francos á un viejo *snoob* que ha hecho su fortuna vendiendo tejidos. ¿Qué ocurrirá en su cerebro? ¿Se alegrará pensando que su nombre alcanzará la gloria y que su obra será inmortal? ¿O sentirá el amargo remordimiento de no haber gozado, en su vida presente, del favor público y de dejar á otros el beneficio de su trabajo?

—Querido amigo,—dijo Mayrault con firmeza—toda la cuestión se reduce á esto: ¿cree usted que un artista puede crear, en medio de comodidades y tranquilidad, la obra maestra que realizaría entre contrariedades é inquietudes?

—¡Yo no lo creo! ¡Con toda sinceridad,

pienso que la pobreza es el aguijón necesario del genio!

—Pues bien,—exclamó el joven, cuyos ojos brillaron de entusiasmo—¡viva la pobreza!

Teresa Aufridi contrajo rápidamente los labios. Su dulce y límpida mirada acarició el rostro de Daniel. Tiñéronse ligeramente sus mejillas, mientras Celia Bazin, batiendo palmas, exclamaba:

—Bien dicho, Mayrault. ¡Bravo, muchacho! De un zarpazo ha rasgado todas las paradojas de ese blasfemo de Ténéran. Vaya usted, buen hombre—añadió, volviéndose hacia el escritor.—Reserve sus teorías disolventes para los lectores á quienes trata de deslumbrar ó de entontecer. ¡Ya ve usted el caso que les hacemos aquí, y el efecto que nos producen!

Calláronse. La terraza se llenaba de grupos de amigos que salían del restaurant, disponiéndose á alcanzar el tren.

Coloradote, con acento decidido, el jefe de gabinete del ministro peroraba en un corro de candidatos á la Legión de Honor, y con facilidad puramente profesional, ensartaba frases y más frases que caían en medio de un silencio de admiración.

—Mirad,—dijo Ténéran,—este hermoso espectáculo de humillación humana. Allí, alrededor de ese burócrata, hay literatos, pintores, personas de talento. Ni uno solo, por un cintajo ó una encomienda, vacilaría en arrastrarse por el polvo. ¡Ah, Mayrault!... Le ha visto á

usted, se detiene, le hace signos para que vaya hacia á él... Corra usted, pues, joven, la gloria y la riqueza le llaman, por mediación de ese hombronazo tan miope y tan charlatán... ¿No va usted? ¡Está loco! ¿Rechaza usted la ocasión que se le ofrece?

Viendo que Mayrault no parecía dispuesto á obedecer sus signos, el funcionario, despidiendo con un gesto autoritario á sus cortesanos, se adelantó hacia el grupo de los amigos de Mels.

—¡Ah! señor Mayrault,—comprendo que nos haya abandonado usted tan pronto, al terminar la comida. Estaba usted aquí en agradable compañía...

Saludó á Teresa y á Celia, y dibujó una sonrisa para Ténéran. Parecía verdaderamente más dispuesto á agradar al crítico que á las dos mujeres. Pero Ténéran permaneció impasible.

—Deseaba hablar á usted de parte del ministro, del proyecto de decoración cuya ejecución ha puesto en movimiento á todos nuestros grandes maestros... ¿Por qué no ha enviado usted un boceto?

Mayrault se ruborizó.

—El señor Mels ha concurrido para obtener ese trábajo... No me hubiera parecido justo, ni decoroso aparecer como su contrincante.

—Esto es propio de un fiel amigo...

—No, de un discípulo agradecido...

—¡Muy bien, caballero, muy bien!

El funcionario se separó á un lado con Mayrault y bajando la voz:

—No ignoramos la parte que ha tomado usted en la ejecución del proyecto de Mels... Su mano de usted se conoce en todo... En el mundo de los artistas no se habla de otra cosa... Vaya usted mañana al ministerio, el ministro desea hablarle... No deje de ir, tanto en interés de Mels como en el suyo propio... ¿Puedo anunciarle á usted?

—Sea.

—Y no sea usted tan esquivo, querido,—prosiguió en voz alta el dispensador de gracias oficiales.—No falta quien le quiere; no vuelva usted la espalda á la fortuna...

—¡Ah—exclamó Ténérán irónicamente,—el rehúsar es un medio más seguro para obtener, que el pedir.

—Haga usted la prueba con todos aquellos que me esperan allá abajo, señor Ténérán,—dijo el funcionario, señalando la cohorte de los pedigüños que aguardaban dispuestos á reconstituir el acompañamiento.

—Aquellos,—dijo el crítico—no deben preocuparle. Los encontrará usted siempre. ¡Se reproducen como el cardo, á medida que se les arranca, con mayor fuerza todavía!

El funcionario, por medio de un hábil movimiento circular, logró deslizarse entre Ténérán y sus amigos. Encerró al crítico contra la balaustrada y teniéndole allí, casi á merced suya:

—Vamos á ver, querido maestro, ¿por qué

está usted tan duro contra nuestra administración? Ha vuelto usted á atacar á los conservadores del Louvre, á propósito del último cuadro comprado en Italia.

—¡Es un pastel putrefacto! ¡Y se ha pagado como si fuera una obra maestra!

—Nos han engañado, lo reconozco. Hay algunos retoques en la tela, pero el conjunto es agradable... ¡El estilo parece el de un gran maestro!

—¡Mal copiado por un falsificador! Si sus empleados no fueran tan ignorantes, sabrían que el original de ese cuadro está en el Palazzo Rosso en Génova... ¡Pero hay alguien que sepa nada hoy en día! ¡Se empieza afirmando y luego vienen los informes! Servidor de usted, señor mío. ¡Y mis felicitaciones á mis peritos!

Saludó y halló modo de reunirse con Celia y Teresa. Mayrault, que se esforzaba en atenuar los exabruptos de su amigo, dijo sonriendo:

—¡Es el fanatismo del arte! ¡La intención es buena.

—Desconfíe usted de los censores, amigo, nada hay tan peligroso como esos intransigentes que se pasan la vida lanzando anatemas. Son unos excéntricos que se esfuerzan en arrastrar á los demás por el camino tortuoso en que se han extraviado. Sólo se nada bien en medio de la corriente, no lo olvide usted, señor Mayrault. Usted se halla en alta mar:

permanezca ahí, no vaya usted, por benevolencia, hacia los bajos y los escollos. Mire usted, allí viene su maestro... Hasta la vista y pronto.

Mels salía á su vez del restaurant, con una escolta de amigos y se dirigía hacia el grupo oficial. Dió las gracias por última vez, saludó y separándose de los que le rodeaban, se dirigió con cierto apresuramiento á reunirse con sus íntimos.

—¡Uf! ¡Se acabó! ¡Ya estoy libre!—dijo alegremente. Se van con el tren. ¿No iremos á acompañarles, verdad?

—¡Puedes jurarlo sin temor á equivocarte!—exclamó Ténérán. Desde esta mañana que me veo forzado á estar en su compañía, y me dan asco. Volvamos á la sencillez y á la naturalidad.

—Te habrá puesto enfermo esto de comer en el pabellón de Enrique IV, con una comitiva de camaradas,—dijo Mels, golpeando gozosamente la espalda de su amigo. ¿Ha sido mediano el *menú*? ¿O inferiores los vinos?

—Todo era excelente. ¡Pero había los comensales!

—¡Viejo gruñidor! ¡Eran mis colegas y mis discípulos! ¿Te hubiera gustado, acaso, que no hubiese acudido nadie á festejar mi medalla de honor? Entonces hubieras predicado contra la envidia y la ingratitud.

—¿De modo que tú estás contento?

—¡Mucho!

—Vamos, mejor así. Pues bien: ahora que hemos dado término á esa pequeña fiesta, vámonos á casita. Y puesto que la multitud ha tomado el tren, nosotros tomaremos el vaporcito.

—¡El último vaporcito!—dijo gozosa Celia.

—¿Y tú Teresa, te has fastidiado como Ténérán?

—Cuando oigo hablar bien de usted, no me fastidio nunca.

—¡Mi buena Teresa!

Pasó su brazo por debajo del de la simpática niña, la apretó dulcemente contra su pecho, é irguiendo su alta persona, con aire de orgullosa satisfacción, dijo:

—¿Vamos á comer juntos, no es cierto?

—¡Ah! en cuanto á esto, siempre que tu quieras.

—Entonces, vámonos. Son más de las tres. Y por caminos de atajo, bajaron hasta la orilla.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE
LETRAS
FEB 1971
SAN ANTONIO, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

II

Un día en que Mels, preocupado por la composición de su cuadro *El Motín* había salido temprano del taller y se paseaba por los bulevares, pensando en la figura de la pequeña florista que se esconde en el quicio de una puerta, espantada por la vista de los muertos y heridos, se detuvo súbitamente. De-



lante de él, á pocos pasos, harapienta, pero bonita con sus harapos, morenita y delgada, de aspecto miserable, una niña de catorce á quince años, vendía ramitos de violetas á los transeuntes. Llevaba una pesada cesta al brazo y sonriendo y con la mano abierta ofrecía su mercancía. Era la encarnación de su ensueño, la niña deseada que se presentaba espontáneamente á los ojos del pintor. La muchacha

le tendió un ramito, clavando en el transeunte sus azules ojos. El tomó las flores y dijo:

—¿Cuántos te quedan en la cesta?

—Veintiuno, señor.

—Toma, aquí tienes cinco francos. Ven y hablaremos.

Esta conversación se cruzaba en la esquina de la calle Duphot, á dos pasos de la oficina de los ómnibus de la Magdalena. La niña frunció las cejas, pero siguió á Mels. Cuando llegaron á la plaza, ante la fuente, el pintor examinó silenciosamente á la muchacha, como si estudiara ya la posición que la haría tomar, y luego le preguntó:

—¿Quiéres ganar diez francos cada día?

Esta vez la muchacha se encolerizó. Miró de soslayo á Mels y con una libertad de lenguaje que probaba la triste experiencia de la vida que aprendiera en sus correrías por París, exclamó:

—¡No señor! ¡Yo vendo flores! ¡No vendo otra cosa!

Mels se puso encarnado y en su noble cara se pintó la sorpresa y la indignación.

—Oye tú, tunantuela—dijo—¿por quién me has tomado? Quiero hacerte servir de modelo para un cuadro. Toma, aquí tienes mi dirección...

Y le echó su tarjeta en el delantal.

—Si te decides á venir, no faltes mañana á las diez en punto... Entretanto, guarda los cinco francos y tus ramos.



Y repuesto ya de su cólera, le dió un golpecito en la mejilla, y atravesando el boulevard á grandes pasos, se alejó. En la tarjeta, la niña leyó estas palabras: «Mels de Feutrait, miembro del Instituto, 140, Avenida de Villiers.»

Al día siguiente, á las diez, la doméstica de Mels introducía á la pequeña florista en el taller del maestro. Iba vestida de harapos como la víspera, pero limpia. Llevaba la cesta al brazo, únicamente que estaba vacía.

—¿Qué tal, muchacha, lo has reflexionado mejor?—dijo el artista.

—Sí, señor, y además la tía Bavoyer, mi ama, me ha mandado que viniera.

—¡Ah! ¿tú ama? ¿En qué se ocupa?

—En nada, señor. Vive de las ganancias que le llevo cada noche.

—¿Y qué eres tú de la tía Bavoyer?

—No soy nada, señor, más que su criada y su vendedora... Me recogió cuando me abandonaron mis padres.

—¿Qué edad tenías?

—Tenía dos años, señor, según me dijo ella...

—¿Te habrá mantenido, pues, con su trabajo, cuando eras pequeña?

—¡Oh! no, señor, la tía Bavoyer entonces mendigaba, y me llevaba consigo. Yo era la que pedía y la que lloraba.

—¿Cómo la que lloraba? ¿Por qué llorabas?

—Pues, para interesar á los transeuntes.

—¿Llorabas á voluntad?

—¡Oh! no, señor, pero sabía que si no hubiese llorado, la tía Bavoyer me hubiera pellizcado hasta hacerme sangre. Y entonces, lloraba de miedo...

Mels cruzó las manos con indignación.

—¡Infame bruja! ¿Y tú no te quejabas? En la calle hay siempre agentes de la autoridad...

—¡Oh! señor, me daban aún más miedo los agentes que la tía Bavoyer. Y si me hubiese quejado, sabía perfectamente que me llevarían al Asilo de Infancia... Y yo prefería mi libertad... Bien mirado, la tía Bavoyer no era mala conmigo. Cuando le llevaba una buena colecta, me trataba bien... Y algunas veces, me conducía los domingos á pasear á Saint Ouen... Allí mendigábamos en los restaurants... ¡Eran nuestros días de fiesta!

—¿Así, pues, la tía Bavoyer es quien te ha mandado que vinieras?

—Sí, señor, y me ha encargado que fuese obediente á todo cuanto me mandara usted, que no había de resultar nada que no fuera muy provechoso para mí...

Mels levantó los ojos sobre la niña al oír esas horribles palabras. Mas la vió sonriente, con la mirada natural y la frente pura. Comprendió que había repetido, sin malicia, las instrucciones de su ama. Tocó el timbre, y apareció su doméstica, la anciana Prudencia.

—Aquí tiene usted una niña harapienta, Prudencia. Después de almorzar irá usted á

un almacén de confecciones y le traerá usted algunas ropas decentes... Para mi cuadro, su traje es admirable; pero para la vida ordinaria, es insuficiente. Vamos, chiquilla, sube á la tarima con tu cesta... Ponte en esta posición... ¡Bien, la naturalidad es perfecta!... No te muevas... ¿Cómo te llamas, hija mía?

—Teresa, señor.

—Pues bien, Teresa, habla, eso te distraerá.

Y empezó á dibujar su personaje al carbón sobre una tela, mientras que la niña continuaba ingenuamente la relación de su vida, tan corta y ya tan llena de episodios... Llamábase Teresa Aufridi, y era hija de una italiana que servía de modelo en los talleres de la plaza Pigalle. En cuanto á su padre, ¡échale un galgo! Mels recordaba perfectamente haber conocido á la hermosa Aufridi que había servido de modelo, durante una larga temporada, á Puvís de Chavannes para sus frescos del Panteón. El día menos pensado desapareció. Algún amante la llevaría consigo, sin querer cargar con la criatura, y nunca jamás se habían sabido noticias suyas.

Entonces fué cuando la tía Bavoyer recogió á la abandonada en su tugurio de la calle Lamarck. La única afección que sintió Teresa, durante su infancia, fué para Celia Bazin, otra pilluela como ella, con la que jugaban en los arroyos de la plaza de San Pedro, y en los días de fiestas, celebraban grandes orgías de patatas fritas, que compraban en un cucuru-

cho de papel en la pequeña tienda de la señora Bonoin.

Celia era la que obsequiaba á su camarada, pues Teresa no había poseído jamás un céntimo, y hubiera considerado como una indecencia engañar á la tía Bavoyer en el producto de sus colectas. Por lo demás, tampoco lo hubiera logrado. La bruja tenía una mirada esrutadora que leía en la cara de su pensionista, y una nariz puntiaguda que olía los céntimos en los bolsillos. Y todo aquel triste pasado de la niña se desenvolvía poco á poco ante Mels, silencioso y atento á su trabajo. Hacía tres horas que dibujaba, sin descansar un instante, cuando tirando el carboncillo, dijo:

—¡Basta por hoy!

La niña, al bajar de la tarima, dió un grito de sorpresa. En la tela, en un dibujo vigoroso, firme, magistral, estaba ella con su cesta al brazo, su falda agujereada y sus zapatos rotos. En un ángulo de la tela se veían otras dos cabezas en actitudes diferentes, estudiadas por el pintor. Y en cada actitud, en cada expresión, estaba Teresa, palpitante de verdad y transfigurada por el talento del artista. La niña miraba, muda de admiración.

—¡Ah, señor!—dijo por fin, uniendo las manos como para orar;—me dará usted una de esas tres caras ¿no es verdad?

—Sí, hija mía, pero cuando haya terminado el cuadro.

—¿Tardará usted mucho tiempo en hacerlo?

—¡Oh! algunas semanas, por lo menos...

—¡Mejor!

—¿De modo que no te fastidias aquí?

—¡Oh! no señor. ¡Es tan hermoso eso que usted hace!

—Pues bien, volverás mañana. En lugar de trabajar tomándolo de mis estudios, trabajaré del natural; será mucho mejor.

Tocó el timbre y apareció Prudencia.

—¿Ha comprado usted lo que le he dicho para esta niña?—preguntó Mels á su doméstica.

—Sí, señor, todo está en mi cuarto.

—Llévese, pues, á Teresa consigo, y condúzcala luego vestida con su nuevo traje.

Teresa dejó la avenida de Villiers vestida como nunca lo había estado desde su nacimiento, refocilada con una buena merienda, y con una moneda de oro de diez francos en el bolsillo. La tía Bavoyer la acogió con transportes de alegría, la interrogó acerca lo que había ocurrido, se manifestó contrariada por la ingenua relación de Teresa, pero se consoló quitándole el dinero y el vestido nuevo. Al día siguiente, cuando Teresa volvió al taller, iba tan destrozada como el primer día y los zapatos que arrastraba con los pies eran más rotos y descocidos. Mels le dijo:

—¡Cómo es eso! ¿Y tu ropa de ayer?

Teresa prorrumpió en llanto y mostrando á Mels su fisonomía consternada:

—¡Ah! señor, la tía Bavoyer me lo ha qui-

tado todo y me ha dicho que cuatro trapos viejos eran suficientes para lo que tenía que hacer aquí.

—¡Está bien!—dijo el pintor sonriendo. ¡Vamos, sube á la tarima!

Llamó á su ama de llaves, y enseñándole la niña:

—¡Mire usted cómo nos la devuelven!

—¡Ah, Dios mío. ¡Es posible!—exclamó la anciana mujer. ¿Entonces, qué es lo que va á hacer el señor?

—Voy á comprarle otros. Vuelva usted al almacén, Prudencia. Pero en el caso de que se repita lo de hoy ¡veremos!

El día transcurrió como el anterior. Mels empezó á esbozar su figura, y después, haciendo vestir y merendar á su modelo, la envió á casa de su ama. Al día siguiente Teresa no compareció. Mels estuvo aguardándola todo el día, nervioso y disgustado. Por la tarde dijo á Prudencia, que se sorprendió al saberlo:

—¿Ve usted? hemos sido engañados. Aquella muchacha es una hipócrita y su dueña una picaronaza de la que aquella es cómplice. Podremos llamarnos dichosos si no nos ha robado nada durante su corta permanencia.

—¡Oh! no, señor, no falta nada.

—¡Ha sido una suerte! Por lo demás tengo los estudios que he hecho con ella, que podrán bastarme. ¡Me cuestan dos trajes! ¡No lo siento! ¡La pequeña figura los valía!

Al día siguiente, quedó muy sorprendido

al ver entrar á Teresa, pero escoltada aquella vez por la tía Bavoyer.

—Ha de saber usted, señor—dijo la mendiga con voz melíflua,—que esta pilluela no quiso venir ayer á su casa y tampoco quería venir hoy. Después de lo que el señor ha hecho por ella, y de lo que está sin duda, dispuesto á hacer... ¡Pero es de la piel de los gitanos! Cuando pienso que hace doce años que la tengo, que la mantengo y que la cuido, como si fuera una hija... Y aunque la pusiera en un mortero, señor, aunque la triturasen usted, no sacaría de ella un adarme de gratitud.

Mels clavó los ojos en la Bavoyer y mostrándole á Teresa más sucia y destrozada que nunca:

—Oiga usted, buena mujer, ¿es acaso su casa el Conservatorio de los harapos? Cuantos más vestidos nuevos doy á esta niña, más viejos los vuelve.

—Señor, voy á decirle á usted; esto depende de su falta de cuidado. Esta niña ensucia todo lo que toca... Así es que le guardo lo más decente para los días de fiesta.

—El caso es señora Bavoyer... ¿Se llama usted así, no es cierto? El caso es que los días de fiesta me parece que para ella debían ser los que venía en mi casa. ¿Por qué no viniste ayer, Teresa?

La niña bajó la cabeza sin contestar...

—¿Preferiste irte de paseo y vender flores?

Teresa lanzó á Mels una mirada de recon-
vención, pero permaneció silenciosa.

—Habla—prorrumpió la Bavoyer con
voz insinuante, acercándose á la niña.—Dile
á ese bueno y excelente señor que no quisiste
venir ayer... Habla de una vez...

Y le agarró los brazos con fuerza. Teresa
rugió de dolor bajo las garras de la bruja, pero
siguió callando.

—Bueno, señora Bavoyer, puesto que la ha
traído usted, déjela. La haré servir por hoy
todavía, y lo daremos por terminado.

—Ya lo ves, ya lo ves,—gruñó la mendiga
—has perdido el afecto de tu protector. ¡Qué
habré hecho, señor, para caer en manos de una
criatura tan imbécil como esta! ¡Al menos
procura contentarle, ya que es la última vez!

Después de despedir á la bruja, Mels se
acercó á la niña y mirándola atentamente:

—Ahora que estamos solos, vas á decirme
porqué no viniste ayer... ¿verdad? ¿No ten-
drías miedo de mí?

Teresa con la cabeza baja, como si la lleva-
ran al suplicio, hizo que no.

—Pues bien, siendo así, explícate. ¿Eres
tan ingrata como supone la tía Bavoyer? ¿Será
cierto que no sabes distinguir el bien y el mal?

La niña sin responder se puso á llorar. Lue-
go, acosada por las preguntas de Mels, acabó
por confesarlo todo. Que la tía Bavoyer le ha-
bía dicho que su fortuna estaba hecha si sabía
manejarse, y que entonces le había dado tan

atroces consejos que indignada había tomado
la resolución de no volver al taller. Y que sólo
á la fuerza su dueña la había conducido aquel
día, con las más terribles amenazas, en el caso
de que ella no se arreglara de modo que el
«señor no pudiera rehusar nada cuando se le
pidiera dinero».

Mels, pensativo, se paseó por el taller mi-
rando á hurtadillas á la muchacha que seguía
llorando. Aquel paseo pareció que le calmaba
los nervios, hasta que deteniéndose ante Te-
resa:

—Hija mía, esa vieja con quien vives, es
un monstruo. Sus proyectos relativos á ti son
perfectamente claros. Y lo que no ha resultado
esta vez, porque has dado con un hombre hon-
rado, podría sucederte si cayeras en manos de
un individuo sin escrúpulos. No obstante, se-
ría conveniente saber si te gustaría seguir
siendo una muchacha buena, ó convertirte en
una niña perdida, como las que desgraciada-
mente se encuentran por las calles. Tú eres la
que debes darme á conocer tu preferencia...
Según lo que respondas, haré.

Entonces con súplicas ardientes, la niña
rogó á Mels, que no la abandonara. Y esta
vez no había manera de dudar de su sinceri-
dad. Pidió que la tomara en casa en calidad de
doméstica, antes que volverla á Montmartre:

—¡Ah, señor! ningún trabajo será demasia-
do duro para mí, con tal de que yo no vuelva
á entrar en casa de la tía Bavoyer... Ella me

comisario mismo, se encargaría de allanar administrativamente todas las dificultades.

De la noche á la mañana Teresa se encontró, pues, elevada al rango de pupila de Mels. Andaba por la casa, ligera y silenciosa, interesándose por todo lo que veía, leyendo con pasión los libros que caían bajo sus manos, embebeciéndose en la contemplación de las carteras en que Mels, desde hacia veinte años, iba coleccionando los mejores grabados.

Una mañana al entrar en su estudio, el pintor sorprendió á su pupila ante una tela, tan absorta en dibujar que no oyó sus pasos. De este modo pudo llegar hasta la muchacha, y con curiosidad observó que estaba copiando un dibujo de Greuse. Púsole una mano en el hombro. Teresa se volvió confusa y ruborizada. Y permaneció allí, con el lápiz al aire, mirando á Mels, llena de inquietud. El, con tranquilidad, tomó la copia, la examinó, y mostrando el original, con algunos breves trazos indicó á Teresa los defectos de su trabajo. Luego, dando un golpecito en la mejilla de la niña:

—¿Te gustaría aprender á dibujar?

—¡Oh, sí, mucho!

—Pues bien, te daré lecciones.

Pronto se dió cuenta de que tenía aptitud. Con extraordinaria finura de percepción sorprendía las formas y los colores y los reproducía con absoluta verdad. Su impresionismo ingenuo, y por decirlo así, bárbaro, interesó á

Mels. Puso á la niña, desde el primer día, frente á frente de la naturaleza. Nada de modelos litografiados, nada de academias escolásticas. Tomaba algunas flores, las componía en un jarro sobre la mesa, y decía á Teresa:

—Copia esto. Arréglate como quieras. Blanco, negro, pasteles, usa de los lápices que te gusten, con tal de que obtengas el efecto.

Y Teresa, con asombrosa facilidad, mezclando el lápiz, el carbón, los colores, obtenía un resultado tan extraordinario que el pintor estaba como escandalizado. Un día encontró á la niña ocupada trabajando al lado de la anciana Prudencia. Sentada sobre la ropa blanca, recibiendo la luz de una simple ventana y con la cartera sobre las rodillas, copiaba el perfil del ama de llaves que estaba remendando las camisas de su amo. Mels, permaneció un instante silencioso ante el dibujo de Teresa. Era de una semejanza exactísima, con un mecanismo torpe de principiante. Pero de aquel esbozo infantil se desprendía un sentimiento tan puro y sincero, que el maestro se quedó impresionado. Tomó el papel y dijo:

—No lo toques más, lo estropearías. Firmalo y pon la fecha. Lo volverás á ver con gusto más tarde, cuando tengas talento.

—¿Cree usted, que le tendré?—preguntó la muchacha sonriendo.

—Sí, seguramente, si trabajas.

—¡Ah! no pido otra cosa. Sólo esto me da

vierte.

30643

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO HERNÁNDEZ"
6625 MONTERREY, MEXICO

Al día siguiente, la casualidad hizo que uno de los colegas de Mels, ilustre pintor de retratos, una de las glorias de la escuela francesa, visitara su taller, y encontró el dibujo sobre una mesa. Lo tomó, lo miró con curiosidad, y luego dirigiéndose á su amigo:

—¿Qué es este estudio de vieja firmado Teresa?

—¡Ah! ¿también te llama la atención?

—¡Es extraordinario!... ¡Parece un Holbein!

—¿Verdad? Pues bien, amigo mío, es de una picaruela de catorce años, que he recogido por caridad, y que vive conmigo.

—¡Es sorprendente! Preséntamela.

Teresa, llamada, apareció.

—¡Ah! si es la muchacha de tu cuadro *El Motín*!... ¡Es muy linda esta niña! Señorita, ¿quiere usted regalarme su dibujo? ¿Y en cambio le pintaré su retrato?

—Ahí tienes, Teresa ¡te vas á hacer célebre!

—dijo Mels, con forzada sonrisa. Cambió de conversación y despidió á su discípula. Reflexionando, quedó sorprendido de la impresión desagradable que le produjo la lisonjera petición dirigida á Teresa. Concibió como una especie de celos.

Se examinó más severamente y observó que Teresa había tomado ya, en sus preocupaciones, un sitio más grande del que él quiso asignarle. Sintió un brusco movimiento de reacción. Deseaba permanecer independien-

te y no sufrir ninguna tiranía, por más dulce que fuese. Había permanecido soltero, y no estaba sometido á ningún enlace regular. Hallábase bien con ese régimen sin desear cambiarlo, ni complicar su vida con los cuidados de una familia improvisada.

Entonces cruzó por su imaginación la idea de que había cometido una tontería encargándose de la huérfana. Luego su natural generosidad se sobrepuso. Resolvió no declinar ninguno de los deberes que se había impuesto, pero se propuso hacerlos lo menos molestos posible. Y esta decisión le condujo á poner á Teresa de pensionista en un colegio para que aprendiera lo que ignoraba: esto es, todo. Había en la vecindad una excelente escuela para niñas. Con gran pesar, Teresa tuvo que asistir á ella desde por la mañana hasta la hora de comer. De este modo Mels, recobró su libertad y su pupila recibió una completa instrucción.

Pero no por ello dejó de dibujar. Las veladas las empleaba al lado de la anciana Prudencia, cosiendo ropa blanca. Como Mels comía todas las noches invitado por familias del gran mundo ó en el casino, Teresa sólo le veía un instante por la mañana, antes de marcharse, y los domingos. Sus relaciones se mantenían en una perfecta corrección. Se hubiera dicho que eran tío ó tutor y sobrina ó pupila.

Mels, tenía entonces cuarenta y cinco años, y conservaba aún el aspecto de guapo mozo

de su juventud. Su alta y proporcionada estatura no había adquirido todavía carácter majestuoso, merced á los ejercicios corporales y á la hidroterapia. Su hermoso rostro de patricio italiano, encuadrado por una barba negra y puntiaguda, se arrugaba apenas, y sus cabellos se encanecían únicamente en las sienes.

Continuaba manteniendo sus grandes éxitos en el gran mundo. Lo que no obstaba para que confiara á sus amigos que estaba completamente desengañado de sus relaciones con las grandes damas. Abundaban más las tazas de té que los besos. Y todas sus atenciones eran vanas, huecas, fugitivas. No le dejaban más tiempo que el de oír el roce de los refajos de seda, marchitar una violeta y escapar rápidamente, por que el sastre, la modista, el peluquero, el marido ó la madre esperaban.

Sentía el cansancio del movimiento mundano, aspiraba á los goces íntimos, pero no quería persuadirse de que era la prudente naturaleza la que le daba el consejo de retirarse, porque la vejez estaba casi dispuesta á llamar á su puerta, y muy pronto no podría correr. Mientras tanto, había tomado una cocinera, y comía en casa, con gran contentamiento de Teresa.

El tiempo había transcurrido también para la niña, que tenía entonces diez y siete años. No era ya la pequeña mendiga del bulevar de la Magdalena, pero tampoco era la seño-

rita de la burguesía. Era de mediana estatura, bien proporcionada, de rostro moreno, de ojos azules y pelo rizado naturalmente. Todas las nociones confusas y pedantescas sobre literatura, historia y demás, que los distinguidos profesores—todos de la Universidad—enseñaban á las jóvenes educandas de la señorita Batilly, las había almacenado en su cabeza. Desde el punto de vista clásico era una sabihonda como sus compañeras, emitiendo las opiniones aprendidas con una precisión tan aflictiva como impecable.

Pero lo que aquellos brillantes educadores, á pesar de sus esfuerzos, no habían podido deformar en ella, era su buen sentido artístico, que se había conservado en absoluto. Como tampoco la forma burlona de discurrir. Tenía impresa para siempre la huella de su vida nómada. Su jerga de Montmartre rebrotaba entre las bellas frases aprendidas, como la cicuta en medio de los prados ingleses, bien recortados y soberbiamente peinados.

Grave ocasión de escándalo era, cuando en el curso de literatura el profesor fustigaba, con tanta mayor fogosidad cuanto que no había nadie para contradecirle, á algún autor moderno leído por Teresa durante los domingos, en el estudio de Mels, y la discípula protestaba con algunos «oh» irrespetuosos. Un día que el bueno y espiritual Labiche había sido tratado desde su inmortalidad como un

simple viviente, llegó hasta lanzar un «¡Ah, tonto!» que hizo época.

La señorita Batilly quedó sofocada. Se trató de devolver á Teresa á su tutor. Pero Mels era un señor demasiado conspicuo para permitirse ciertas libertades con él. Fué informado por carta de los exabruptos de lenguaje de la señorita Aufridi. Y con su más hermoso carácter de letra, el artista contestó que á su entender la culpa era del profesor, y que las alusiones ofensivas á autores todavía vivientes ó apenas desaparecidos le parecían altamente inconvenientes. «A decir verdad, no aprobaba que la señorita Teresa hubiese dejado hablar su razón en forma tal vez excesivamente popular, pero estaba seguro de que ningún académico la culparía á causa de su intención.»

Lo cierto es que el modernismo de Teresa se revelaba en todo. Tenía ingenio y del más chispeante. Pero su corazón era de una sensibilidad para los humildes que llegaba á afectar formas revolucionarias. En el fondo, pertenecía al pueblo, y lo amaba. En una riña entre un cochero particular y un cochero de plaza, instintivamente se ponía de parte del último.

Esta tendencia, que hubiera podido dar vulgaridad á su carácter, quedaba realzada por un gusto refinado que hacía refinar siempre á Teresa del lado de la belleza. Unos versos sonoros, unas suaves melodías, un rostro

gracioso, una palabra elegante la hallaban sinceramente dispuesta á la admiración. Y no se engañaba jamás respecto al valor real de lo que veía ó oía. Su juicio era exacto; y como lo decía sonriendo, nadie se daba por ofendido. En suma, era una persona nada común, que no pasaba nunca inadvertida, y cuyos ojos azules y voz grave formaban un seductor contraste.

Tenía diez y ocho años cuando Mels, que contaba cuarenta y cinco, se decidió á tenerla definitivamente en casa. La vuelta de Teresa coincidió con el propósito de Mels de renunciar á la vida de solterón. Si el mundo pudiese razonar con justicia y juzgar serenamente, hubiera aprobado que aquel hombre, ya maduro, se creará un interior agradable, gracias á aquella deliciosa muchacha, con objeto de envejecer en la placidez y la tranquilidad. Pero ¿qué sería el mundo, si no fuese estúpido y malo?

Los primeros que vieron en casa de Mels el lindo rostro de Teresa, sonrieron con intención. En ocho días se propaló el rumor de que el pintor había instalado en su casa una amante deliciosa. El retrato de la joven, expuesto aquel año en el Salón, y que es sin duda la obra maestra del artista produjo inmensa impresión. Fué reproducido en todas las ilustraciones, grabado, fotografiado. El ministerio quiso comprarlo para el Luxem-

burgo, pero no se había puesto á la venta. Mels lo guardaba para sí.

El año siguiente, nueva sensación, más formidable tal vez, por lo inesperada. Teresa exponía por primera vez, y había enviado el retrato de Mels. Aquella tela, tan notable por su brillantez de color, por los tronos grises plateados del fondo y por la luz dorada que iluminaba la figura fué calificada de primer orden. Era la revelación de una nueva manera. El impresionismo marcaba en ella su influencia, pero la ejecución amplia y precisa recordaba á Franz Hals. Teresa Aufridi, de golpe, quedaba clasificada entre los más hábiles ejecutantes de la escuela contemporánea.

La sorpresa causada por su talento redoblaba la curiosidad que despertaba su persona. Todos querían conocerla, y los que podían, merced á sus relaciones de amistad con Mels, aproximarse á la joven artista, quedaban súbitamente prendados de la simpatía que de ella emanaba. Y se quedaban sin saber qué pensar.

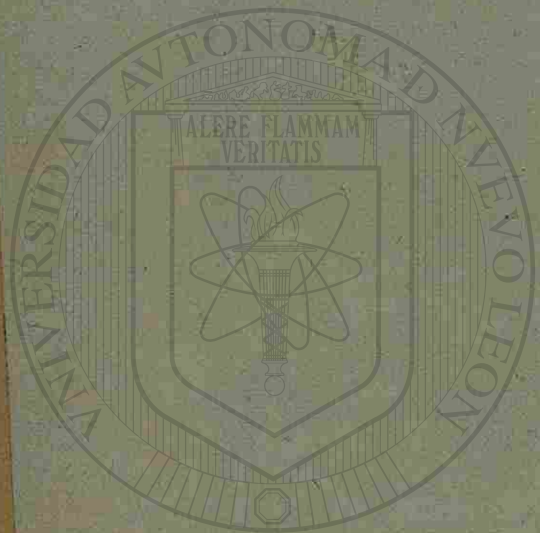
Al verla en el estudio de Mels, modesta, sonriente, graciosa y con tan perfecta corrección, íbanse disipando las anteriores calumnias. ¿Aquella joven, tan sencilla, tan respetuosa, tan fina, la amante del viejo pintor? Los jóvenes protestaban de aquella suposición, con todo el ardor de sus deseos. Los viejos, sintiéndose incapaces de seducir aquella gracia y aquella inteligencia, meneaban la



cabeza, diciendo: ¡Es imposible! La reputación de Teresa quedó, pues, salvaguardada por su gloria. Y pareció más incorruptible, porque tenía más talento.

La verdad la traducía Ténéran con más exactitud cuando decía:

—¿Por qué no debemos admitir que Mels sea un buen hombre que ha concedido el lujo de la paternidad sin los inconvenientes del matrimonio? Ha criado á Teresa Aufridi, la ha instruído en su arte y ha hecho de ella una mujer notable. La cosa no es seguramente muy común. En primer lugar porque precisa ser un grande artista como Mels, y después porque es necesario encontrar un sujeto superior como Teresa. Pero conviniendo en que la conjunción de esas diversas rarezas se ha realizado, ¿por qué hemos de explicirlas con malignas suposiciones? ¡La humanidad es muy vil y muy estúpida, si no puede asignar á la intimidad de dos seres de sexo diferente más que móviles degradantes! Teresa vive con Mels, luego es su amante. Esta es la delicada conclusión del pensamiento mundano. La más baja corrupción material, la más asquerosa sensualidad son todo lo que nuestros contemporáneos descubren en el recíproco afecto entre un Mels y una Teresa. ¡Honor á nuestros tiempos! Su ideal es claramente el de una matrona que vende criaturas á señores viejos. Este siglo es el honor de nuestra historia. Habrá visto el adveni-



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
FACULTAD DE CIENCIAS
DIRECCIÓN GENERAL
CALLE 1625 MONTERREY, N.M.L.

miento de la pornografía en literatura, el reino de la corrupción en política, y la quiebra del gusto en las artes. ¡Es el triunfo de la podredumbre y la imbecilidad!

Pero Ténérán era un blasfemo. En todo cuanto decía había que creerle á medias. Este siglo no es tan infame como supone, y sobre todo tan estúpido. Y en cuanto á Mels, era el más honrado de los hombres, el más delicado de los maestros, y el más atento de los tutores. Sólo que no estaba enteramente seguro de que no amara secretamente á Teresa.

Nunca se lo había preguntado á sí mismo. Y seguramente lo ignoraba. Pero en su manera de ser respecto á la joven había algo más que bondad paternal. Una gracia cariñosa, una coquetería rebuscada regulaban la conducta de Mels. Nunca salía de sus labios una palabra que no fuese correcta y de buena ley, pero en todo se traslucía un deseo de agradar, y sus vivas miradas y su dulce sonrisa no hubieran podido engañar á una mujer de experiencia.

Pero Teresa no tenía ninguna experiencia. Ignoraba la coquetería. Durante su vida vagabunda sólo conoció de los hombres la grosería y la imprudencia. ¿Cómo podía descubrir, bajo la envoltura de la delicadeza y la simpatía que lo disimulaban, el obscuro amor que su maestro había concebido por ella? Sin embargo una persona en quien ella

tenía entera confianza, se decidió á abrirle los ojos.

Celia Bazin, por una afortunada casualidad semejante á la que favorecía á su amiga, fué colocada en una escuela del Estado, gracias á la protección del consejero municipal de su barrio, y mientras que Teresa se convertía en la discípula de Mels, salía del liceo Molière con su título de enseñanza superior. Solicitada á que se presentara á la escuela de Sèvres, que es la escuela normal de las mujeres, prefirió su libertad: y arrastrada por su poderosa imaginación, empezó la serie de notables estudios literarios sobre *La condición de la mujer en la Sociedad moderna*. La casualidad, ó más bien las afinidades naturales, habían enlazado aquellas dos inteligencias hermanas por el talento. Del compañerismo callejero de otros tiempos nació una amistad sólida, ilustrada y confidente.

Celia sabía todo lo de Teresa. Teresa se hacía explicar extensamente los proyectos de la literata. Cuando llegaba la noche imposibilitando el trabajo, Mels salía á hacer sus visitas y á respirar el aire de los salones, ocupación indispensable para su vida moral. Entonces Celia aparecía, y fumando cigarrillos, ambas amigas conversaban en la penumbra, con voces de ensueño.

Eran los momentos más deliciosos para ellas. ¡Sentíanse tan bien en aquella confianza! Hablaban únicamente para ellas, seguras

de ser comprendidas, aprobadas, tan semejantes eran sus puntos de vista. Una y otra eran modernistas, con intransigencia, en todo cuanto concernía á sus gustos personales y á sus tendencias artísticas. Enteramente colectivas, cuando se trataba de los demás. No era raro que Teresa dijera hablando de un pintor: «No me gusta lo que hace, pero tiene talento.» En cuanto á Celia, tenía la costumbre de declarar que no hay que exigir que las manzanas tengan el sabor de las ananas, y que las buenas manzanas no son despreciables.

Sin embargo, lo que hacía perder á Celia toda dulzura y hasta toda cordura, era lo concerniente á la suerte de los animales. Consentía en ver sufrir á los hombres pero no admitía que se atormentase á las bestias. En su consecuencia, mantenía en su casa un serrallo de gatos, perros y pájaros recogidos por caridad, que hacían peligroso el visitarla á cuantos no participaban de su intimidad. Aquella extraña joven, de una sensibilidad exaltada y de un realismo violento, formaba con la tranquila, dulce y tierna Teresa, el más completo contraste. Tal vez esta era la razón porque se gustaban tanto una á otra. Un día que Celia, medio tendida en el diván del estudio, observaba á su amiga mientras pintaba, exclamó de improviso:

—En suma, Teresa ¿cuál es tu situación

aquí? ¿Y cuáles son tus intenciones para el porvenir?

A esta pregunta, disparada después de un largo silencio, durante el cual las ideas de Celia se fueron amontonando, como nubarrones que preludían un naufragio, Teresa se volvió, dejó la paleta sobre una mesita, y mirando á su compañera con sorpresa:

—¿Qué mosca te ha picado? ¿Y has aguantado hasta hoy para saber que Mels me tiene en su casa como una hija adoptiva? ¿E imagina acaso que yo intente cambiar en un ápice las condiciones de mi existencia?

—Tú, no, ya lo creo. ¿Pero él?

Los ojos azules de Teresa se fijaron en el rostro irónico de Celia, con una expresión de cándida inquietud.

—¡Cómo! ¿Por qué habría de tener mi maestro otras ideas de las que ha tenido desde que le conozco?

—¡Donosa razón! Porque todo cambia: los seres lo mismo que las cosas. Y porque las intenciones de ayer no encajan siempre con las intenciones de mañana. ¿Piensas acaso que eres la misma del día que entraste en este taller para servir de modelo al autor del *Motin*? Tu eras entonces una niña pálida, triste y desarrapada. Hoy eres una mujer simpática, fresca y sonrosada. ¿Tendría nada de particular que Mels hubiese observado la transformación?

—¡Estás loca!

—Entonces lo estoy en buena y numerosa compañía. Porque la pregunta que acabo de dirigirte, todos la hacen, y algunos hasta la resuelven, según sus gustos y sentimientos.

—¡Me importa un bledo!

—¡Y á mi también! Supongo pensarás que no es para hacer coro á los fatuos y detractores si me ocupo de la situación. Sólo me mueve tu interés. Yo no soy como Ténéran, que responde de la virtud de Mels. Pero me importa saber si no sientes ninguna inquietud ó preocupación. Y si te lo pregunto hoy, es porque puedo ofrecerte una solución.

—¡Ah! ¿De verás? ¿Cuál?

—¡Diantre! esta: que en el caso de que te decidas á afirmar tu independencia, te vengas á vivir conmigo, entre mis gatos y mis perros. Yo me gano espléndidamente la vida, estoy bien instalada y tengo un cuarto á tu disposición. Con el producto de tus pinturas alquilarías un taller.

—¿Y abandonaría al hombre á quien debo lo que soy?—interrumpió Teresa.

—¡Bien!—dijo Celia.—Esto es contestar. Contigo se sabe al ménos en seguida á donde hay que ir á parar. ¿No quieres separarte de Mels? Entonces hablemos de las condiciones en que puedes permanecer á su lado. Tú no ignoras, y así lo supongo, que los hombres, en general, cultivan el egoísmo con admirable ingeniosidad...

—También se dice que las mujeres hacen lo mismo por ingratitud...

—Los hombres y las mujeres, hija mía, no valen gran cosa. Y hay que evitar ponerles en lucha con su interés, bajo pena de presenciarse atrocidades. Pero en la especie del que nos ocupa, gracias al cielo, no se trata más que de sentimientos. Tenemos, pues, la suerte de no ver al monstruo humano desencadenado en toda su ferocidad. Mels ha sido perfecto para ti, hasta el día de hoy. Tú le estás agradecida. Todo esto es muy hermoso y conforta el espíritu. ¿Pero, qué sucederá mañana? La situación que te has creado en esta casa no es regular. Tú no eres ni pariente ni pupila de Mels. Tú eres simplemente una niña recogida y criada, que si no tuvieses gracia ni talento, estarías relegada probablemente, y tal vez, por dicha tuya, á los quehaceres de la casa con la anciana Prudencia y completamente ignorada del vulgo. Empero, en lugar de ser la Cenicienta sin brillo, nacida para la tranquila medianía, tú eres la hija de las hadas, la joven princesa esplendorosa que atrae todas las miradas. De ahí, pues, un manantial de probables dificultades, pero también, apresurémonos á afirmarlo, de seguras satisfacciones. Porque no hay que deducir de mi argumentación que sea más ventajoso vegetar en la obscuridad más profunda que manifestarse entre pomposos resplandores. Todos los que se acercan á ti, cele-

bran tus cualidades naturales ó adquiridas. Eres bonita y tienes talento. Tú cuentas, pues, con un gran número de admiradores, y no me parece posible que, si todo París vió á Jimena por los ojos de Rodrigo, nuestro querido Mels deje de ver á Teresa con los ojos de todo París. ¿Qué opinas?

—Todo lo que cuentas es muy ingenioso, muy chispeante. Pero nada prueba que sea exacto. En todo caso, lo ignoro.

—Lo cual equivale á decir que Mels no te ha dejado sospechar haya cambiado de sentimientos, del mismo modo que has cambiado de figura.

—Nunca, es cierto. Es perfectamente bueno, amable, generoso, como lo ha sido siempre conmigo desde que le conozco...

—¿Y galante?

—Sí, tal vez algo más que antes. Pero ¡es tan propio de su naturaleza! Le sería imposible hallarse al lado de una mujer sin intentar agradarle... Hay hombres coquetones para quienes el hacerse agradables constituye una imperiosa necesidad; y sufren si no están en afectuosa intimidad con las mujeres á quienes se acercan. Creo que vosotros, los fisiólogos, llamáis á esa clase hombres mujeriegos.

—Perfectamente. Y el sello particular de esa clase de hombres, es que la edad no ejerce sobre ellos ninguna influencia, y que lo mismo viejos que jóvenes son hombres mujeriegos con el mismo entusiasmo, el mismo

ardor y el mismo placer. Son esos los que, cuando se les dice prudentemente: «Renunciad al amor», responden con convicción: «¡Antes la muerte!» ¡Y la verdad es que no se mueren! El amor les conserva y les da vida. Son los jóvenes eternos, que á cincuenta años llevan todavía chaleco blanco, botines de gamuza y corbatas llamativas... Generosos, sensibles, afectuosos, algo trovadores, ¡pero muy franceses!

Teresa se echó á reír.

—Algo de Mels hay en el retrato que has hecho. Sino que, además de la gracia, tiene la bondad...

—¡Oh! ¡Si no hablo mal de él! ¡Si yo le quiero mucho!... ¿Y tú?

—Pues, yo también, es natural...

—¡Bueno! Pero hay muchas maneras de amar...

—¡Oh! Yo sólo comprendo una: la de hacer feliz á quien se ama.

—¡Hola! Hija mía ¡esto puede conducir muy lejos!

—Celia, amiga, reflexiona un poco lo que he sido y explícame lo que arriesgo. He andado por el arroyo descalza, expuesta á todos los accidentes de las calles de París. Si no he sido una ladrona, no fué por culpa de la vieja vil que me crió. Si no he sido mala desde que dejé de ser una pilluela, es porque tenía horror al vicio y me daba miedo la gente de gorra del bulevar exterior. De cada cien

niñas como yo, noventa y cinco son carne de prostitución. Todo esto, en verdad, no puede enorgullecerme ¿no te parece? Soy pequita cosa, y sin Mels no sería nada más que una mendiga, como mis excompañeras. ¿Voy ahora á hacerme la melindrosa? No, amiga mía. No dependo más que de mí misma; lo debo todo á Mels y lo considero absolutamente libre de hacer lo que me antoje, el día que se me antoje. En cuanto á la opinión del mundo ¡me importa un bledo!

—¿De acuerdo! ¿Pero qué es lo que se te antojará?

—¿Lo sé acaso?

—¿No guardas, pues, ningún secreto? ¿No tienes ningún deseo, ninguna ambición?

—Nada más que permanecer como estoy.

Celia se quedó un momento silenciosa; luego mirando á su amiga hasta el fondo de los ojos:

—¿Y si Mels te propusiera que te casaras con él?

Teresa se puso algo encarnada. Frunció las negras cejas y apretó los labios; pero con voz entera replicó:

—Sería la mayor tontería que pudiera cometer, y yo no me prestaría á ello. Mels adora el mundo y la condición necesaria de su éxito, de su reputación, es la facultad que en alto grado posee de multiplicarse, de exhibirse, de representar. Mels, ya lo sabes, es como una cometa, ligera, que se levanta en el aire

á merced del viento, balanceándose, deslizándose, con movimientos libres y graciosos. Pon lastre á esa cometa y luego pídele que se eleve como antes, á lo más alto del horizonte. Imposible. Ya no puede subir. Para Mels, la mujer sería el lastre. Y si esa mujer fuera además una exmodelo, una artista, una cosa irregular como yo, ¡pobre cometa, valdría más que no intentara levantarse otra vez! Porque no tardaría en caer al suelo, desgarrada y perdida.

—Tu filosofía es sorprendente, Teresa.

—No, Celia, por ahora tengo sólo un poco de sentido común. Porque ¿quién sabe? Tal vez no lo tenga siempre.

—Pero lo que es indudable, es que no amas á Mels.

—Daría mi vida por él.

—Sí, pero no le has dado tu corazón. Y seguramente él lo hubiera preferido.

La existencia de Teresa continuó, pues, tal como había empezado. La gente se acostumbró á verla en compañía de Mels. Los que se divertían en buscar motivos pasionales á la adopción de la hermosa joven por el pintor, tuvieron toda la comodidad posible de perseverar en su opinión. La indiferencia de la masa había aceptado el hecho de la cohabitación de Teresa con Mels y lo explicaban por su comunidad de gustos artísticos. «Eran maestro y discípula. Esto lo excusaba todo. Y además, tenían talento, y con él el derecho

de hacer lo que se les antojara. En una palabra, se hablaba mucho, pero no se estaba seguro de nada.»

Esta serie de frivolidades era el resumen de las discusiones. Mels no notó que fuera menos bien recibido en los salones. Pero había renunciado á los galanteos y se había hecho más serio. Es verdad que frisaba en los cincuenta, lo cual debía incitarle á ser prudente. La única ocasión en que pudo notar que su conducta era tenida por irregular, fué cuando Hébert dejó la dirección de la Academia de Roma. Se trató entonces oficiosamente de reemplazarle por Mels. Pero el ministro dijo: «Sin duda alguna sería la mejor elección si no hubiera la señorita Aufridi.» La frase, repetida á Mels, le hirió en lo más vivo. Para consolarle, el ministro le nombró comendador de la Legión de honor. Teresa no recibió nada. Pero le importaba poco. Vivía tranquila sin hacer caso de la opinión y pintaba obras maestras.



III

En el estudio de Mels, sentada en un sillón Luis XIV, en talla dorada, la condesa de Terrenoire, se hacía pintar el retrato por Teresa. Un estrado, al que se accedía por medio de dos escalones, cubierto con un tapiz azul turquesa, realzaba al modelo y le daba, envuelta en sus galas, con su estudiada actitud, el aspecto de una hermosa dama del siglo xvii. Teresa, vestida con un traje de paño marrón y un delantal con peto que le subía hasta el cuello, encaramada en un taburete, trabajaba con silencioso ardor.

de hacer lo que se les antojara. En una palabra, se hablaba mucho, pero no se estaba seguro de nada.»

Esta serie de frivolidades era el resumen de las discusiones. Mels no notó que fuera menos bien recibido en los salones. Pero había renunciado á los galanteos y se había hecho más serio. Es verdad que frisaba en los cincuenta, lo cual debía incitarle á ser prudente. La única ocasión en que pudo notar que su conducta era tenida por irregular, fué cuando Hébert dejó la dirección de la Academia de Roma. Se trató entonces oficiosamente de reemplazarle por Mels. Pero el ministro dijo: «Sin duda alguna sería la mejor elección si no hubiera la señorita Aufridi.» La frase, repetida á Mels, le hirió en lo más vivo. Para consolarle, el ministro le nombró comendador de la Legión de honor. Teresa no recibió nada. Pero le importaba poco. Vivía tranquila sin hacer caso de la opinión y pintaba obras maestras.



III

En el estudio de Mels, sentada en un sillón Luis XIV, en talla dorada, la condesa de Terrenoire, se hacía pintar el retrato por Teresa. Un estrado, al que se accedía por medio de dos escalones, cubierto con un tapiz azul turquesa, realzaba al modelo y le daba, envuelta en sus galas, con su estudiada actitud, el aspecto de una hermosa dama del siglo xvii. Teresa, vestida con un traje de paño marrón y un delantal con peto que le subía hasta el cuello, encaramada en un taburete, trabajaba con silencioso ardor.

El retrato iba bien. Con el busto erguido, las manos graciosas, cruzadas sobre el brazo del sillón, la cabecita algo vuelta hacia el hombró, con aire altanero, la hermosa Raimunda aparecía blanca y rubia, y con una prodigiosa semejanza. Sabía colocarse admirablemente, como mujer acostumbrada á la representación mundana y á guardar una actitud estudiada bajo las miradas de sus admiradores y de sus rivales. No obstante, al cabo de un largo rato, dió muestras de impaciencia. Volvió la cabeza y dijo:

—Señorita Aufridi, de ordinario no es usted habladora, pero hoy está usted completamente muda.

—Es verdad, señora, estoy preocupada... Pero no por eso progresa menos mi trabajo, no tema usted...

—¡Oh! estoy tranquila... Pero, ¿qué es lo que la preocupa, si no es indiscreción?

—Es que hoy el jurado del concurso para la decoración del Palacio de las Colonias, publicará su decisión.* Y aquí todos esperamos que Mels, será el designado para obtener ese encargo importante...

—¡Ya lo creo! He oído hablar al conde de eso esta mañana, durante el desayuno... ¿Pero en qué consiste que Mels, se interese tan vivamente en decorar ese palacio?... Su reputación está afirmada ya...

—Sí, pero debe sostenerla. Y además, las ocasiones de abordar la gran pintura ¡son tan

escasas hoy!... Son excepcionales los cuadros de circunstancias tales como distribuciones de banderas, inauguraciones de Exposiciones y coronaciones de soberanos. Fuera del retrato y de la pintura de género ¿qué quiere usted que hagan los artistas? La decoración es imposible en las casas modernas, pues las habitaciones son reducidas y no quedan espacios entre las puertas y ventanas. A menos de cubrir las paredes de las estaciones de ferrocarril, ¿qué espacios se ofrecen á la inspiración de un maestro? Así es que ese palacio ha sido deseado por todos los artistas. El Instituto se ha movido; la política ha puesto en juego todas las influencias, el gobierno, vigilado por los periódicos, ha debido renunciar á hacer obra de favoritismo. El concurso ha sido serio, público, discutido, y la decisión que recaiga será dictada al ministro por un jurado compuesto de personas competentes. Ya puede comprender, señora, si han de tener interés, los que han luchado por el premio, en obtenerlo...

—¿No ha concurrido también el señor Mayrault?

A esta pregunta Teresa, levantó vivamente la cabeza y miró á la joven condesa con detención. Vióla tranquila y sonriente. Frotó su pincel por la paleta, aclaró un tono, y luego reposadamente:

—No, señora, Daniel Mayrault, no ha con-

currido. No le pareció decoroso hacer la competencia á su maestro...

La señora de Terrenoire, se tomó algún tiempo para contestar, y después con el mismo aire de indiferencia:

—Y además, tal vez no podía hacer dos proyectos...

Teresa, replicó secamente, casi con hostilidad:

—¡No la comprendo á usted!

—Pues no es cosa difícil. Se dice que el señor Mayrault, ha trabajado en el boceto del señor Mels, y las personas bien informadas llegan hasta á afirmar que es enteramente suyo...

—¡Qué infamia! Nosotros todos, los amigos de Mels, Ténérán, Celia, Bazin, y tantos otros, le hemos visto trabajar, aquí, en su proyecto...

—Pero el señor Mayrault, no ha puesto la mano en él—prosiguió la condesa sonriendo.

—Y usted misma... A propósito, querida, deje que le hable con toda franqueza. Ayer comí en una casa con Godfrín, el músico, y oiga lo que decía: «No hay más que mirar el envío de Mels, para persuadirse de que es de Mayrault. Su misma abstención, por otra parte, es una prueba palmaria. La mano del joven maestro se reconoce en todos los fragmentos del boceto. Está compuesto con una franqueza que Mels no ha poseído jamás, y está pintado con una brillantez que nuestro



UNIVERSIDAD DE LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

colega ya no tiene... ¡Aun hay más! Juraría que las flores que están en el ángulo, á la derecha de la tela, son de Teresa Aufridi... ¡Si se da el premio á Mels, será una injusticia, pues son sus discípulos los que lo han merecido!»

—¡Y no dárselo, sería una injuria injustificable!—exclamó Teresa, roja de indignación... Por otra parte, aunque Mayrault y yo hubiésemos, bajo la dirección de Mels, trabajado en su obra, ¿no hubiéramos seguido en ello la tradición de los grandes maestros? ¿Los discípulos de Rafael, no trabajaron en las Logias? ¿Teodoro van Touden, no ejecutó acaso los cartones de Rubens? Y aun hoy día ¿no se sabe que los pintores de un taller se reúnen para ejecutar los dibujos de las grandes composiciones de su director? ¿Impide esto que la idea primera, el estudio de los detalles y la composición general pertenezcan al que es responsable de la obra acabada? ¡Mala fe, baja envidia, sistemático afán de denigrar! No hay duda que Mayrault, es un gran artista. Es lo mejor que hemos poseído, en pintura desde Regnault y Bastien. Tiene la riqueza de color del uno y el realismo de factura del otro. Pero Mels, también es un noble artista. ¡Y ha hecho, además, á Mayrault, lo que no es poco!

—¡Y el que ha hecho á Teresa Aufridi, que es mucho!—añadió la joven señora, sonriendo.—No se entusiasme usted, hermosa, ya

sabemos el cariño que tiene á Mels. ¡Es natural que le defienda usted!

—¡Ay, señora, sería una ingrata si obrase de otra manera!—exclamó Teresa, calmada súbitamente por la observación de la condesa.—Mas no por eso digo más de lo que me inspira la justicia. En mi protesta no hay la más ligera sombra de parcialidad.

—Pues bien, Teresa, no sé lo que ocurrirá hoy en el ministerio de Bellas Artes, pero si no estoy mal informada, hay que esperar un golpe teatral...

—¿De qué se trata?

—No lo sé, pero prepárese á una grande sorpresa.

Teresa, volvió á quedarse silenciosa, y continuó trabajando con inquietud. Pensaba en las dificultades y preocupaciones que aquel concurso creaba á su alrededor, desde hacía seis meses. Al principio, Mels, había decidido no tomar parte en la lucha. Le parecía que un artista como él, cargado de recompensas, llegado á la cúspide de los honores y de la gloria, debía dejar el campo libre á los talentos jóvenes y dejarles con toda libertad, sin concurrencia, el medio de afirmarse. Después, dos colegas suyos del Instituto declararon que entrarían en la liza, y los principales representantes de la escuela realista, los temibles rivales de Mels, los que con más aspereza le disputaban el favor del público, se habían decidido á luchar por el premio.

Desde entonces, el jefe de la escuela clásica no podía mirar con desinterés una batalla en la que estaban comprometidos los principios y en la que debía vencer ó sucumbir toda una estética.

Y entonces, con tanto entusiasmo cuanta era la indiferencia mostrada al principio, Mels, puso manos á la obra. Le pareció que era, en aquella lucha que comenzaba, el campeón del ideal, y que toda la gloria de los maestros desde el sublime Vinci, hasta el noble é impecable Ingres, estaba defendida por él. Juzgábase el representante de todo el linaje de adoradores de la forma. Y no triunfar, era, á sus ojos, hacer desmerecer á todos los grandes creadores de la belleza.

Empezó, pues, por meditar y por buscar intelectualmente el orden de su composición. En su juventud hubiera tomado febrilmente una tela, y vertido fogosamente la primera indicación del proyecto. La inspiración brotaba entonces de su fértil cerebro, y sus hábiles manos sabían expresar con naturalidad, sin esfuerzo, como alegremente, todo cuanto su imaginación concebía. La realización era tan inmediata, tan franca, tan fácil que hubiera podido tomarse por una improvisación. El pincel corría sobre la tela, como impulsado por una fuerza instintiva. La luz se armonizaba, los tonos se enlazaban, los colores se oponían por sí mismos con docilidad. Era la

época dichosa en que Mels, producía con des-
preocupación y alegría.

Las cosas habían cambiado. Su trabajosa
pintura traducía un asunto largamente me-
ditado. Teniendo que realizar un programa
claramente definido, Mels, buscaba motivos
bien determinados, combinaba la distribución
de las masas, se esforzaba en hacer resaltar
el sentido filosófico del tema. Y hablaba
con Mayrault y Teresa, tratando de caldear
su imaginación. Sucediánse los cigarrillos á
los cigarrillos, y Mels, se paseaba soñador,
absorto, por el taller, mientras que Teresa y
Mayrault, pintaban con mano firme y franca
espontaneidad, realizando su trabajo con una
facilidad que desconcertaba al maestro.

Hacía tres meses que Mels, meditaba su
boceto y aun no había logrado coordinar nada
que tuviera visos de conjunto. Multiplicaba
los estudios, amontonaba los documentos,
cambiaba de modelos y variaba de posiciones.
Su trabajo no adelantaba. Poníase de mal
humor y su carácter tan homogéneo siempre
iba volviéndose quisquilloso. Lamentábase al-
gunas veces, dejando entrever que su espíritu
crítico anulaba en él la facultad de crear.
«Exijo demasiado de mí, y llego hasta el
temor de hacerlo mal. No me atrevo á afron-
tar el riesgo, y mi voluntad se paraliza.» Una
tarde en que estaba más sombrío que de cos-
tumbre, hizo quedar á Mayrault á comer, y

en el estudio, á presencia de Teresa, tuvo un
verdadero acceso de desesperación:

—Hijos míos, no puedo ejecutar ya lo que
siento. Nunca tuve más imaginación que aho-
ra. Si pudiese traducir mi pensamiento sobre
la tela, haría una obra maestra. ¡Y siento que
voy siendo incapaz! ¡Qué dolor! ¡Es el fin
de mi arte!

Entonces, con palabra inspirada, con una
especie de furor genial, describió á Teresa y
á Mayrault, la composición que había imagi-
nado, que hacía meses acariciaba en su pen-
samiento, y que su mano, que la duda hacía
impotente, no lograba fijar en la tela. Evocó
ante las miradas de los dos jóvenes el espe-
jismo de su concepción, describiéndola con
todos los detalles, explicándoles su alcance.
Y uno y otra, llenos de respetuosa y admira-
tiva piedad, escucharon al maestro que les
explicaba la obra maestra que no podía pin-
tar.

Ellos la veían con los ojos de la imagina-
ción, y comprendieron su magnificencia. Se
miraron, y cómplices de pensamiento, se com-
prendieron en un instante: ¡Hagámosla! Di-
jéronse sin vacilar. Estaban dispuestos á de-
volver al maestro lo que habían recibido.
¿Acaso no le pertenecía su hábil ejecución?
El se la había dado. ¿No tenían obligación
de ponerla á sus órdenes? ¿No era deber
suyo ser los ejecutores de su pensamiento?

Empezaron desde el día siguiente. Y todas

las facilidades de la juventud, todos los aciertos de los primeros esfuerzos, todas las gracias encantadoras de los principiantes vinieron espontáneamente en su auxilio.

Estaban solos en el taller, mientras Mels acudía al Instituto ó á la Escuela de Bellas Artes. Y en el silencio de la vasta pieza, Mayrault y Teresa trabajaban con un placer y una facilidad inexplicables. Por la primera vez, colaboraban juntos, y aquella comunidad de ideas, entre un joven y una linda muchacha, que se conocían, no obstante, desde hacía algunos años, trastornaba sus impresiones. No se trataban ya como antes; su lenguaje, como por instinto, se había modificado. Había perdido el carácter de compañerismo.

Se miraban, cosa que no habían hecho hasta entonces. Habían vivido, uno al lado de otro, como extraños en el orden de los sentimientos, debiendo permanecer así siempre, como hermanos. Acababan de descubrirse, de un modo inesperado, y se encontraban simpáticos. Y como esto les extrañaba, por muchísimas razones, afectaban tratarse algo ceremoniosamente. Mayrault que había llamado siempre á su camarada: Aufridi, como un muchacho, la trataba de «señorita». Teresa continuaba llamándole: Mayrault. ¿Pero, qué nuevas delicadezas empleaba, en sus relaciones con él? Y además, sin darlo á comprender, se acicalaba con más cuidado y coqueteaba,

Cada noche ocultaban sus bocetos, con objeto de dar una sorpresa á Mels presentándole de pronto el proyecto realizado. Hacía una semana que Mayrault y Teresa trabajaban así á espaldas del maestro. Andrés terminaba el maravilloso grupo de jóvenes que llevaban ofrendas á la Esperanza, que debía formar el centro del *panneau* principal; Teresa, en un rincón de la tela, daba los últimos toques á las guirnaldas de flores que llevaban algunos niños. Ella se detuvo y se quedó en pie mirando como Mayrault trabajaba.

El verdadero fuego del genio resplandecía en su frente y brillaba en sus ojos. Su mano, como vibrante de alegría, esparcía los tonos sobre la tela con acariciador entusiasmo. Modelaba una cabeza de niña, y bajo su ligera brocha, de los vagos contornos iba precisándose la fisonomía. De la nebulosa preparación, poco á poco, como si fuera retirándose una máscara de aquella poética cara, la cabeza se acusaba en una deliciosa sonrisa, en una tierna mirada.

Y con repentina intuición Teresa se reconoció. Ella era en quien Mayrault encarnaba la belleza juvenil y triunfante. Y sentía á cada movimiento de la mano, á cada brochazo, como una caricia del pintor. El la cuidaba, la modelaba, la refinaba en toda su gracia, y la perfeccionaba en todo su encanto, con una pasión tan evidente, tan calurosa,

que Teresa sintió de pronto palpitár su corazón y exhaló un doloroso suspiro.

Mayrault se volvió y vióla pálida y temblorosa. Arrojó su paleta, y acercándose á ella asustado, murmuró:

—Teresa ¿qué tiene usted?

Ella no respondió limitándose á designar con el dedo la imagen reproducida en la tela. El se sonrió, y bajando un tanto la cabeza:

—Sí. Es usted. Yo no sé cómo me ha ocurrido, no era tal mi propósito. Pero cuando he querido expresar la dulzura y la seducción de la juventud, su cara de usted se ha puesto obstinadamente ante mis ojos. No he podido substraerme á aquella deliciosa obsesión. La encarnación de la belleza espléndida y florida tal como la concebía mi fantasía, era usted y no podía ser nadie más. Yo hubiera sido incapaz de pintar otra cara, porque era la de usted la que se ofrecía á mis ojos. ¿Está usted contrariada y quiere que la borre? Si usted me lo manda, me resignaré á ello...

Y tendió la mano hacia la cuchilla; ella le detuvo, y con voz emocionada:

—¡Oh, no! ¡Sería lástima!

No se dijeron una palabra más, y permanecieron uno al lado del otro, en el silencio del taller, que el día moribundo llenaba de misterio, sentados, él fumando, ella soñando. Ya no pensaban como en los días precedentes, en ocultar la tela con objeto de que no la viera Mels. Poco á poco la obscuridad llenó

de sombras la espaciosa y alta pieza. Guardaban silencio, absortos en sus nuevos pensamientos. Unos pasos conocidos en la habitación inmediata, una tos seca que anunciaba á Mels, les hicieron levantarse llenos de turbación. Y no tuvieron tiempo de reparar el olvido, porque Mels entraba. Les vió en la penumbra y les dijo alegremente:

—¡Hola! ¿Por qué no alumbráis? Estáis á oscuras...

Volvió el conmutador eléctrico, y de repente, el boceto de sus discípulos se le apareció espléndido, radiante, en una atmósfera luminosa que hacía vibrar los tonos y chispear la frescura. Inmóvil, con la mirada fija, las cejas fruncidas, como si por fantástico prodigio se hallara frente á frente de su ensueño realizado, contemplaba el cuadro. Permaneció algunos minutos sin proferir palabra, y luego meneando la cabeza, dijo lentamente:

—¡Sí, es esto! Es exactamente la obra imaginada por mi cerebro tal como os la expliqué... Me habéis comprendido... Pero hay algo que retocar en la armonía de las medias tintas y en las relaciones de los tonos... Este encarnado, por ejemplo, es demasiado sólido al lado de este azul demasiado vivo... Y el movimiento de este niño carece de sencillez...

En un instante, recobró su autoridad. Y fué haciendo la crítica del trabajo de Teresa y

Mayrault que estaban estupefactos, substituyendo con las observaciones de su experiencia los rasgos felices de su improvisación. La obra le pertenecía; sin vacilar la hizo suya, y con egoísta inconciencia, disponía de ella, como de cosa propia. Terminó su lección con estas palabras:

—Os habéis anticipado en la ejecución de lo que yo buscaba. Está muy bien. Nos aprovecharemos de vuestra preparación y mañana volveremos á ocuparnos en este trabajo.

Y los dos jóvenes, con afectuosa deferencia, felices por ver que su maestro volvía á recobrar su fe y su esperanza, se sometieron y condescendieron á su voluntad. ¿Qué importaba á su amor propio que Mels pusiera la mano en su obra? ¿No era esto lo que ellos deseaban? ¿No fué para iluminar el criterio del viejo artista por lo que se conjuraron y realizaron su proyecto? ¿Y qué molestia podía causarles el buen resultado obtenido? Su generoso y fraternal propósito triunfaba. Debían felicitarse por ello.

Y es lo que hicieron en la completa sinceridad de su afecto. En cuanto á Mels, al cabo de una semana, el boceto era su boceto. Hizo, con mano experta, aunque algo pesada, algunos retoques que no perjudicaron el conjunto. Y con entera conciencia, mostraba su proyecto á los amigos, á los colegas, y admitía sin parpadear las felicitaciones que le dirigían.

En este estado de cosas pensaba Teresa mientras la hermosa condesa de Terrenoire se sonreía aún por su pérdida de confianza. La joven señora miraba por el rabillo del ojo á la señorita Aufridi. Por la palidez de su semblante, adivinaba la angustia de su corazón. Y la mano temblorosa de la artista, posándose en toques nerviosos sobre la cara que reproducía en la tela, revelaba su agitación.

—Así, pues, ¿no lee usted los periódicos, señorita Aufridi?—preguntó después de largo silencio la señora de Terrenoire.

—No, con frecuencia, señora, lo confieso. Me interesan bastante poco.

—Si hubiese leído usted, por casualidad, el *Cascabel*, estaría al corriente ya de lo que sucede en las oficinas de Bellas Artes á propósito del concurso que tanto la preocupa...

No tuvo tiempo de terminar la frase. Celia Bazin, escoltada por un sucio é innoble perro barbudo, entraba en el estudio.

—Aquí está la señorita Bazin que trae noticias frescas.

Celia saludó á la joven señora y besó á Teresa, mientras que su perro, desvergonzada y tranquilamente saltaba sobre el diván y se sentaba encima de la manteleta de raso bordado de la elegante condesa.

—¡Anarco, quítate de ahí, feo vagabundo!—gritó Celia con un gesto de amenaza.

El barbudo, con los ojos que brillaban entre sus enmarañados pelos, lanzó un ladrido

burlón y con un suspiro de felicidad se acostó en redondo, afirmando su resolución de reparar con un corto sueño el cansancio del paseo.

—Déjele, señorita Bazin—dijo sonriendo la condesa,—mi abrigo no peligra. Y además, hay que acostumbrarse al reparto de los revolucionarios... Su perro es uno de ellos, si no me engaño respecto á la significación del nombre que le ha puesto...

—Sí, señora. Anarco es un libertario, ya ve usted el caso que hace de mis mandatos... Este monstruo, que recogí en medio de la calle, cuando unos muchachos se preparaban á extrangularle con una cuerda mientras los mayores le maltrataban á garrotazos, tiene los más voluptuosos instintos. Sólo gusta de las buenas tajadas y de camas blandas. Por lo demás, tiene una inteligencia superior; comprende todo lo que se le dice, pero sólo hace lo que quiere. Es holgazán, vicioso, ladrón, insolente é hipócrita. Parece un hombre... Pero delante de él, que nadie se atreva á tocarme con la punta de los dedos, si no quiere sentir sus dientes en la piel. En esto se distingue de la humanidad: ¡es fiel y agradecido! Tengo en mi casa su retrato pintado por Mayrault, que es una obra maestra.

La señora de Terrenoire frunció los labios.

—¡Qué afortunado es su perro, señorita! No todos los que lo desean pueden obtener semejante favor. Mi cuñada, la marquesa de

Valencourt, no ha podido decidir al joven maestro.

—¡Me dijo que le parecía demasiado lea!—exclamó Celia.

Así que hubo lanzado la palabra, Celia se arrepiñtó. La condesa y Teresa se ruborizaron á un tiempo.

—¡Tiene usted una manera de arregiar las cosas! exclamó la condesa levantándose y bajando del estrado hacia el caballete que sostenía la tela en la que Teresa estaba trabajando todavía.

Detúvose detrás de la artista, examinó silenciosamente el retrato, consideró su mérito, y después con un gesto de aprobación:

—Por lo demás, no puedo lamentarme, puesto que la señorita Aufridi ha sido más complaciente, ó menos tímida y me ha hecho un retrato muy notable...

—Sí—dijo Celia, es un retrato afortunado. Existe un destino para las obras literarias, según dijo el poeta... Pero también 'o hay para las obras artísticas. Ciertos libros, ciertos cuadros nacen bajo buena estrella... Salen bien, en seguida, sin dificultad. Son siempre los mejores... Su retrato, señora, pertenece á esta clase.

—Gracias al pintor.

—Seamos justos; ¡el modelo ha contribuído en buena parte!

—Y diga usted, señora Aufridi ¿no me ha encontrado usted bastante guapa?

—¡Oh! señora,—dijo Celia con imperceptible sonrisa,—si lo hubiese pensado, en todo caso, ella no se lo habría dicho.

La condesa cambió de conversación y mirando á la literata con aire malicioso:

—Estoy segura que viene usted cargada de palpitantes noticias... ¿Qué ocurre? ¿Qué se dice? Entérenos usted.

—Ocurren cosas que no son muy agradables, y se habla de resoluciones que no son muy plausibles... El veredicto del concurso para el Palacio será aplazado para de aquí á ocho días.

—¿Por qué esa dilación?

—Para tener tiempo de maniobrar.

—Maniobrar ¿con qué objeto?

—¡Ah! esto es lo que no se dice. Pero lo que se deja sospechar es...

—¿Qué?

—Que es imposible no conceder el premio á Mels. Y que toda una camarilla oficial no quiere que se le otorgue...

—¿Qué tiene que hacer el mundo oficial en este asunto?

—Motivos políticos. Mels es un reaccionario recalcitrante. Está en relación con los príncipes.

—¡Pretextos!

—Puede ser. Pero la prensa está en movimiento. Y hoy es el poder supremo, no lo ignoran ustedes. El *Cascabel* esta mañana trata al ministro de Bellas Artes de *polichi-*

nela tolosano y de *payaso de Gascuña*. Deja comprender que la duquesa de B... ha tenido á la mesa, hace tres días, á todos los jurados del concurso, y que durante el banquete se resolvió la elección de Mels. En fin, declara que el boceto no es obra del *viejo académico* que la ha firmado, sino de uno de los más notables pintores de la moderna escuela, discípulo suyo. Y acaba preguntando si la opinión pública permitirá ese escandaloso tráfico y consagrará eternamente el triunfo de la *senilidad en el arte*. El ministro, muy molesto, ha pedido que el juicio se aplazara por ocho días.

—Ya ve usted, señorita Aufridi,—dijo la condesa—que estaba bien informada...

—¡Es una infamia!

—Y no será una sola.

—¿Pero, en qué situación se encontrará Mels?

—¡Y Mayrault!

—¡Oh! En cuanto á Mayrault la cosa es muy sencilla. Bastará con que se calle. Si fuera hombre capaz de segar la hierba por debajo los pies de su maestro, podría preocuparnos. Pero el leal y cariñoso Mayrault obrará sin rodeos. No es tan simple la cosa en cuanto á Mels, por ser el que está puesto directamente en juego. ¡Cuántas dificultades para él! ¡Y cuántas tristezas! ¡Ah! ¡qué fea es la humanidad y qué mal se arreglan las cosas de la vida! ¡Habría que encerrarse en

una torre y no ver más que el cielo y la página en blanco donde uno escribe sus pensamientos!

Mientras Celia Bazin lanzaba este último apóstrofe se abrió la puerta y apareció Ténérán.

—¡Ah! ¡Aquí tenemos al filósofo! ¿Qué opina de todo esto?

El viejo literato se acercó á la señora de Terrenoire á quien saludó con deferencia admirativa, dió la mano á Teresa y á Celia, y sin descomponerse:

—¿Hablan ustedes, naturalmente, del asunto de Mels? ¡Y bien! ¿Qué es lo que les sorprende?

—¡El exceso de maldad!

—¿El exceso? ¿Puede acaso haber maldad excesiva? La maldad es sin condiciones, sin reglas y sin límites. No conoce ni el más ni el menos. ¡Es lo absoluto! Y precisamente es la única cosa que sea así. Se es más ó menos embustero, más ó menos cobarde, más ó menos glotón, más ó menos hipócrita, más ó menos avaro. Cuando uno es malo lo es hasta el fondo, y según las circunstancias, llega á ser capaz de todo. Se sorprenden ustedes de las infamias que se preparan á Mels. Pues bien, la cosa es muy natural y no podía ocurrir de otro modo.

—¡Hola! ¡Ya tenemos planteada la paradoja! Oigamos el desarrollo.

—Celia, amiga mía, usted me asombra. Us-

ted ama demasiado á las bestias para no despreciar profundamente á los hombres. ¿Y se hace la sorprendida porque se trata de hacer pagar á un hombre célebre y rico su riqueza y su celebridad? ¿De dónde sale usted hija mía, con tanta ingenuidad ó con tanta inexperiencia? ¿No se ha fijado usted aún en lo que pasa á su alrededor? La envidia es la ley del mundo. Y en nuestro pequeño mundo literario y artístico, la consigna es la de cortar las piernas á todos los audaces que se atreven á elevarse por encima del nivel común. ¡La igualdad ante la medianía, esto es lo que conviene! Pero tú, poeta, que quieres lianar la pública atención con el esplendor de tus rimas de oro, tú que has tenido la audacia de crear una obra admirable, que se destaca sobre la masa gris de la producción general; tú, novelista, que no te has contentado con el curso vulgar de las publicaciones que relatan los adulterios mundanos, que enumeran los escaparates de las tiendas, y que describen los salones en los que se habla de amor y se toma el té á las cinco; tú que has tenido la pretensión de hacer obra social, estudiando los grandes problemas, que interesan al progreso de la humanidad; tú, dramaturgo, que no te satisfaces con el limitado horizonte del teatro rojo, que tienes horror á la obra invertida, que has construido una comedia sólida, repleta de profundas ideas, llena de interesantes peripecias que conmueven á la mul-

titud y la exaltan durante doscientas noches; tú, pintor ó escultor, que has soñado una obra que rompe con la tradición y aporta una nota y una forma nuevas, que todo cuanto se expone á tu lado parece rancio y viejo, tú que has renovado el arte bebiendo en su manantial que es la invención eterna: ¿ignoráis que todos vosotros sois unos grandes culpables? Nadie tiene el derecho de ser original, ni poderoso, ni genial, sin exponerse á servir de blanco y á ser lapidado por todo lo que es vulgar, mediocre y bajo. ¡La gloria es un crimen, la fortuna es un crimen, el genio es un crimen! ¡Así lo decreta la envidia, y así lo confirma la maldad humana! Mels es rico, ilustre, dichoso... pues se empeñan en envenenarle y en zaherirle. ¿Hay nada más corriente? Casi me atrevería á decir que reside en las costumbres. Y cuando nuestro amigo es víctima de la más inicua maquinación, de la más soez intriga, de la más degradante perfidia, encuentro la explicación muy sencilla. Cosas de los hombres ¿no es cierto?

Hubo un momento de silencio. La diatriba social lanzada por Ténérán había ocasionado un ligero malestar á los oyentes. Acababa de precisar, con singular energía, lo que estaba en la conciencia de todos. Con algunas frases había sintetizado la truhanería ambiente. Teníanla allí, bajo sus ojos, palpitante y asquerosa. La figura de Mels, en medio de aquellas

fealdades morales se erguía más alta y más pura. Desaparecían sus defectos y sólo subsistían sus cualidades nobles y dignas. Parecía que Ténérán hubiese redimido á su amigo de las pequeñas faltas que tuviera y que no quedaba de Mels más que lo bello y lo grande. Fué un verdadero consuelo.

—Esto levanta el espíritu,—observó Celia. Pero de que la truhanería sea la ley de la humanidad no hay que deducir que sus víctimas sean menos dignas de ser compadecidas. Esto no es más que una explicación, pero no es una solución. Hay que ver lo que puede hacerse y tratar de sacar el partido más práctico de la situación. Empecemos por la cabeza. ¿Qué hará el ministro?

—Lo que querrán las secciones.

—¿Y qué querrán las secciones?

—¡Ah! aquí está el embrollo. Ante todo hay un deseo general de mantener la paz, para que no se turbe la tranquilidad ni las costumbres de los funcionarios. Bien sentado esto, empiezan á manifestarse las preferencias de unos y otros. Y aquí empieza la anarquía. Los unos son reaccionarios, los otros revolucionarios. Los viejos se declaran á favor de la escuela clásica, los jóvenes por la facción intransigente. Por un lado la Academia; enfrente la descendencia de Manet. ¿Ven ustedes en esto la posibilidad de un acuerdo y que la paz tenga probabilidades de reinar? Todo se lleva á sangre y fuego. Los reacciona-

rios reclaman la observancia de los precedentes. Los revolucionarios responden pidiendo la cabeza de los miembros del Instituto y la abolición del concurso de Roma. Así es que el ministro, en vista de tantas incoherencias, se escuda, atribulado, en los jefes de sección, y estos, ciegos y sordos, en sus expedientes. Y el gobierno, que teme una interpelación en la Cámara, está dispuesto á todas las concesiones y á todas las debilidades con tal de que no le atormenten. De ahí el abandono de Mels y las además bochornosas capitulaciones que han previsto ustedes. Las cosas están en este punto. En cuanto á lo que sucederá es asunto aparte. Y me propongo desarrollarlo mañana en mi diario. Ya que en las oficinas se teme el ruido, nos van á oír los sordos. ¡Yo sólo me encargo de vociferar por ciento!

La señora de Terrenoire entró en una habitación inmediata al taller, y se desnudó rápidamente de su traje de ceremonia. Pocos instantes después volvió á aparecer vestida con un elegante traje *tailleur* que modelaba perfectamente su delicado talle.

—No sé lo que nuestro ilustre amigo puede temer ó esperar con certeza,—dijo á Teresa.—Yo me he limitado á traerle las noticias recogidas entre mis íntimas relaciones. Mi objeto no era otro que el de serles útil. Si en algo puedo servirles, no olvide usted que es-

toy completamente á sus órdenes y á las de Mels. ¿Cuándo nos volveremos á ver?

—No corre prisa. Por algunos días puedo trabajar en el traje. ¿Quiere usted que la escriba, cuando sea necesario que reanudem las sesiones?

—Conformes. Hasta la vista, querida. Y ustedes, señorita Bazin y señor Ténérán, ya saben cuánto celebró la ocasión de haberles visto.

Sonrió, y con gracioso continente atravesó la puerta del taller acompañada por Teresa. Apenas hubo desaparecido:

—¡Qué calamidad!—dijo Celia.—¡Aquí la tiene usted, á esa hermosa reina de los salones, en la plenitud de su belleza, bajo la que oculta su ferocidad y su disimulación! Repare qué bien la ha representado Teresa con su cabecita de víbora, de ojos brillantes, y erguida en su flexible y largo cuello... ¡Ah! ¡Cómo la ha comprendido!...

—Pero ¿qué ha hecho esa encantadora mujer?—preguntó Ténérán con indulgente sonrisa.

—¡Casi nada! Odia á Teresa...

—¿Por qué?

—¡Por culpa de Mayrault!

—¿Y qué tiene que ver Mayrault con esto?

—¡Nada! De esto rabia la hermosa condesa.

—¿Se ha encaprichado acaso por nuestro discípulo?

—Usted lo ha dicho.

—¡Qué tontas son las mujeres!

—¡Gracias!

—Ahora comprendo por qué la hermosa dama quería que el joven maestro pintara su retrato.

—Ya sabe usted por qué

—Y ese estúpido ha rehusado el encargo...

—Y lo demás!

—¡Tanto dirá usted!

—¿Hasta ahora no empieza á comprender?

—¡Es curioso! ¡Qué difícil le es hoy coordinar las ideas!

—¡Ah! Es que las complicaciones pasionales ofrecen tan poco interés para mí, que las descuido de buen grado.

—¿Sí? Pues, sin embargo, son las más importantes de la vida...

—¿Por lo que descomponen la armonía y la conducta?

—Naturalmente.

—Entonces estamos de acuerdo. ¿Así es que esa boba odia á Teresa por haberle hecho esta obra maestra que Mayrault no quiso hacer?

—Precisamente. Y además hay otra cosa.

—¿Qué?

—No me es lícito decírselo.

—¡Ordinariamente no gasta usted tantos escrúpulos! Es usted célebre en lo de sacar los pies del plato...

—Hay casos en los que no me sucede nunca... ¡Silencio! Aquí está Teresa.

La joven entraba con un telegrama en la mano.

—Mels acaba de avisarme que no comerá en casa esta noche... Me dice que le envíe su frac al casino... Hace al menos dos meses que no había ocurrido... Por mi parte, me gusta que se quede con sus amigos... Así se distraerá. Las soledad no le conviene cuando está inquieto...

—¿Y tú, Teresa, que vas á hacer? ¿Te vienes á comer conmigo?

—No, gracias. Todo está dispuesto aquí... Entretanto se quitó el delantal.

—¿Vas á salir?

—Sí, voy á ver á Mayrault. Tal vez sepa noticias exactas. Y además, tengo necesidad de hablar con él.

—Pues bien, te espero. Te acompañaré hasta su casa...

—Te lo agradezco.

Y salió del estudio. Ténérán, plantado delante del retrato de la señora Terrenoire, parecía sumergido en un estudio profundo de la obra de Teresa. Lió un cigarrillo, lo encendió, exhaló varias bocanadas, y dijo:

—¡Es verdaderamente curioso! Esta muchacha ha hecho una completa evolución. Ya no está bajo la absoluta influencia de Mels... Ahora pinta como Mayrault... ¡Cómo le ha servido el trabajar á su lado!... El talento de

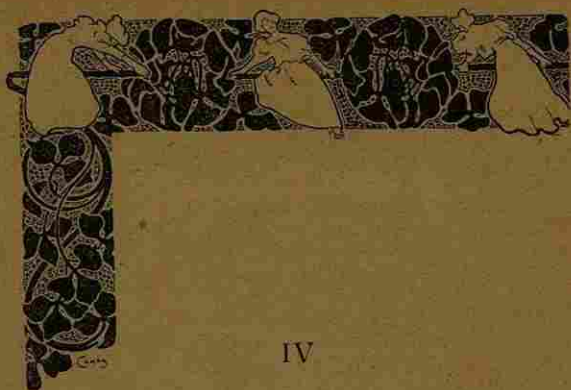
las mujeres, salvo muy raras excepciones, está hecho para la asimilación... Estudie usted á Jorge Sand... Pueden distinguirse, en su carrera literaria, las sucesivas modificaciones de su estilo, y la diversidad de sus tendencias, según los hombres á cuyo lado vivió... Fíjese en Teresa... Ha abandonado los artificios de Mels... La combinación de los tonos, la sabia superposición de las luces, todo el arte un si es no es rebuscado del maestro ha sido olvidado. Y hallamos en cambio el toque franco de Mayrault, la fluidez de sus grises, y la transparencia de sus fondos... ¡Ah! Teresa, si hubiese usted inventado esas fórmulas, sería una artista admirable... ¡Y no es más que una aprovechadísima discípula!...

—¿Entonces, para usted, este hermoso retrato es pura imitación?

—Ha sido visto á través de Mayrault...

—Pues oiga, Ténérán, dígamelo usted á mí, pues en ello no hay inconveniente ninguno, pero no se le ocurra decírselo á nadie, ni siquiera á Mels... Y mucho menos á Teresa.

Ténérán-hubiera interrogado de buena gana á Celia. Pero Teresa volvía con el sombrero puesto, y se marcharon juntos.



IV

En su taller de la calle Lamarck, en la cumbre de la colina de Montmartre, Mayrault, después de terminar su trabajo, se había tendido en un cómodo diván y fumaba fantaseando. Una tela de tres metros de altura por cinco de ancho ocupaba toda la pared del fondo de la vasta pieza. Era la hermosa composición *El arte moderno*, que le había encargado el Estado para ser reproducida por la fábrica de los Gobelinos. Mayrault había agrupado los maestros contemporáneos con gusto espiritual y delicado: pintores, músicos, escultores, poetas; y había puesto por fondo á aquella fraternal reunión el hermoso jardín de su casa, con el panorama de París en último término. La impresión era plácida, poética, luminosa y simpática.

La mirada, sorprendida de pronto por el realismo manifiesto de los trajes y los acce-

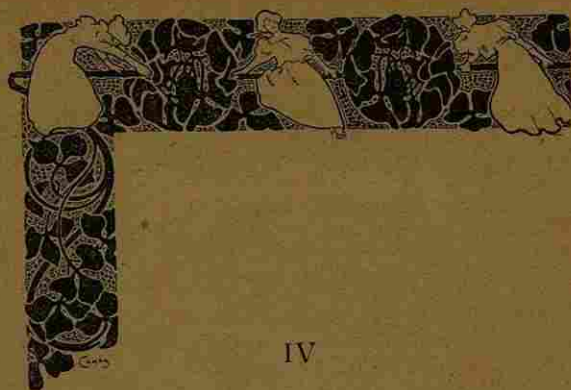
las mujeres, salvo muy raras excepciones, está hecho para la asimilación... Estudie usted á Jorge Sand... Pueden distinguirse, en su carrera literaria, las sucesivas modificaciones de su estilo, y la diversidad de sus tendencias, según los hombres á cuyo lado vivió... Fíjese en Teresa... Ha abandonado los artificios de Mels... La combinación de los tonos, la sabia superposición de las luces, todo el arte un si es no es rebuscado del maestro ha sido olvidado. Y hallamos en cambio el toque franco de Mayrault, la fluidez de sus grises, y la transparencia de sus fondos... ¡Ah! Teresa, si hubiese usted inventado esas fórmulas, sería una artista admirable... ¡Y no es más que una aprovechadísima discípula!...

—¿Entonces, para usted, este hermoso retrato es pura imitación?

—Ha sido visto á través de Mayrault...

—Pues oiga, Ténérán, dígamelo usted á mí, pues en ello no hay inconveniente ninguno, pero no se le ocurra decírselo á nadie, ni siquiera á Mels... Y mucho menos á Teresa.

Ténérán-hubiera interrogado de buena gana á Celia. Pero Teresa volvía con el sombrero puesto, y se marcharon juntos.



IV

En su taller de la calle Lamarck, en la cumbre de la colina de Montmartre, Mayrault, después de terminar su trabajo, se había tendido en un cómodo diván y fumaba fantaseando. Una tela de tres metros de altura por cinco de ancho ocupaba toda la pared del fondo de la vasta pieza. Era la hermosa composición *El arte moderno*, que le había encargado el Estado para ser reproducida por la fábrica de los Gobelinos. Mayrault había agrupado los maestros contemporáneos con gusto espiritual y delicado: pintores, músicos, escultores, poetas; y había puesto por fondo á aquella fraternal reunión el hermoso jardín de su casa, con el panorama de París en último término. La impresión era plácida, poética, luminosa y simpática.

La mirada, sorprendida de pronto por el realismo manifiesto de los trajes y los acce-

sorios, dejábase dominar por la brillantez del conjunto, la valentía del mecanismo y la serenidad que se desprendía de las flores, de la verdura y del cielo. Era nuevo y al propio tiempo magistral. El ministro, en una visita que hizo acompañado por un amigo de Mayrault se creyó en el caso de resumir su impresión en estos términos: «Es un Watteau del siglo XX.»

Ténéran por poco revienta de risa. Pero dejando aparte el elogio ministerial, era fanático del cuadro. Así es que escribió: «Cuando los maestros tapiceros de los Gobelinos den por terminada la copia, habrá que colocar la obra en el Luxemburgo, esperando que triunfe en el Louvre. Porque este cuadro, al propio tiempo que la obra de un maestro, es un documento inapreciable, desde el punto de vista de la historia de las artes, porque presenta clásicamente ordenada la galería de hombres célebres reunidos por Mayrault, conversando familiarmente, á la vista de París, entre las rosas y clemátides.»

En aquellos momentos el joven maestro no parecía preocuparse gran cosa de su *Arte moderno*. Clavaba obstinadamente la mirada en el techo, lanzando bocanadas de azulado humo. Hacía tres días que no había puesto los pies en la avenida de Villiers, y vivía encerrado en su casa, angustiado por los sucesos que se preparaban y de que había tenido noticia. Unos enviados oficiosos estuvieron á

verle de parte del ministro, con objeto de exponerle las dificultades del gobierno preso entre los reglamentos del concurso, la decisión del jurado, que iba á conceder el premio á Mels, y la opinión pública, que lo concedía á Mayrault, denunciado por la prensa liberal, por los críticos de arte y por sus mismos compañeros, como autor del boceto expuesto.

Daniel rechazó con frialdad las ofertas de transacción que se le hicieron para salvar la situación, ofertas que aseguraban á Mels la dirección del trabajo y le designaban á Mayrault como adjunto para la ejecución. La única respuesta que dió fué esta:

—No comprendo el objeto que se proponen ustedes. El autor del proyecto sometido al examen del jurado es el señor Mels de Feutrait, mi maestro. Lleva su firma. Nadie más que él puede ejecutarlo. Cuantos pretenden reconocer mi mano en aquella pintura hacen grande honor á un discípulo y grave ofensa á un artista eminente como el señor Mels. Daríame por dichoso si pudiera seguir sus huellas merced á las admirables enseñanzas que de él he recibido. Pero no intento igualarle. Tiene demasiado talento para que me atreva á ponerme en parangón con él. Si el jurado comete una injusticia no concediendo el premio al único que lo merece, nuestra ciudad se verá privada de una obra bellísima, porque nadie es capaz de superar al señor Mels y no sería yo ciertamente quien se

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALEON J. ALTES"

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN, MEXICO

arriesgara á ello. Temería evidenciar el error de los que me atribuyen el mérito de la obra de mi maestro. Así, pues, quedamos de acuerdo: el premio al señor Mels, ó en otro caso á quien ustedes quieran, entre los afeminados concurrentes que han pintado sus alegorías siguiendo el estilo de Cabanel.

En vano los capciosos mensajeros le demostraron las ventajas que obtendría prestándose á un arreglo que pondría fin á las polémicas, libraría al ministro de sus preocupaciones y satisfaría á la vez á Mels y á la opinión. Mayrault permaneció inquebrantable y respondió:

—Nada tengo que ver con el boceto del señor Mels. No quiero oír hablar más de este asunto. No deseo ocuparme más que de mi *Arte moderno*, que me da, por sí solo, bastante que hacer.

Y condujo á los visitantes ante su admirable *panneau*, donde se agrupaban, con espontaneidad y firmeza maravillosas, las grandes figuras contemporáneas, en un paisaje florido y vibrante de luz.

La determinación de Mayrault fué dictada sin duda alguna por su afecto al maestro. Pero la influencia de la señorita Aufridi había dado á las negativas del joven pintor aquella firmeza casi brutal que desconcertó á todos los conciliadores. La idea de que Teresa pudiera vituperarle, juzgarle ingrato, le causaba insoportable angustia. Y además, sentíase

más tranquilo pensando que servía fielmente á su maestro, y que le daba una parte de su gloria rechazando la paternidad de aquella obra universalmente admirada.

En el fondo obscuro de su conciencia sentía un alivio haciendo este sacrificio. Era como la compensación de la parte de cariño de Teresa que le había robado, pues no podía dudar de que se había verificado un gran cambio en el corazón de la joven, desde algunas semanas acá, y que él mismo la amaba perdidamente.

Tendido en su canapé, fumando, se decía todo esto, esforzándose en precisar entre las nebulosidades de su ensueño, entre las espirales del humo de su cigarrillo, el rostro delicado de Teresa. La buscaba, y como si estuviera decidida á separarse de él, ella se desvanecía, sonriente y misteriosa, huyendo á su pesar, mas huyendo siempre, sin embargo. Parecía que dijese: «Hacemos mal en amarnos, debemos vivir lejos uno de otro. No puedo evitar que mi corazón palpite al unísono con el suyo, pero ¿no es una acción desleal la que cometemos abusando de la confianza de Mels? Siga usted, amigo, hacia el porvenir de dicha y de gloria que le espera, y déjeme con mis cuitas. No puedo ser lo que usted pretende que sea, y no obstante, le amo. Me quedará la tristeza de haber poseído su cariño y no haberle podido corresponder con un afecto semejante, porque no soy

libre de hacerlo. Estoy encadenada á Mels con lazos que no debo romper, bajo pena de que me culpen de torpe y desagradecida. No soy la mujer que á usted conviene. Pase usted, amigo, y siga el brillante camino que tanto me hubiera enorgullecido recorrer con usted.»

Y como si se despidiera, la boca de labios delicados, del semblante entrevisto entre las nebulosidades del ensueño, sonreía tristemente. Y el pensamiento de Mayrault se fijó entonces en el problema de la situación de Teresa respecto á Mels, que no se había preocupado en investigar cuando la joven le era indiferente y que se planteaba ahora con irritación irónica: «¿Qué clase de relación hay entre Teresa y Mels?»

Antes, cuando sus compañeros de taller ó los periodistas hablando entre sí, respondían sin contemplaciones: «¡Es su amante!», Mayrault no se encolerizaba. Le parecía muy natural que los sentimientos de la discípula por el maestro hubieran tomado un carácter apasionado. La verde madurez de Mels, tan guapo y tan elegante, la simpatía de sus aristocráticas facciones y su brillante ingenio bastaban á explicar la adhesión de Teresa hacia el pintor ilustre. Por añadidura ¿no le debía ella todo cuanto era? ¿Qué extraño, pues, que un amoroso lazo hubiera unido á la encantadora niña y al maestro, tan agradable

aún? «Teresa es la amante de Mels.» Así se decía; y Mayrault dejaba decir.

Ahora, al recordarlo, se estremecía de dolor é indignación. ¿Por qué sospechar lo malo? ¿Qué maligna estupidez impelía á aquellas personas que tan libremente hablaban de Teresa y de Mels? ¿Era posible, y ni siquiera probable que entre aquel hombre de cuarenta y cinco años y aquella muchacha de diez y ocho pudiera existir y perdurar relación íntima alguna? Fué recordando todos sus movimientos y todas sus palabras, con objeto de formarse una convicción. Las apariencias daban la razón á los maliciosos. Lo cierto era que Teresa vivía en casa de Mels, con Mels. No era dudoso que el maestro tuteaba á su discípula y la trataba con tierna y cariñosa familiaridad. Veinte veces las conversaciones del taller habían tomado un carácter picante y libre que Mels no había tratado de atajar, lo que no hubiera dejado de hacer si hubiese podido imaginar que sufriera el pudor de la joven. Todo contribuía á afirmar la opinión de que Mels y la señorita Teresa llevaban una existencia común. Y sin embargo, Mayrault no lo creía.

Solo, frente á sí mismo, repasando sus recuerdos, se decía: «Todo permite suponerlo, y á pesar de todo, no es. No, con aquella mirada franca, con aquella voz pura, con aquella apariencia virginal una mujer no tiene una falta sobre su conciencia. Es inadmisibile y

no merece crédito. Mels ha sido un bienhechor, un maestro; tal vez ha amado á Teresa, tal vez la ame. Pero ella no es más que su protegida y su discípula. No se ha entregado á él. Todo protesta, lo mismo en ella que en mí, contra esa calumnia. Ella es virtuosa y pura. Tengo el derecho de amarla.»

Un ligero ruido, una puerta que se cerraba cuidadosamente y unos pasos que se deslizaban por el suelo arrancaron á Andrés de su meditación. Se levantó súbitamente, y con agradable sorpresa, vió ante sí, en medio del taller, sonriente, á la que tan apasionadamente ocupaba su imaginación.

—¡Le he despertado á usted!—dijo ella.—¿Estaba usted durmiendo, amigo mío? Le pido mil perdones...

El se dirigió á ella con las manos extendidas para desembarazarla de su sombrilla y de su manteleta:

—No, no debe excusarse, porque, por el contrario, llega usted á propósito. Estaba resuelto á pasar ahora mismo por casa de Mels para verla á usted, á ser posible á solas... Pero creo que el mismo motivo que debía conducirme allí, la ha traído á usted...

—El concurso ¿verdad?

Hízola sentar en un gran sillón Renacimiento de alto respaldo, en el que ella se apoyó con gravedad. Miráronse un instante sin pronunciar palabra, felices de hallarse juntos, gozando de aquel instante delicioso, y sin



ninguna prisa por reanudar el tema de su preocupación. Sin embargo, Mayrault, que se había sentado en un taburete al lado de Teresa, meneó la cabeza y exhaló un suspiro:

—Esa cábala que se ha formado, no se sabe por quién, ni cómo, empieza á resultar, amiga mía, una broma muy pesada. ¿Qué puede importarles, me pregunto, á los que no obtengan el premio, que sea Mels el favorecido? ¿Y qué delirio les mueve á esgrimir contra el maestro el nombre del discípulo que ni lo desea ni quiere nada?

—No, usted no quiere nada ¿no es verdad, Mayrault? Y usted no aceptaría nada jamás, por mucho que insistieran para arrancar su consentimiento.

El se puso encarnado, levantó los ojos á Teresa y con sinceridad:

—¡Supongo que no habrá pensado usted, Teresa, que yo pudiera hacer traición á mi maestro por una miserable vanidad, abandonándole cuando mayor es mi deber de sostenerle!

—No; no lo he pensado. Estoy tan segura de usted como de mí misma.

—¡Sea enhorabuena! Además, ¿con qué derecho aceptaría yo el honor que quieren atribuirme de haber compuesto aquel boceto, cuando usted contribuyó tanto como yo? ¿Aquel trabajo no es obra de entrambos? ¿Y no pusimos de acuerdo nuestros pinceles para interpretar en la tela el pensamiento de Mels?

En una palabra, el verdadero creador es él. Nosotros no fuimos más que sus instrumentos de ejecución. Y sabemos perfectamente que si no nos hubiéramos adelantado para evitarle inútiles tanteos, hubiera pintado el boceto con mayor seguridad que nosotros.

Los ojos de Teresa brillaron de reconocimiento:

—¡Ah! sí, ¿no es cierto? Porque nosotros que le vemos trabajar todos los días no podemos dudar de que tiene más talento que nunca.

La efusión con que hablaba Teresa hirió dolorosamente el corazón de Mayrault. Se sacrificaba con entusiasmo, pero no quería oír en boca de la que amaba un elogio tan caluroso de aquel á quien concedía tantas ventajas. Sus labios se contrajeron, dibujando una sonrisa ni franca ni alegre:

—¡Cuánto le quiere usted!—dijo.

Ella se estremeció obscureciéndose su semblante. En un momento percibió la penosa impresión que acababa de causar á Mayrault. Aquellos corazones, unidos por idéntico afecto, sentían también iguales dudas y angustias. Teresa respondió:

—¿Podría dejar de interesarme por sus asuntos con mayor fervor aún del que él mismo siente?

—¡Es verdad! Usted y él forman una sola persona—dijo Mayrault con amargura.

—No, amigo mío, no formamos una sola

persona, porque estoy dispuesta á sacrificar mi vida siempre que se trate de él. ¿Y qué merecería yo si pensase de otro modo?

Hubo unos momentos de silencio. Mayrault, con la frente inclinada, parecía anonadado bajo aquellas palabras que tanto se parecían á una confesión. Teresa erguida en un sillón, con los ojos clavados en la creciente obscuridad que invadía el estudio reflexionaba sin dar muestras de sospechar la turbación de su compañero y las inquietudes que pesaban sobre su corazón. Al cabo de un rato prosiguió:

—¿Qué sería de Teresa Aufridi sin Mels? Todo lo debe á ese hombre perfecto: su independencia, su educación, su talento. De la pequeña vagabunda, ha hecho una mujer, enseñándole la dignidad de la vida y el amor al trabajo. ¡Oh! mi querido Mayrault, ¿cómo podré pagar jamás mi deuda de gratitud?

De pronto, el joven levantó la inclinada frente, hundió sus miradas en los ojos de Teresa, y con voz áspera, casi amenazadora, preguntó:

—¿No está usted en paz con él?

—¿Cómo?

—¿No le ha devuelto usted más de lo que él le había dado?

Ella palideció, sus cejas se fruncieron; pero con gran calma, como interrogando á Mayrault:

—No le comprendo bien. Explíquese usted con más claridad.

El fué presa de un ataque de celos más violento aun, y agarrando entre sus manos las delgadas muñecas de la joven obligó á mirarle.

—¡Oh! Teresa, por una sola vez, dígame la verdad. Sufro demasiado no sabiéndola. Teresa, por piedad, sea usted sincera: ¿Ama usted á Mels?

La terrible pregunta, que acababa de proferir temblando, la hizo sonreír. Su semblante se iluminó. Sacudió sus muñecas que se escaparon de las manos de Mayrault. Permaneció un instante silenciosa, y luego con maliciosa tranquilidad:

—Sin duda que amo á Mels. Y no necesitaba usted tantas precauciones para preguntármelo.

—¿Pero, qué clase de amor?

—¡Ah! ¿esto es lo que atormenta á usted señor Daniel? ¿Y con qué derecho, pregunto, pretende usted que le confiese mis secretos?

—Con el derecho que se tiene cuando se ama, Teresa. Y yo la amo con toda mi alma, ¿no lo sabe usted?

—No, yo no lo sabía... Hasta este punto al menos,—añadió ella, meneando la cabeza.—Comprendía perfectamente que usted se hallaba á gusto á mi lado... ¿Pero tanta pasión?... Mayrault, ordinariamente está usted algo

exaltado; y temo que en este momento lo esté más de lo que convenga.

El se dejó caer á sus pies, y con la cara junto á su cara, y los ojos clavados en sus ojos:

—Teresa, yo le pertenezco con todo mi ser. Nada hay en mi cuerpo ni en mi mente que no sufra la influencia de sus encantos y no esté poseído de sus gracias. Yo se lo ruego, no abuse usted de mi corazón. Respóndame. Va en ello mi reposo. ¿Tiene Mels algún derecho sobre usted?

—El que puede inspirar la gratitud.

—¿Así, pues, no le ama?

—Le amo como un amigo, ó como un padre.

El dió un grito de alegría, tomó por los hombros á la joven, la aproximó á sí, y viéndola al alcance de su boca sus lindos labios, pálidos y sonrientes, estampó en ellos un beso. El pintor sintió que temblaba entre sus brazos. Ella dejó escapar una exclamación sofocada, y dejando caer la cabeza sobre el hombro de Mayrault, se quedó inerte, casi desfallecida. El la oprimió más estrechamente contra su pecho y con dulces y cariñosas palabras, trató de mecerla, de calmarla, como lo hubiera podido hacer con un niño. Ella permaneció así, como aniquilada, durante largo rato, oyendo el murmullo de las palabras que acariciaban su oído.

Por fin pareció como que despertara, se pa-

só la mano por los ojos, se levantó lentamente, y al notar que Mayrault, inquieto al ver que recobraba su dominio, permanecía á sus pies mirándola con suplicante ansiedad, se inclinó hacia él y rozó su frente con un rápido beso. El quiso gritar de alegría, pero ella le puso la mano en la boca y levantándole, le condujo, serena y silenciosamente hacia el jardín iluminado todavía por los rayos del sol poniente.

Por toda la anchura del jardín, adornado de rosas y embalsamado por las glicinas, extendíase una terraza que coronaba el declive que descendía hasta la plaza de San Pedro resguardado por una verde empalizada. Un pequeño cenador cubierto de enredaderas ocupaba uno de sus ángulos. Sentáronse allí, en un nido de verdura cuyo follaje agitaba la brisa de la tarde, y en el lejano París, que se extendía á sus pies, vieron como iban encendiéndose las luces que la noche, adelantando, hacía más esplendorosas. Un murmullo sordo compuesto de las voces, las actividades, las fiebres de la ciudad mugía sordamente á sus pies, como el ruido del mar en el fondo de la escarpada costa.

Entonces, entre aquella armonía animada y profunda, producto de la vida intensa de todo un pueblo, Mayrault, como en un canto de amor, expresó sus esperanzas y sus deseos. Teresa le escuchaba, sería, enternecida y suspensa. El hombre que se sentaba á su lado,

oprimiendo su mano entre las suyas, era aquel joven maestro tan célebre ya, tan envidiado, que temblaba mientras hablaba. Hubiera podido elegir entre las mujeres más hermosas y más solicitadas. Todas se hubieran sentido halagadas por su amor. Y ella era la elegida, aquella á quien él confiaba sus temores y sus deseos.

Fué tanta la alegría que se apoderó de ella, que sus labios se agitaron, temblorosos, brillaron sus ojos arrasados en lágrimas y sin fuerzas para contestar, se deshizo en llanto oculta en la sombra, enfrente de París que seguía murmurando y cubriéndose de matices rojos, y debajo las pálidas estrellas que brillaban en el cielo. El, mucho más impresionado por aquella emoción silenciosa que pudiera estarlo por más apasionados arranques, la miraba sonriendo, sin tratar de detener sus lágrimas que comprendía eran dulces y bienhechoras. Y en cada surco de plata que caía de sus lánguidos ojos hasta los temblorosos labios, veía una prueba de amor ingenua y sincera.

El tiempo corría sin que lo notaran. Diez y siete en la vecina iglesia. Teresa se estremeció y miró á Mayrault con cierta sorpresa como si, saliendo de su éxtasis, volviera á verle con nuevos ojos. Pero sonrió. Nada había cambiado y la realidad era tan dulce como su ensueño. Fué ella entonces, quien estrechándole entre sus brazos le abra-

zó tiernamente, é imprimió en la frente de su amigo, casi en sus rubios cabellos, un beso de sus labios. El balbuceó:

—¡Oh, Teresa, cuánto la amo á usted!

—Yo también, Daniel, le amo. Y nada puede impedirme confesárselo lealmente y sin reserva. Esta mañana sólo me pertenecía á mí misma y desde ahora pertenezco á usted...

—Para siempre.

—¡Sí, para siempre!

—¡Qué dicha! ¡Y qué deliciosamente concuerdan nuestras existencias! Tenemos igual manera de sentir en todo, Teresa. Nuestro arte nos enlazaba ya tan estrechamente que el amor casi no tenía nada que hacer para unirnos. Es la perfecta comunión de nuestros espíritus y de nuestros corazones. ¿Hubo jamás suerte más feliz que la nuestra?

Y mostrándole París con un gesto de indiferencia:

—Allí está la ciudad que nos promete la fortuna y la gloria. ¿Qué valen todos sus dones comparados con nuestra felicidad? ¿No estaría usted dispuesta á olvidarla para encerrarse conmigo en esta casita, rodeada por el solitario jardín, pintando con libertad y sin más objeto que el de satisfacer nuestros ensueños? ¿No realizaríamos así verdaderas obras maestras, porque sólo trabajaríamos para nosotros mismos?

Ella, moviendo su linda cabecita exclamó:

—Sí, pero aún no estamos redimidos de

todas nuestras obligaciones sociales; debemos tener en cuenta la opinión. He de dejarle á usted. Me esperan...

—¿Quién? ¿Nuestro maestro?

—No, no va á comer. Pero sí la buena Prudencia, que estaría inquieta si yo tardara...

—Hasta la vista, pues, amada mía... ¿Pero me promete usted que recobrará cuanto antes su libertad?...

—¿Lo sé acaso? Materialmente sólo dependo de mí... Sólo me retienen lazos morales... Pero ¡son tan poderosos!...

—¿Más que nuestro amor?

—No. Bien lo sabe usted.

El la tomó del brazo, y con paso lento, volvieron al taller. Ayudada por su amigo, Teresa se puso su manteleta, y trocando el último beso, se marchó.

A la misma hora, Mels comía en casa de la condesa de Terrenoire. Era día corriente y la intimidad se componía de ocho personas. El general de Gardissol, ex-jefe de cuerpo, que se conservaba ágil y ligero, muy mundano, muy brillante, reaccionario hasta los tuétanos, y dispuesto á montar á caballo, de palabra, para aplastar á la democracia. Monseñor Goutte, obispo *in partibus* de Hermópolis, principal consejero de las congregaciones, prelado culto y meloso en apariencia, y devorado, en realidad, por todos los furiosos de la Inquisición. La señora Bernier, ex-can-

tante de salón, famosa por sus éxitos mundanos, pero parapetada tras de una amarga crítica de todos los actuales talentos. Vatebled, el poeta, candidato á la Academia francesa, más conocido por sus derrotas que por sus versos, pero obstinado siempre, porque su candidatura era su carrera. Y, por fin, Pablo Maichin, el *sportsman*, joven ocioso que se come en el *turf* la fortuna que su padre ganó en la Bolsa.

El general de Gardissol bebió religiosamente un Château-Iquem que gozaba de toda su aprobación, y colocando su copa sobre el mantel:

—Ya lo ve usted, mi querido Vatebled, sus amigos de la Academia son unos traidores. Usted se presentaba á la elección, para obtener el sillón de ese pobre Tal... Fulano... aquel que gritaba: ¡Viva el ejército! en verso... con la seguridad de alcanzar doce votos... Y sólo ha podido reunir cinco... ¿Quiénes son los que le han abandonado? ¡Ya no los volverá á tener de su parte!... Lo que no será obstáculo para que vuelva á empezar. ¡Y ellos también! Yo pregunto: ¿qué halla usted de envidiable en todo eso?

—Usted lo ve desde su punto de vista,—dijo el obispo de Hermópolis.—¿Por qué se empeñó usted en ser jefe de cuerpo? ¿Y por qué le pone enfermo no serlo ya?

—¡Enfermo, yo!—rebatía el general— ¡nunca!

—¡Conformes! Es una manera de decir. Empero, es muy natural que un hombre desee obtener todas las satisfacciones materiales y morales que le ofrezca el destino. Para usted, general, era el orgullo del mando supremo. Para nuestro querido poeta, es la satisfacción de tomar parte de una corporación muy escogida.

—Puesto que existe la Academia—suspiró Vatebled—debo pertenecer á ella. Desde el punto de vista profesional, constituye para mí una necesidad. Yo nunca he vendido mis libros. A Dios gracias, no están al alcance del vulgo. Mi drama estrenado en el teatro de la *Obra nueva* dejó estupefactos á los espectadores que se quedaban con la boca abierta ante la profundidad de mi concepción. El gobierno, á quien desprecio y combato á un tiempo, no me concederá jamás la Legión de honor. ¿Qué me quedará, pues, si no me siento bajo la cúpula?

—Amigo mío, le quedará su independencia—declaró el joven Maichin.—¿Le parece útil acaso dejarse embridar? ¿A santo de qué ponerse entonces en abierta oposición con la producción poética contemporánea? Por una parte truena usted como Moisés en el Sinaí, y por otra se multiplica para obtener una cascaca bordada de palmas verdes. ¡Eso es una contradicción! En el fondo, observo que sufre usted horriblemente por no haber podido obtener una gran venta de sus libros, cien

representaciones en el teatro y la estima de los plebeyos. Si esto es cierto, declárelo francamente. ¡Al menos será usted sincero! Y le compadecerán. Y será usted simpático. ¡Valdrá más esto que pasar por incomprensible!

Siguió un silencio embarazoso. Empero, la linda condesa, al observar la penosa impresión creada entre sus comensales por la brutal franqueza del joven Maichin, se resolvió á contestar:

—¡No trate usted á los literatos como si fueran caballos!—dijo con su voz clara é impertinente.—¡Usted exige á Vatebled sinceridad literaria! ¿Y usted, tiene por ventura sinceridad *sportiva*? Echa usted en cara al poeta su desprecio para cuantos afectan no comprenderle y le niegan su voto. Yo en cambio le he oído tratar de imbéciles á las personas que, en la última venta de Jearlings en Deauville, no compraron á precios fabulosos los vulgares rocines que usted envió.

—¡Rocines! ¡*Alambre* y la *Pistola*, unos animales que valían treinta mil francos!...

—¿Lo vé usted? ¡Todavía! Lo suyo le parece admirable, lo de los demás no vale nada. Respete á su vecino, si quiere usted que le respeten. Ahí tiene al señor Mels... ¡Imite su prudencia!

Mels, que permanecía silencioso desde que comenzó la comida, visiblemente preocupado, se estremeció al oír pronunciar su nombre.

Levantó su noble y expresiva cabeza y se esforzó en sonreír:

—¿Tanto mérito tengo?

—Sí. Usted sabe lo que es la vida. Y en lugar de oponerse á los progresos de sus discípulos, los favorece. A cada cual les debe llegar su hora ¿no es cierto? Y encuentro un fondo de bondad y de grandeza en ese modo de desaparecer. Es dar prueba de verdadera superioridad. El genio ayuda al talento. Porque, en suma, Mayrault lo ha hecho usted.

Mels palideció, sus ojos se nublaron, y respondió con voz sofocada:

—Sus éxitos me interesan más que los míos. Y le amo como á un hijo. Los que pretenden oponerlo á mí se engañan si creen disgustarme. Yo me felicito de todo lo bueno que le sucede.

—¿Aunque sea en detrimento de usted?...

—Hasta en detrimento mío. Mañana se verá la prueba. Esta tarde he escrito al ministro anunciándole que me retiro del concurso para la decoración del nuevo palacio.

—Pero esto es entregar el premio á su discípulo... Las camarillas se lo conceden, los envidiosos de usted se lo atribuyen... ¿Y usted se lo cede?

—Según ha dicho usted muy bien hace un instante, Mayrault, soy yo. Y me toca parte de su triunfo.

—¡Ah! maestro, usted nos abandona.

—No, señora, me doy cuenta de mi exacta

UNIVERSIDAD DE LEON
R. B. KATE V. M. A. T. A. R. I. A
"MAYR" 1910
MAYR 1910 MEXICO

situación, he aquí todo. Cada cual ha de tener su hora, también lo ha dicho usted. Y hubiera podido añadir, á no haber temido mortificar á un viejo artista: no se puede ser y haber sido. ¡Ah! Lo difícil de comprender y aceptar, por los que están en posesión del favor, es que hay que ceder el sitio á los jóvenes que les siguen para substituirles y hacerlos olvidar. Lo más triste y amargo para un creador, ya sea músico, poeta, escultor ó pintor, es cuando se dice: Los triunfos que he alcanzado ya no volverán á renovarse, las aclamaciones y los elogios se dirigirán á otros, las miradas entusiastas se volverán á otro lado, y la fervorosa curiosidad de la multitud, que murmuraba á mi paso, se trocará en muda indiferencia. Yo era el astro que dominaba en el cielo, y poco á poco iré bajando hacia el horizonte. La luz que nos iluminaba con sus vivificantes rayos decrecerá dejándome en la incertidumbre y la debilidad. Después de las alegrías de la aurora, vendrán las tristezas del ocaso. Sí, esto es lo más cruel que puede ocurrir á un artista. Permanecer frente á frente de su pasado, en el olvido, sobreviviendo á su personalidad, y ante el papel, el barro ó la tela, que antes le servían para expresar sus ideas, decirse: ¿Y para qué? De todas las desgracias, ninguna es tan cruel. Y los afortunados son los que desaparecen en el apogeo de su carrera, en plena energía, sin conocer las decepciones

de la vejez. O hay que hacerse continuar por un hijo, y entonces cuán agradable es ver reverdecer la propia gloria en una rama joven. Es lo que me sucede con Mayrault, que es el hijo de mi trabajo. Y precisamente por esto no envidio sus éxitos, porque han sido preparados por mí, y por esto he podido contestar al instante que me alegraría de lo bueno que le ocurriera, aun cuando, en apariencia, me perjudicara.

—¡Admirable filosofía! No cabe ir más allá, si es sincera.

—¡Condesa! ¿Por qué habría yo de engañarles? ¿Me cree capaz de fingir, usted que me conoce tan bien?

—¡Yo! Yo creo perfectamente cuanto acaba usted de decir. Pero los sentimientos que usted expresa son excepcionales. Todos los artistas han sido envidiosos de sus sucesores, con frecuencia hasta el delirio. Entre los maestros italianos del Renacimiento, esa envidia no retrocedía ni aun ante el asesinato. No habría que buscar muy lejos, hoy mismo, para hallar grandes escritores que se han portado como bandidos con sus rivales, y la envidia es la enfermedad común de la literatura contemporánea. Todos nosotros conocemos autores á quienes el éxito de un amigo produce la ictericia. ¡Sobre todo el éxito que da dinero! Este no se lo perdonan nunca. Hay, pues, en la carrera de todo artista, una hora de perturbación, en la que le falla el éxito, en la

que las facultades creadoras le abandonan, y en la que, como astro que declina, se oculta en el horizonte. Usted ha llamado á esa hora dolorosa el ocaso. La idea no puede ser más exacta, pero si hay el ocaso del espíritu, hay también el ocaso del corazón...

La linda condesa sonreía mientras hablaba y sus irónicos ojos parecía que escudriñaban el pensamiento de Mels. El pintor se estremeció.

—Sí, — dijo — renunciar á la gloria es un tormento. ¡Pero renunciar al amor!... ¿No es una prueba más dura aún? Sin embargo, la naturaleza es un gran auxiliar. Y si en el dominio de las ideas, los deseos humanos no tienen límites, en el dominio de los hechos, no ocurre lo mismo. La vejez se encarga de moderar las pasiones...

El obispo de Hermópolis sonrió maliciosamente...

—¡Esto equivale á decir que el hombre hace de necesidad virtud!

—¡O que el diablo harto de carne se hace fraile!

—¿Y dónde ha visto usted que los patriarcas renunciaran al amor?—dijo el joven Maichin.—Yo tengo un tío que á sesenta y siete años sonados mantiene á la simpática Amanda de Tresmes, y es engañado por ella como si sólo tuviera treinta.

—Pues ¡vive Dios!—exclamó el general irguiéndose, le aseguro á usted que yo...

—¡Oh! general,—interrumpió la condesa,—no nos vaya á contar sus aventuras amorosas...

—Contentémonos con las victorias. No añadamos las conquistas...

Mels ya no escuchaba el elegante discreto que continuaba alrededor de la mesa. De pronto se le había aparecido el rostro pálido encuadrado por negras guedejas de Teresa, y una sorda palpitación sobresaltó su pecho. ¿Por qué aquella mujer de mundo, maliciosa é irónica, había aludido tan directamente á la doble derrota que podía experimentar el artista, en su gloria y en su amor? ¿Por qué en el momento en que Mels sentía vacilar bajo sus plantas el pedestal de su celebridad, insinuarle que podía separarse de él la única persona que hubiera sabido consolarle de su decadencia?

Desde hacía algunos días pensaba ya Mels con amorosa resignación en buscar el reposo y la serenidad, modificando la raíz su existencia. Y Teresa había sido el principal elemento de esa nueva combinación. Entristecido, desanimado, exhausto, Mels se decía: Me marcharé con Teresa. Me iré á un rincón tranquilo y umbrío, lejos de las agitaciones y disputas, y trabajaré sólo para mí, vigorizándome en la frescura de la naturaleza. Olvidaré las envidias, las ferocidades, las perfidias y descansaré á la vista de un horizonte tranquilo y puro, al lado de la mujer que

constituye el encanto y la dulzura de mi vida. No soy viejo aún. Mis últimos amores puede decirse que fueron ayer. ¿Por qué no habría de encontrar en Teresa las supremas ilusiones del corazón? Es leal y sería sincera. Y después, me lo debe todo.

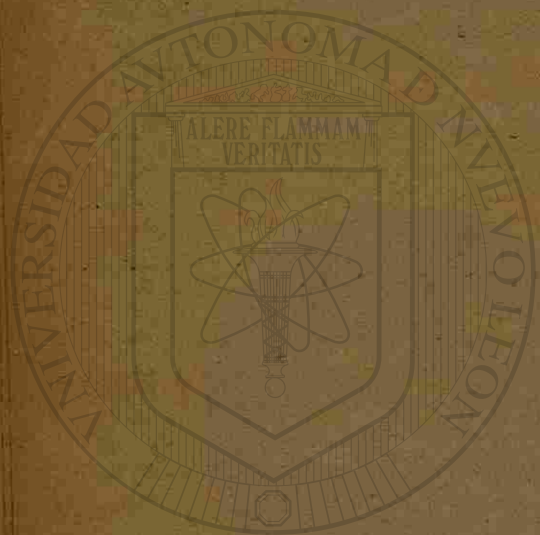
Apenas esta idea hubo cruzado por su mente Mels sintió vergüenza. Le pareció indigna de él. ¿Qué! ¿Poseer á Teresa por gratitud? ¿Donosa ocurrencia! ¿No valdría más no obtenerla por tal precio? Todo su orgullo se sobrepuso. Sintióse más ardiente, más rejuvenecido. Una esperanza le estusiasmaba: la de gustar á aquella encantadora niña y hacer de ella su última y más brillante conquista. Como si contestara con una maliciosa declaración á sus ensueños futuros, la condesa dijo:

—En vano es luchar, el amor es cosa de jóvenes. El antiguo estribillo: «Los novios de una edad» no es una tontería, y aun menos refiriéndose á amantes. Es indudable que hay algunos pertinaces impenitentes, como el tío del joven Maichin, que se imaginan inflamar todavía el corazón de las señoritas y aun el de las señoras. Pero es una ilusión que les cuesta su dinero.

—¡Ah! condesa—dijo el general con amargura.—El ministro, que no es por cierto muy compasivo, tiene más piedad que usted. Cuando nos coloca en los cuadros de reserva, no nos prohíbe pensar que podamos servir todavía.

Levantáronse de la mesa. Las puertas del salón se abrieron, y al suave calor de la elegante habitación, los desocupados comensales continuaron su diálogo sin sospechar la perturbación que sus palabras hubieran podido llevar al corazón de Mels.





V

Oyendo que habrían la puerta de su gabinete, Ténérán levantó la cabeza, dejó su pipa encima del bufete, separó sus papeles y con la cara iluminada por una sonrisa:

—¡Toma! ¡Es Mayrault! Buenos días, hijo mío. ¿Qué es lo que le trae tan de mañana? Hace un buen día. Se puede pintar...

El joven estrechó la mano del viejo escritor, sin contestar. Sentóse en un diván, entre los libros sin cortar aún que lo invadían, esperando la opinión del crítico, y permaneció inquieto, como no decidiéndose á manifestar el motivo de su visita. Ténérán con su mirada gris, penetrante como un estilete, estudiaba la fisonomía angustiosa de Mayrault, y con profunda satisfacción, observaba en la protuberancia de su noble frente, en la línea correcta y firme de su nariz, en la luz soñadora

de su mirada, los signos característicos de su potencia imaginativa, de su atrevimiento innovador y de su simplicidad moral. Gustábase aquel rostro, porque le recordaba el hermoso retrato de Rembrandt. Por segunda vez, y no sin cierta inquietud al ver la actitud embarazosa de Mayrault, le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—¡Ah! mi querido amigo, ocurren acontecimientos muy simples, pero que pueden originar un cambio radical en mi existencia: estoy perdidamente enamorado.

—¿Y eso es todo?—dijo Ténéran.—No veo en ello ningún inconveniente... El amor es una buena excitación cerebral, si se sabe sacar partido de ella... Rafael amaba á la *Forнарina* y Vinci á la *Gioconda*. Ame usted, amigo Mayrault, ame apasionadamente, es cosa de su edad... Por desgracia es cosa también de todas las edades... No por ello abandone sus trabajos... ¡y todo irá viento en popa! ¿Pero, por qué me escoge á mí precisamente para confiarme sus sentimientos?...

—¡Ah! porque usted es el único hombre en el mundo en quien pueda depositar mi confianza y de quien puedo tener consejo y apoyo.

—¡Oh! ¡usted me asusta! ¿Soy acaso doctor en pasiones? El amor me dió tan malos resultados que no me parece prudente intervenir en los afectos ajenos... Bien es verdad que los críticos, que son generalmente los

fracasados de la literatura, ejercitan la profesión de discutir el mérito de los que producen, de modo que los fracasados del amor serán tal vez excelentes analizadores de aquel sentimiento...

Volvió á tomar su pipa, la encendió, y exhalando una grande bocanada que le envolvió en un círculo de humo azulado:

—Veamos—dijo—¿de quién se trata?

—Se trata de Teresa.

—¡Demontre!

El viejo literato se puso súbitamente grave, meneó la cabeza y mirando á Mayrault:

—Usted ama á Teresa... Nada más sencillo. Diré más: es muy natural. ¿Pero Teresa le ama á usted? Esto es lo importante.

—Teresa me ama—dijo Mayrault.

Transcurrieron algunos instantes de silencio, durante los cuales los dos hombres pensaban, al propio tiempo, en la misma cosa. Su preocupación era idéntica. ¿Qué influencia ejercería aquel amor en el estado moral y material de Mels? Y el discípulo y el amigo, con igual inquietud, trataban de medir las consecuencias probables de aquel hecho, tan insignificante al cabo: El amor de un muchacho por una niña. Pero el muchacho era Mayrault y la niña era Teresa. Y todo era excepcional en aquel amor: el extraordinario valer de los amantes, la originalidad de su condición, y por encima de todo, en fin, la dependencia moral y artística en que se halla-

ban respecto á Mels, que había sido para Mayrault un maestro noble y desinteresado, y para Teresa un bienhechor atento y generoso. No era posible desconocer, que quitar á Teresa de las manos de Mels, en el caso de que no asintiera á los proyectos de ambos jóvenes con efusión paternal, era casi como cometer un rapto.

Y con el corazón henchido de angustia, Mayrault miraba á Ténérán que estaba meditando este doloroso problema: ¿si Mels ama á Teresa, según he creído siempre, quitársela, es matarle! Sin embargo, no pudo olvidar por más tiempo que el joven pintor había ido á pedirle consejo. Pero, ante todo, quiso conocer exactamente los términos del problema llamado á resolver.

—¿Desde cuándo ha adquirido usted la certidumbre de los sentimientos de Teresa?—preguntó Ténérán.—¿Cuándo le habló usted de amor y cuándo le confesó ella el suyo?

—Ayer tarde.

—¿Dónde?

—En mi casa.

—¿Y por qué fué á su casa?

—Para hablarme de lo que se tramaba contra Mels, y comprometerme á que rechazara cuantas proposiciones pudieran hacérseme contrarias al interés de nuestro maestro.

—¿Y usted se lo prometió?

—No tenía necesidad de pedírmelo. Ya estaba resuelto á ello de antemano.

—De modo que le dejará usted su gloria, pero le quitará á Teresa.

Mayrault se puso encarnado al oír aquella proposición proferida con voz ruda, y que resumía claramente la situación.

—Para quitarle á Teresa sería antes necesario que fuese suya—dijo el joven—y esto no es así.

—¡Ah! Hay muchas maneras de pertenecer á alguien. ¿Cree usted que es indispensable la posesión material para que una mujer pertenezca á un hombre?

—Ante todo, se necesita la concesión moral de ella misma. ¿Cuántas mujeres no aman á aquel de quien dependen físicamente!

—¿De modo que, para usted únicamente el amor puede dar derechos á un hombre sobre una mujer? Entonces, ¿qué opina usted de la gratitud?

—Que si es impuesta, es la más atroz de las especulaciones sobre el sentimiento. ¡Qué! ¿Por qué un hombre haya tenido la dicha de ser bueno y generoso para con un ser débil, puede encadenar sin límite á su protegido bajo una especie de servidumbre moral? ¿Querrá cobrar los intereses de su buena acción? Nada hay tan feo como la usura aplicada á la generosidad. Shylock no lo hubiera hecho peor. No es una libra de su propia carne la que debe pagar la criatura auxiliada y protegida; se le exige hasta el corazón. Re-

flexione usted, Ténérán, lo egoísta de semejante concepción de la gratitud.

—Y piense usted, querido amigo, lo que tiene de espantosamente cruel el abandono puro y simple, por la niña cuidada y acariciada, del que fué su afectuoso y desinteresado bienhechor, en el preciso momento que más necesidad tiene de que se le devuelvan sus cuidados y sus afecto. No veo en ello exigencia, ni rigor. No se trata de barreras ni de cadenas. No queda más que un hombre que fué bueno y una niña que fué querida. La bondad del hombre, si no le ha creado derechos, impone en cambio deberes á la niña. El problema consiste en saber si ella los cumplirá, ó si se marchará diciendo sencillamente: «Mi dicha está en otra parte. ¡Adiós!»

Mayrault puso la mano en la rodilla de Ténérán y mirando de hito en hito al viejo escritor:

—Por lo mismo que no ignoro todo esto y que comprendo la gravedad del acto que vamos á realizar, he venido á verle. De usted sólo es de quien espero un consejo. La vida le ha desengañado: usted conoce el peso de las decepciones y el valor de los sacrificios. Usted se explicará con entera libertad y me dirá lo que debo hacer. Usted es el amigo más íntimo de Mels, y podrá hablarle con toda franqueza. Nadie podría ser tan buen juez de sus sentimientos y de los nuestros. Se

trata, ante todo, de portarse como personas dignas, y de que no haya verdugos, ni, por consiguiente, víctimas. ¿Quiere usted ayudarnos á salir del paso? Sea usted el árbitro.

—Misión escabrosa, hijo mío,—dijo Ténérán con ligera sonrisa,—y con la que se corre el peligro de no satisfacer á nadie. Pero como esa clase de favores equivalen á ser padrino en un duelo, no hay medio de rehusarlos. Únicamente, precisemos bien las cosas. ¿Qué es lo que exige usted de mí?

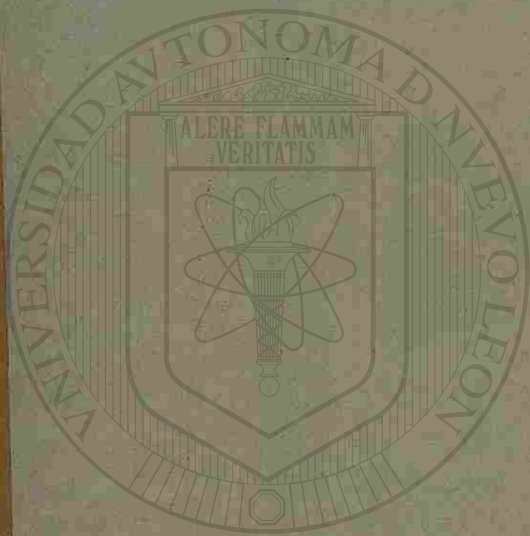
—Que vea á Mels y se entere de cuáles son sus verdaderos propósitos, que penetre, en una palabra, en las profundidades de su corazón. Usted es el único que puede obtener tales confidencias. A otro, sea por orgulloso amor propio, sea por afectar escepticismo, no le diría la verdad completa, y nos expondríamos á ofender al hombre que queremos considerar.

—Está bien. Yo me encargo de interrogar á Mels.

—Gracias.

En el preciso momento en que Mayrault se preocupaba en conocer los sentimientos de Mels respecto de Teresa, éste ponía en obra el proyecto concebido la víspera, interrogando á Teresa acerca de sus sentimientos respecto á él. Las más contrarias resoluciones y los más opuestos deseos encaminaban, pues, todos los intereses hacia un terreno de acción

cil, para un artista, substraerse á la corriente de la lisonja mundana... Es necesario, para desprenderse de ella, tener ocasión de apreciar cuán engañoso es su encanto... Apenas se presentan las primeras dificultades de la vida nos damos cuenta de la vaciedad de todas esas amistades... En tanto que paseamos por los salones la aureola del éxito, de la celebridad, la acogida es entusiasta y cariñosa. La cosa es muy sencilla: damos más de lo que recibimos. La señora de la casa se da tono contando entre sus íntimos á un poeta ilustre, á un novelista notable, á un músico aplaudido. Su presencia asegura la brillantez de la recepción, es el adorno de la casa. Las demás señoras se lo envidian, se lo disputan. Es el grande hombre deseado. Todas las amabilidades, todas las sonrisas son para él. Puede medir su gloria por las atenciones de que es objeto. ¿Cómo dejar de aceptar esas manifestaciones, esos testimonios de afecto? ¿Es posible que sean efímeras? Y se adormece en la quietud del culto que se le dedica. ¡Imprudente! Ya no se acuerda de la primera vez que entró en esos mismos salones, en los que reinaban ilustres desaparecidos. Halló á aquellos mismos artistas en pleno esplendor. Y de pronto su reciente celebridad los relegó á la sombra. ¿Se fijó en su decadencia y en su caída? Tal vez la lamentó. Tal vez le hizo sonreír. En cualquiera de los dos casos no pensó: la derrota que ocasionó á esos viejos



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, N. L.

común, como ejércitos que se buscan para trabar una batalla decisiva.

Eran las diez de la mañana y Teresa se hallaba en el estudio trabajando en los accesorios del retrato de la condesa de Terrenoire, cuando Mels entró sonriendo. Teresa se levantó para darle los buenos días, él le hizo señas con la mano de que no se moviera, y acercándose á ella, la besó en la frente, según hacía todos los días, y luego, mirando detenidamente su trabajo, por costumbre inveterada de profesor y crítico:

—Tus blancos son demasiado crudos... La tela del traje no se armoniza lo bastante con la carne del hombro... El movimiento de la cabeza es agradable... Si avivaras un poco las flores del cuerpo, atenuarías el tono de la cabeza que brilla excesivamente... Pero tal vez esté bien así... Tú tienes tu estilo... Y tu estilo gusta... ¡Es un buen retrato! La hermosa condesa no podrá quejarse... Lo cierto es que está satisfecha. Ayer noche lo decía muy sinceramente...

—¡Ah! ¿La vió usted ayer noche?

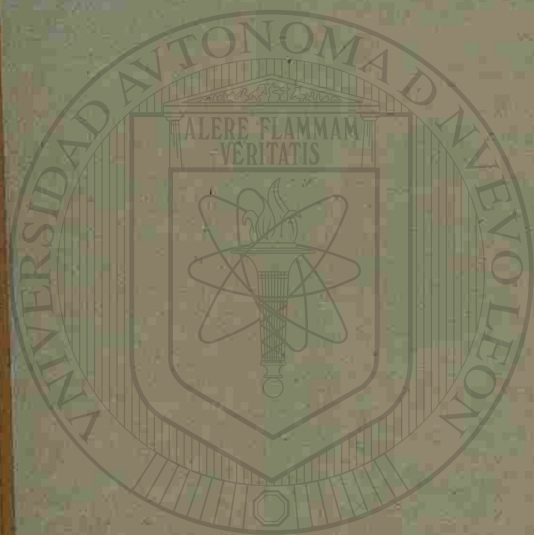
—Comí en su casa. ¡Qué ambiente aristocrático más repulsivo! No puedes imaginar la tristeza que respira la alegría de esa gente del gran mundo.

—No lo ha manifestado usted siempre así...

—Tampoco lo he pensado siempre... He tenido mis crisis de fatuidad, como todos mis compañeros. Cree, hija mía, que es muy difi-



cil, para un artista, substraerse á la corriente de la lisonja mundana... Es necesario, para desprenderse de ella, tener ocasión de apreciar cuán engañoso es su encanto... Apenas se presentan las primeras dificultades de la vida nos damos cuenta de la vaciedad de todas esas amistades... En tanto que paseamos por los salones la aureola del éxito, de la celebridad, la acogida es entusiasta y cariñosa. La cosa es muy sencilla: damos más de lo que recibimos. La señora de la casa se da tono contando entre sus íntimos á un poeta ilustre, á un novelista notable, á un músico aplaudido. Su presencia asegura la brillantez de la recepción, es el adorno de la casa. Las demás señoras se lo envidian, se lo disputan. Es el grande hombre deseado. Todas las amabilidades, todas las sonrisas son para él. Puede medir su gloria por las atenciones de que es objeto. ¿Cómo dejar de aceptar esas manifestaciones, esos testimonios de afecto? ¿Es posible que sean efímeras? Y se adormece en la quietud del culto que se le dedica. ¡Imprudente! Ya no se acuerda de la primera vez que entró en esos mismos salones, en los que reinaban ilustres desaparecidos. Halló á aquellos mismos artistas en pleno esplendor. Y de pronto su reciente celebridad los relegó á la sombra. ¿Se fijó en su decadencia y en su caída? Tal vez la lamentó. Tal vez le hizo sonreír. En cualquiera de los dos casos no pensó: la derrota que ocasionó á esos viejos



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, N. L.

CIÓN GENERAL D

vencedores, vendrá día que un artista más joven, más afortunado, más brillante me la infligirá á mí. La ley de la vida es igual para todos. No se puede haber sido y continuar siendo. Yo caeré como ellos, y sufriré como ellos. ¡No! El piensa: mi destino será excepcional, y no perderé mi prestigio con la juventud, sino con la vida. Ha aparecido un nuevo astro en el cielo, cuya atracción ha perturbado el curso de los demás. Los que no han sido precipitados en una irremediable caída, han permanecido indecisos, estacionarios, detenidos en su ascensión. Y todas las miradas se han dirigido hacia el desconocido vencedor. Todas las atenciones, todas las lisonjas, todas las súplicas han sido para él desde entonces; y los festejados, los incensados, los solicitados de la víspera, han conocido la frialdad de las defecciones y la vergüenza del olvido. Las mujeres del gran mundo, tan sonrientes, tan amables, tan lisonjeras, se han vuelto en un instante agrias, frías, indiferentes. Un helado soplo ha pasado por encima de las flores de su amabilidad, y desde entonces todo muere. Acaba, al fin, por comprender, y se decide á marcharse dejando el sitio á los demás. La hora de la decadencia ha llegado. Se acabaron los triunfos. Y como dice la canción, es inútil volver al bosque, ¡no quedan ya laureles!

Mels fué entusiasmándose poco á poco, y su explicación, empezaba en tono de sonrien-

te ironía, terminaba con acento de dolorosa amargura. No era el filósofo que se burlaba de las debilidades que había tenido y de las que se creía curado, sino el hombre que lamenta y llora los goces de que se ve privado. Teresa, contristada por aquella confesión que le mostraba el verdadero estado de ánimo de Mels, trató de sobreponerse á aquel abandono y á aquella debilidad:

—¿Pero, no le parece á usted que es cosa fácil prescindir de esas adulaciones mundanas? ¡Cuántos grandes artistas viven aislados, en la soledad y el recogimiento! ¿Y no es, en realidad, la mejor condición para que un hombre de talento pueda producir obras maduras y sinceras? ¡Cuántas veces he oído á su amigo Ténéran perorar contra su pasión de usted por los ficticios placeres de esa sociedad en que vive! Y llegaba hasta el punto de asegurar que ese ambiente tan mediocre había ejercido sobre sus producciones una perniciosa influencia, y que su franco y vigoroso estilo difícilmente pudo resistir las frivolidades de las personas mediocres que le rodeaban.

—¡Ah! bien lo sé,—repuso Mels con sorda irritación—no se ha abstenido de decírmelo á mí mismo, con su acostumbrada rudeza. Ha persistido siempre en que no había hecho aún la obra definitiva que coloca á un pintor entre los grandes maestros, todo porque había perdido el tiempo en los salones. Y te lo con-

fieso, Teresa, creo que tenía razón. Me he envilecido hasta colocarme al nivel de los imbeciles y de las coquetas entre los que he vivido durante veinte años. He hecho arte cortesano en lugar de hacer arte sincero. He dado culto al éxito, en vez de buscar la belleza absoluta. He tenido de mira la venta y he trabajado para los comerciantes de cuadros porque necesitaba dinero con que mantenerme con el mismo lujo que el mundo que frecuentaba. Y Ténérán tenía razón: no he hecho aún una obra definitiva. Pero estoy á tiempo todavía. No estoy agotado, como pretende la moderna escuela, y como lo escriben los críticos intransigentes. Yo les demostraré que no he dado aún la medida de mi talento. Será necesario que se rindan á la evidencia. Tengo en mi imaginación un cuadro que les hará callar. ¡Ah! Afectan desdeñarme. ¡Me tratan como á un pontífice y me relegan entre los viejos! ¡Cuidado! ¡Veremos quien es el más viejo, si ellos ó yo!

Mientras hablaba, paseábase á grandes pasos por el estudio, y con los ojos brillantes de cólera, y la boca contraída por una sonrisa desdeñosa, su aspecto era verdaderamente grande y soberbio. Calmóse poco á poco y se sentó en un taburete al lado de Teresa, que seguía trabajando silenciosamente. Entonces, con voz sumamente dulce y con acento de ternura impregnada de tristeza:

—Sí, aún puedo recobrar mis fuerzas, si

los que me rodean me quieren lo bastante para ayudarme. Me siento capaz de volver á empezar mi existencia, pero precisa que esa existencia tenga un objeto. Hasta ahora he recorrido un sendero equivocado. Me doy cuenta de ello cuando he andado las dos terceras partes del camino. Pero aun estoy á tiempo. Aún puedo salvarme.

Al oír estas palabras Teresa levantó la cabeza y miró á Mels, con una expresión de cariño tan afectuoso, que éste permaneció un instante absorto, como si pesara la gravedad de las palabras que iba á pronunciar:

—Teresa,—dijo por fin—tú puedes hacer mucho por mí en este momento de mi vida. No me queda más que un medio para recobrar la posesión de mí mismo. Dejar París, este mundo que volvería á envolverme, si me quedase, y que acabaría de perderme lisonjeando mi vanidad. Es necesario que cambie las condiciones de mi vida para renovar mis facultades. Quiero marcharme á Italia, y retirarme en un rincóncito lleno de poesía y de grandeza. Allí, en la intimidad del pensamiento y del trabajo, volvería á ser el artista que fuí. Pero me conozco. Si me quedo entregado á mí mismo, la soledad se me hará insostenible, y volveré á mis antiguas costumbres. Y esta vez, sería el acabamiento de todo. Para que resucite, es necesario, que alguien vele á mi lado. Y sólo á una mujer puedo pedir este sacrificio. Sólo una mujer

puede calmar mi angustia y reanimar mi valor. Y esa mujer, la única capaz de realizar semejante misión de amor y de sacrificio, esa mujer, Teresa, ¿no lo adivinas? ¡Eres tú!

Ella, no respondió en seguida; con la cabeza baja, siguió pintando, pero el pincel temblaba en su mano. Estaba meditando: si soy capaz de pintar este retrato, se lo debo á Mels, si me encuentro en una situación independiente y honrosa, es por que Mels me recogió. Todo lo que soy, todo lo que poseo, proviene de él. Ha llegado la hora de saldar mis deudas, ¿cabe vacilar? ¿Tendría piedad de un indiferente y voy á permanecer insensible á los ruegos de mi bienhechor?

Repuso su pincel bajo el pulgar, por entre la abertura de la paleta. Se volvió á Mels, y mirándole con tranquilidad:

—¿Cuándo quiere usted marchar?

El se puso colorado de alegría.

—¿Aceptas?

—¿Podía usted dudarle?

—No. Tenía confianza en ti. Conozco tu corazón. Pero dejar París, tus amigos, tus trabajos...

—Mis amigos son los suyos. Mis trabajos me los ha proporcionado usted... Y París, ¿qué atractivos tiene para mí? No salgo más que cuando usted me obliga á ello ó cuando Celia Bazin me lleva consigo. ¿Qué puedo hechar de menos? Por otra parte, sin duda no se trata más que de algunos meses...

—¿Quién sabe, Teresa?

—Cuando haya cambiado sus costumbres, cuando esté seguro de sí mismo, le parecerá inútil prolongar por más tiempo su retiro y volverá á su casa.

Mels la miró con repentina gravedad, y con voz algo temblorosa:

—Sí, Teresa, si tu vuelves á ella con el nombre que debes llevar: el mío.

Ella palideció y sus labios se estremecieron, balbuceando:

—Yo... su nombre...

—¿Quién podría llevarlo más dignamente?

—Hace tiempo que vengo meditando este proyecto sin atreverme á comunicártelo, hija mía, pensando en la gran diferencia de edad que nos separa. Tú no tienes más que veinticinco años, Teresa, y yo, aunque me mantengo joven de cuerpo y de espíritu, tengo cincuenta... Pero siento por ti un amor tan profundo que creo llegaría á hacerte olvidar mis arrugas y mis cabellos grises. Si no me hubieses acogido con tan entusiasta franqueza cuando te he propuesto que me acompañaras, tal vez me hubiera callado, y hubiera perdido mi suprema dicha. Porque es necesario que lo sepas, Teresa; pienso en tí, no como en una hija muy querida, sino como en una mujer adorada...

Y diciendo esto, con acento impregnado de intenso cariño, se había ido acercando á ella, é inclinándose y pasando su brazo por detrás

de sus espaldas, aproximaba el rostro de Teresa á sus labios. Ella bajó la cabeza y ofreció la frente á aquel beso. El la retuvo contra su pecho, interrogándola con la mirada, algo sorprendido por su silencio. Ella se desprendió dulcemente, y con acento débil, dijo:

—Su proposición me ha dejado algo sorprendida, y es necesario que reflexione. No puede ser más lisonjera para mí, pero en lo que respecta á usted, podría ofrecer ciertos inconvenientes.

—¿Rehusarías tal vez? —interrumpió él con angustia.

Ella se asustó al ver su turbación:

—No, no. Yo no rehúso... Pero deseo hacer lo que más convenga á usted...

—Tú asegurarás por siempre la tranquilidad de mi vida... ¿Qué mejor cosa puedo desear? Teresa ¿tienes acaso alguna otra idea? ¿Me ocultas algo?

Ella vaciló en su respuesta. El rostro pálido de Mayrault acababa de aparecer ante sus ojos. Y se estremeció, presa entre su amor y su gratitud. Hubiera querido discutirlo consigo misma, pero le faltaba tiempo. No obstante, no quiso abandonar toda esperanza comprometiéndose definitivamente. Así es que, á la pregunta de Mels, á su expresión de inquietud, respondió sonriendo:

—¿Quién sabe si yo también guardo algún secreto?

—¿No querrás confiármelo? No debes ocultarme nada...

—No le ocultaré nada... Pero no se preocupe usted... No deseo más que su tranquilidad y su dicha... Esto no obsta para que yo medite sobre lo que acaba de decirme tan inesperado y tan capital para mí...

—Sí, reflexiona. Tengo confianza en ti... Consúltalo, si quieres... ¡Toma! con Celia y Ténéran...

Ella asintió con un gracioso movimiento de cabeza:

—Es lo que voy á hacer... Hasta luego, pues.

Y salió sonriendo, y corrió á refugiarse en su cuarto. Allí sus facciones se contrajeron y su rostro se oscureció á impulsos del más profundo dolor. El momento, anunciado por Celia, en que la situación de Teresa en casa de Mels se haría tan difícil, que le sería imposible continuar, había llegado. Al recordarlo le parecía oír aún á su amiga que le decía: «En mi casa hay un cuarto para ti. Allí, serás independiente, y viviremos una al lado de otra, trabajando.»

No podía imaginar entonces que pudiera hallarse nunca en la necesidad de recobrar su libertad. La existencia al lado de Mels, en la intimidad laboriosa del gran taller, le parecía tan dulce que deseaba no viniera nada á perturbarla. Pero la modificación de los sentimientos de Mels no dependía de ella. Por su

parte, estaba segura de que en nada había contribuido á enamorar á su maestro. No había sido ni coqueta, ni ligera. Y aquella manifestación tan imprevista, no podía dejar de sorprenderla.

Al llegar á este punto de sus reflexiones, meneó la cabeza. Sentóse al lado de la ventana y consideró su pasado. ¿Era en realidad una sorpresa para ella el saber que Mels la amaba? ¿No lo había sospechado ya en diferentes ocasiones? ¿No se lo había advertido Celia? Y porque Mels, retenido por una delicada reserva hacia ella que le estaba obligada, había sabido callar por largo tiempo, ¿era suficiente razón para poner en duda sus verdaderos sentimientos? Sí, aquella era la verdad, Mels había amado á Teresa, y si no se lo había dicho, era porque su dignidad se resistía á la idea de lograr por gratitud lo que le hubiera gustado obtener por amor.

¿El, Mels, representar el personaje de don Bartolo respecto á su pupila, cuando todos le reconocían las brillantes cualidades de un Al-maviva? No lo hubiera consentido por ningún concepto. Impúsose, pues, silencio, tanto por orgullo como por delicadeza. Entonces, ¿por qué se había decidido á hablar? Aquí, Teresa, con mucha penetración y ayudada por su cariño clarividente, entrevió la violenta agitación que se había producido en el espíritu de Mels.

No supo ver las ardientes huellas que la

maldad, la envidia y la injusticia habían impreso en el alma del artista. Pero comprendió su desfallecimiento, que estaba herido en lo más hondo, y que si una mano cariñosa no curaba las llagas que le atormentaban, era hombre acabado. Presa de una turbación cuya gravedad aumentaba por momentos merced á sus reflexiones, no pudo soportar un segundo más su soledad, y poniendo en obra el consejo que Mels mismo acababa de darle, se fué á casa de la señorita Bazin.

Celia vivía en la calle de Montmartre, en un cuarto piso fácil de reconocer por dosel de enredaderas que adorna el balcón. En aquel fresco y umbrío mirador sale á tomar el aire, cuando la literata está en casa, la cohorte de los perros. Apenas suena la campanilla, se oye en el interior del piso un alborotador ladrido. Es Anarco, el barbudo de la dueña, que da el grito de alarma.

En el mismo instante otros cinco ó seis perros contestan desde las profundidades del piso y el visitante es acogido por los ahullidos de una jauría. Si el recién llegado es un amigo de la casa, un segundo ladrido de Anarco, prevenido por su olfato, avisa á toda la banda, y en seguida los clamores de ira se truecan en gritos de alegría, y desde la puerta abierta multitud de patadas, lametones y gemidos afectuosos previenen á Celia que ha llegado un amigo, antes todavía de que la criada tenga tiempo de anunciarle.

Teresa era una de las preferidas por la banda canina, pues su aparición fué saludada por una verdadera diana, mientras que Anarco, tomando entre su boca la enguantada mano de la joven, y meneando la cola, la conducía ceremoniosamente al gabinete de Celia. La literata, sentada á su bufete, corregía, con su letra grande y clara, las pruebas de un artículo. Levantóse sonriendo y se dirigió á su amiga tendiéndole la mano. Dió una amigable palmada al perro de aguas que se metió debajo la mesa de trabajo, y conduciendo á Teresa hacia un canapé:

—¿Qué es lo que te trae tan de mañana?

—Grandes preocupaciones.

—¿A causa de Mels?

—No á causa de Mels,—dijo la joven, bajando tristemente la pálida cabeza.—Pero, lo que es más grave aun, con Mels.

—Cuenta, cuenta.

Tomó un cigarrillo, lo encendió, y fumando á pequeñas bocanadas, oyó con grave atención las confidencias de Teresa. Al terminar la relación, reinó silencio. Celia, contra su costumbre, no hizo una sola observación mientras hablaba su amiga. En su cara se pintaba la indecisión. Y ella, tan rápida en la exposición de sus ideas, parecía retardar el momento de explicarse. Por fin, con un movimiento breve, pareció que tomaba una resolución, y volviéndose á Teresa:

—Tú no podías evitar esta crisis. Estaba

prevista. Yo te lo había advertido directamente, hace tiempo. Pero entonces era bañarse en agua de rosas. Hoy en el vitriolo. Entonces no estaba Mayrault de por medio. No había más que Mels. Eras perfectamente libre de tus acciones. Mientras que ahora, te ves envuelta en un enjambre de escrúpulos creados por la sensiblería burguesa que infecta la sociedad, y no sabes por dónde volverte.

—Por eso vengo á pedirte consejo.

—¡Ah! ¡qué cómodo es eso! Nunca tomamos otra determinación que la de nuestro temperamento nos dicta, y para ser sensatos debemos aconsejar á las personas según su propio temperamento... Yo ya sé lo que haría en semejante caso... Pero ¿sé por ventura lo que eres capaz de hacer?

—¿Qué harías tú?

—¡Oh! ¡es muy sencillo! Lo que hubiera hecho tiempo ha. Me hubiera casado con Mels...

—¿Sin amarle?

—¿Cómo se entiende sin amarle? Le habría amado... ¡Y bien lo merece!

—Esas son cosas que no se razonan...

—Tú, ya lo sé. Tú eres una sentimental. No eres una intelectual. Tus impresiones no proceden del cerebro. Te vienen del corazón. ¡Ah! tú estás en lo cierto, desde el punto de vista de la naturaleza. Sientes, no razonas. No hay duda que, casándote con Mels, sacrificarías algunos goces tan triviales como

breves. No podrías abandonarte durante uno ó dos años—ya ves que te lo fío largo—entre torrentes de pasión. ¡Pero qué segura existencia te conquistarías! Mels es rico, Mels es bueno, Mels tiene una gran posición artística. Podrías tener la certidumbre de que te haría feliz y que con él vivirías con envidiable tranquilidad... ¡Ah! ¡esto merece pensarse!

—Ya sabes lo que te he dicho otra vez, respecto á la situación que un casamiento conmigo le crearía...

—Las circunstancias han cambiado. Teresa, la pequeña modelo recogida por el maestro, se ha convertido en pocos años en la señorita Aufridi, artista estimada, renombrada y que vende sus obras. Tú no debes nada á nadie, hija mía. Eres la autora de *la señora del guante* que está en la galería del Luxemburgo. Las hermosas damas de la aristocracia te escogen para que traces sobre la tela sus caras pretensiosas y compuestas... ¡Digo! Y cualquier día te van á dar la cruz, como á Rosa Bonheur... No debes, pues, preocuparte de lo que pensaría el público de tu casamiento con Mels... ¡Todo el honor sería suyo! Se ha visto á algunos millonarios casarse con mujeres retratistas. La tradición, pues, está establecida de hecho. Y como en tus salones se estaría bien, y tendrías una buena mesa, al menos así lo creo, muchas de las personas que no saben donde pasar las vela-

das inundarían tu casa, y figurarías en las descripciones de los periódicos mundanos, en el capítulo «Salones». Y el Instituto no diría esta boca es mía, yo te lo aseguro. Por consiguiente, dejemos á un lado vanos temores. Tú eres un partido muy ventajoso para Mels. Y, dicho entre nosotras, eres mucho menos á propósito para Mayrault...

Teresa se removió en el canapé, al lado de Celia. Frunció las cejas y se puso colorada. Y con voz un tanto ronca por la violencia que se hacía, dijo:

—¿Por qué?

—¡Ah! ¿por qué? ¡Y tú me lo preguntas! En primer lugar porque Daniel tiene tu misma edad ó poco más. Veintisiete años. Tú veinticinco... Por ahora no se nota, pero ¿y de aquí á diez años? El joven maestro tendrá treinta y siete y será más joven que nunca. Y tú, amiguita, tú correrás á grande velocidad hacia los cuarenta. Y entonces, pobre amiga mía, empezarás á sufrir la ruda prueba de los salones, viendo como las bellas señoras, del género de la condesa de Terrenoire coronarán al grande, al ilustrado Mayrault. Si le acompañas ¿qué papel harás en aquellos ambientes artificiales donde todo te disgustará y nada podrá gustarte? Parecerá que acompañas á tu grande hombre. ¿Te quedas en casa? Peor; porque mientras él estará mariposeando por las grandes reuniones, se te freirá la sangre... Me contestarás que te ocu-

rrirá lo que á todas las mujeres, ya sea que se queden en casa ó que frecuenten la sociedad. No lo creas, no. Tu situación será muy diferente de la de una mujer cualquiera. Tú, tendrás tu renombre personal, que llamará sobre ti especial atención, y dará á todo cuanto te concierna particular resonancia. Una mujer célebre no puede ser engañada trivial y tranquilamente como una mujer obscura, y una esposa ordinaria no es objeto de burla como lo sería la compañera notable de un hombre célebre. El cristal de aumento de la notoriedad daría á todo cuanto pudiera sucederte una importancia que centuplicaría en ti la contrariedad ó el dolor. En nuestra sociedad no se es ilustre impunemente. Y la gente incolora y desabrida, que compone la masa estúpida, se encarga de hacerte pagar, si se presenta ocasión, todas las pequeñas ventajas de una posición privilegiada. Y nota, hija mía, que no he tratado más que un aspecto de la cuestión, el personal tuyo. ¿Quieres que analice la situación que se creará Mayrault, y las consecuencias que podrá acarrearos á ti y á él?

Teresa, esta vez, la interrumpió con aspreza.

—Deja de desilusionarme. Tu espíritu crítico lo ha secado todo en mi cerebro. Tú no crees en nada: ni en el amor, ni en la fidelidad, ni en el desinterés. Hasta ahora no me has hablado más que de ventajas materiales,

no has visto más que decepciones. ¿He venido, acaso, á hablarte de negocios? ¡Lo que me ocupa es mi amor! Daniel me ama. ¡Esto es lo que me importa! Y mi único pensamiento es el evitarle que sufra. ¡Lo que yo arriesgue no me importa un bledo!

—¡Esto es la pasión á grande orquesta! ¿Qué quieres que te responda? Me haces el efecto de uno á quien se dijera: «Vaya con cuidado, usted toma la ventana por la puerta, y se va á caer desde el cuarto piso á la calle.» Y que contestara: «¡No importa! Durante los cinco segundos que dure mi caída por el espacio sentiré una deliciosa impresión de frescura. Después, venga lo que venga.» La pasión, mi buena Teresa, es lo accidental en la vida. En nombre del cielo, no nos ocupemos en las cosas excepcionales. Permanezcamos en la regla general, esto es, en el justo medio de la dicha tranquila y vulgar. No se puede agarrar el cielo con las manos. Los éxtasis tienen un límite, los delirios un término. Después hay que recobrar el aplomo y vivir como todo el mundo. Y este período es el principal de la existencia.

—¿Quién puede asegurar que Mayrault no me dé la más segura y completa felicidad?

—Nadie. Es perfectamente posible. Sin embargo, las probabilidades son menores que con Mels.

—Pero yo no puedo retractarme del compromiso que he contraído con Mayrault.

—Entonces, si estás comprometida, ¿á qué has venido?

—¡Ah! ¡ya lo sabes!—exclamó Teresa, cuyo rostro se cubrió de lágrimas en un instante. Tú conoces lo que siento por Mels, y la angustia que me ocasiona el pensar que he de darle pena. ¿Habrá condición más dura que la mía? Por cualquier lado que me vuelva encuentro obstáculos infranqueables. Aquí me retiene mi profundo afecto, allí me arrastra mi amor. ¡Y si cedo al uno ó al otro me expongo á hacer sufrir á seres queridos sin culpa mía!

—En este caso, hija mía, nos encontramos ante otro aspecto de la cuestión. Hasta aquí, sólo nos hemos ocupado de ti. Ahora nos ocupamos de los demás. Pues bien, hemos de adoptar idéntica sinceridad. Si se casa Mayrault en los comienzos de su carrera, en el momento que más necesidad tiene de desarrollar la riqueza de su temperamento y la fantasía de su imaginación, cometerá la más insigne locura. Amantes, cuantas quiera. ¡Esposa nunca!

—¡Celia!

—No me acuses de inmoralidad. Tú eres demasiado inteligente para que no me comprendas. No hay que poner el puchero conyugal en las garras del águila, si no se quiere dificultar su vuelo. Un artista joven, ardiente, necesita de libertad para trabajar. Una casa, una esposa, hijos... La obligación de ganar

dinero, para que viva esa pequeña familia, es la muerte de la inspiración. El artista debe ir adelante con la fuerza de su independencia. Si no, no progresa. ¡Y en el sendero del éxito, el que no progresa, retrocede!

—¡Ah! ¡siempre la ambición; siempre el éxito; nunca la dicha! En todas las concepciones de la vida haces intervenir la inteligencia, nunca el corazón. ¿Es que te sientes incapaz de amar, cuando rehusas á los demás el derecho al amor? Y si tal es tu inferioridad respecto de los demás seres, ¿por qué la sientas como principio y pretendes subordinar todas las acciones humanas?

Celia sonrió. Tomó un cigarrillo, lo encendió y mirando á su amiga con ojos bondadosos.

—¿Tú te enfadas, mi buena Teresa? Tienes razón. Es muy cierto que yo, por efecto de una inferioridad natural ó de un perfeccionamiento moral, siento un grave desdén por esa fiebre, siempre violenta, con frecuencia peligrosa, que llaman amor. Nunca he sentido su necesidad y la combato con gusto cuando se trata de los demás. Después, no se acostumbra uno impunemente á pastelear en los periódicos. Esto vicia la imaginación y nos hace paradójicos. Tú me pides un consejo y yo te doy un artículo. Soy una tonta, perdóname; veamos las cosas por el lado más simple. Tú estás enamorada de un muchacho que te ama. El problema se reduce, pues, á

los límites de lo puramente físico. La atracción que sientes es lo bastante poderosa para hacerte despreciar todas las dificultades que te acabo de señalar y que son muy reales, puedes creerme, y nada imaginarias. A ti te toca decidir. Nadie puede resolverlo en tu lugar. Y en cada mano tienes la suerte de un hombre. Según te decidas por una u otra solución, Mels será dichoso ó desgraciado. Y Mayrault... ¡Bah! querida, permíteme que no te hable de Mayrault. Ya sabes cuánto le estimo y le quiero. Pero no deseo hacerte llorar otra vez. Y sería completamente inútil.

—¿Me ocultas algo, quizás?

—¿Yo? ¡Nada! ¡Palabra de honor! Mayrault es libre. Me consta que la señora de Terrenoire le ha acosado, con la orgullosa desenvoltura de una gran dama que hace á un miserable artista sobrado honor dignándose encapricharse por él. No ignoras que ha sido acogida con la más completa frialdad, hasta el punto de que Mayrault no ha querido hacer el retrato de la hermosa, y no sin ironía, te lo mando hacer á ti, rindiendo homenaje á tu talento y dándote además una prueba de su lealtad. Esa mujer infame ha sido causa principal de las contrariedades de Mels á propósito de la decoración del nuevo palacio. Ha removido cielo y tierra para retardar el juicio y anular el concurso. Toda su mundana camarilla se ha lanzado contra el ministro, quien atropellado por la mayoría



de la Cámara, ensordecido por el Consejo superior de Bellas Artes, y enloquecido por las recomendaciones de las grandes damas, ha perdido completamente la cabeza. Y en medio de ese caos artístico mundano parlamentario, sólo un hombre conserva su calma imperturbable, y es el héroe de la aventura, Mayrault mismo, que encerrado en su casita de Montmartre, se cierne sobre París dispuesto á escamotearlo como una bolita. ¿Y pretendes te aconseje que te cases con ese muchacho, envuelto en su magnífica indiferencia de artista genial, atento únicamente á su obra y no pensando más que en ella? Teresa, aun me queda bastante sentido común para permitirte que cometas esa tontería. Tú eres libre, á nadie debes rendir cuentas de tu conducta. ¡Amale, si no puedes evitarlo, pero no te cases con él!

—¿Cómo! ¿De modo que me incitas á que sea su amante?

—Su compañera, su amiga, su confidente, su consuelo, si sufre contrariedades artísticas ó penas de amor. Su mujer ¡jamás! Permaneced libres uno y otro. Será preferible á que os caséis, para ser, si la ocasión lo trae, un mal matrimonio, unos desgraciados y ¿quién sabe? para que lleguéis tal vez al divorcio, esa vil capitulación, esa vulgar confesión de insuficiencia de todos los esposos mal avenidos.

—¿Entonces, te consideras feliz, Celia, vi-

viendo sola é indiferente?—preguntó Teresa suspirando.

—Me juzgo dichosa, porque soy dueña de mi vida. ¿Pero dónde has visto mi indiferencia? Amo á los animales, me apasiono por los desgraciados, combato todos los abusos y fustigo todas las injusticias. ¡Indiferente! Todo me interesa: ¡lo bello, lo bueno, lo grande! ¡Ah! Teresa, no hay goce más completo que el que proviene del dominio de la imaginación. Fuera errores, fuera decepciones. Todo es absoluto. He tenido la dicha de hacer subir mi sexo á mi cerebro. ¡No hay cosa más segura! Pero, mi pobre niña, te hablo como Diógenes hubiera podido hacerlo con una hermosa y enamorada ateniense para quien el amor era el primero de los bienes. Y ¡ay! hago mal. Si soy así, es sin duda porque no he encontrado al hombre que hubiera podido hacer de mí una mujer, despertando mi corazón. Yo me ensalzo, y tal vez soy una criatura inferior y despreciable. Porque, en suma, ¿qué puede ser una mujer que no tenga nada de mujer, ni sensibilidad, ni debilidad, ni dulzura? Una especie de monstruo. Vete pues, cumple tu destino, que es amar y sufrir. Yo desdeño los sentimientos que te mueven, porque soy incapaz de sentirlos. Y aun cuando voy al encuentro de la razón natural, no tengo motivos para enorgullecirme, y es muy probable que seas tú quien siga el buen camino. No te acuerdes,

pues, de nada de lo que te he dicho, si no es de mi profundo cariño, y ten la convicción de que si me necesitas, en cualquier contingencia, me hallarás siempre dispuesta á servirte.

—Gracias, Celia. Esto ya lo sabía. Pero de aquí no me llevo el consuelo que vine á buscar.

—¡Ah! querida niña, tú has venido á pedir á un filósofo la fórmula de la felicidad, cuando para poseerla no habías de hacer más que consultar tu corazón. Todo lo que pueda decirte no prevalecerá sobre tu instinto de mujer. Síguele pues. ¡Y buena fortuna! Bien mirado todo es casualidad en la vida.

Levantáronse y fueron á asomarse al emparrado balcón que, desde la altura del cuarto piso, dominaba la calle de Croissant, en donde el movimiento de los vendedores de periódicos que pululaban por las tabernas y la permanencia de los carromatos cargados de papel, en la puerta de las imprentas, ofrecía ya su ordinaria animación. Algunos tipógrafos con la blusa manchada de tinta, hablaban y fumaban, paseándose arriba y abajo de la acera para esperar la hora del trabajo. Los pesados ómnibus que se dirigían á los mercados, hacían retemblar el empedrado, y un verdadero río de transeúntes desfilaba hacia el bulevar. Las dos amigas miraban silenciosamente el animado cuadro de vida laboriosa que se agita en aquel rincón de París.

Celia, después de dejar correr por unos instantes su fantasía, señalando á Teresa las muestras de cinco ó seis grandes diarios que se destacaban en las fachadas de las casas, dijo:

—Mira. En cada una de esas hojas que se tiran por millares, insignes escritores sostienen las más opuestas opiniones. Todos tienen lectores y partidarios. ¿Cuáles tienen razón? Sólo el porvenir podrá decirlo con bastante exactitud. ¿Por qué hemos de pretender estar más seguras de una verdad individual, que esos hombres de una verdad general? La vida procede ciegamente aun para aquellos que pretenden, y algunas veces con motivo, ver claro.

Y ambas se sonrieron. Teresa dejó el balcón lentamente, volvió al gabinete de trabajo, y como hojeara distraidamente con el dedo las pruebas que Celia estaba corrigiendo á su llegada:

—Esto es lo único que no engaña nunca ¿ves Teresita mía? El trabajo. Sean las que quieran las contingencias de nuestra vida, mientras podamos, yo sostener la pluma, tú servirte del pincel, nos quedará aún la suerte de bastarnos á nosotras mismas.

Teresa palideció y frunciéronse sus cejas. En un momento acababa Celia de evocar involuntariamente ante su vista la dolorosa imagen de Mels, absorto en la duda, abandonado por sus facultades creadoras y pidiendo á su

discípula, con acento suplicante, que no le dejara. Según la fórmula de Celia no había ninguna esperanza de salvación para él. No le quedaba más que echarse vivo en su tumba.

La joven exhaló un hondo suspiro y más indecisa aun que á su llegada, sin haber podido dilucidar mejor sus dudas, besó á su amiga y se alejó.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



VI

Mels salía de casa Paillard, donde acababa de almorzar, cuando, delante de Vaudeville, vió en la portezuela de un cupé un rostro de mujer que le sonreía. Reconoció á la condesa de Terrenoire, y se dirigió hacia ella, con el apresuramiento de un convidado de la víspera.

—Acabo de tomar un palco para esta noche—dijo la dama.—Mi marido deseaba ver á la Réjane en la obra nueva. Dicen que está admirable de pasión... ¡No deja de ser curioso! ¡Las comediantas llaman la atención por lo apasionadas! Yo conozco á muchas mujeres entre mis relaciones que han tenido aventuras terribles. Nunca se ha sabido hasta mucho después... ¡En el preciso momento nadie lo hubiera sospechado! Ponían la cara de todos los días.

—Condesa, esto quiere decir que para sus amigas la comedia consistía en ser impenetrables, mientras que, para las comediantas, el arte está en hacerlo comprender todo...

—¿A dónde va usted, querido maestro?...
 ¿No querrá usted que permanezcamos, según me figuro, charlando á la vista mal intencionada de esos revendedores de billetes?...
 ¿Puedo llevarle á alguna parte?

—Voy al Instituto.

—Y yo á la calle de Bellechasse... Suba usted, le acompaño...

Mels se instaló al lado de la joven señora, quien dijo á su lacayo:

—Muelle Malaquais, frente al puente de las Artes...

El coche emprendió su carrera. La señora de Terrenoire se arrellanó en su rincón, miró á Mels con ojos velados por los párpados entreabiertos, y luego, con voz que el ruido de la calle le obligaba á hacer más aguda que de costumbre:

—¿Está bien la señora Aufridi?

—Muy bien, gracias.

—Es una persona muy notable. Todos los días me felicito por haber trabado conocimiento con ella. ¡Lástima que sea tan hurañá! ¿Será posible que no consienta en asistir á uno de mis lunes? A ver si la trae usted... Deseo presentarla á algunas grandes señoras... A la señora de Bérule, y á la condesa de Galarn, que podrían serle útiles.

Mels meneó la cabeza:

—Tiene un carácter muy independiente y no hace más que lo que le conviene.

—¿Pero usted bien tendrá autoridad sobre ella?...

—Ninguna.

—Será porque usted no quiere, porque al fin...

Y subrayó la frase con una sonrisa y un guiño que tuvieron el privilegio de irritar á Mels en grado sumo. Presentía con inquietud en aquel mismo momento que Teresa escapaba á su influencia, para soportar con tranquilidad le atribuyeran unos derechos que no podía ejercer sobre ella. Así es que replicó con cierta aspereza, cosa muy rara en un hombre tan bien educado:

—No tengo ningún derecho sobre la señorita Aufridi. Ni yo, ni otros, por supuesto...

—Ni usted... sea, puesto que lo asegura. Pero en cuanto á otros... ¡Al fin!...

Y sobre este segundo «al fin» la condesa puso un mohín que era el colmo de la impertinencia y de la perfidia. Mels se estremeció de ira, sus manos se crisparon, é hizo un movimiento para apretar la pera de aviso con objeto de bajar del coche. Pero el agudo puñal de la sospecha había penetrado en su corazón. Y quiso saber. Y en lugar de saltar á la acera, se volvió hacia la señora de Terrenoire y dijo friamente:

—Esto demanda una explicación. Según usted, condesa, hay otras personas que poseen sobre la señorita Aufridi medios de acción que yo no tengo...

—¡Ah! usted deduce de una palabra soltada al azar, consecuencias...

—Con usted, condesa, no hay palabras soltadas al azar. Usted no dice lo que no quiere decir. Así, pues, si hace usted una alusión, es que tiene algún motivo... ¿Cuáles son esas personas?... Tengo interés en conocerlas, aunque sólo sea para servirme de ellas cerca de Teresa...

—¡Pues bien! ¿No le parece que la señorita Bazin podría ser una de ellas?...

—¡Ah! ¡Esto es una excusa! Hace un momento no pensaba usted en Celia...

—¿Y su amigo Ténérán?...

—¡No! ¡no! Señora, no es ese á quien quería designarme...

—En fin, el señor Mayrault...

Esta vez los párpados entornados de la señora de Terrenoire se abrieron bruscamente, y sus desenmascarados ojos lanzaron á Mels una irónica mirada.

—Mayrault es mi discípulo, como Teresa, —balbuceó Mels...—¿Qué superioridad tiene sobre mí respecto á ella?...

—¡Eh! ¡eh!...

La sonrisita seca de la joven dama hizo vibrar los nervios de Mels, que exclamó:

—Señora ¿querrá usted decir?...

—¿Yo? ¡nada, nada! Quiero demasiado á la señorita Aufridi para no rechazar todas las insinuaciones que puedan serle perjudiciales... Y si me ocupara de los rumores que cir-

culan sobre ella y el señor Mayrault, sería para desmentirlos.

—¿Qué rumores?

La condesa de Terrenoire se hundió en el fondo del cupé, miró de hito en hito al pintor, y dijo con afectuoso acento:

—¿Debo hablar? Me parece que se halla usted bien dispuesto. ¿No me expongo á darle pena? La opinión no se da exacta cuenta de los sentimientos de usted respecto á la señorita Aufridi...

—Sean los que fueren, señora, debe usted terminar las confidencias que ha empezado á hacerme...

—Pues bien, puesto que usted me lo exige: nadie se esconde de decir que Mayrault y Teresa se aman, y por lo general, se opina que, después de los servicios que ha hecho usted á entrambos, ¡le hacen representar un papel muy desairado!

Mels se quedó inmóvil, como aniquilado. Luego preguntó:

—¿Desde cuándo ha oído contar eso?

—¡Oh! qué se yo, hace algunas semanas...

Mels se pasó la mano por la frente. Recordaba que era la época en que Teresa y Mayrault trabajaban en el boceto del concurso.

Y repitió:

—¡Varias semanas!...

La condesa, viendo su estupor, y midiendo tardíamente la profundidad del golpe que acababa de asestarle, tomó la mano del pin-

tor, y con dulzura, tratando de borrar el efecto de sus palabras:

—Ya lo sabe usted, se dicen tantas cosas... ¿No es verdad?

Mels no quiso oír más. Había soportado el horror de la revelación. No quiso aceptar el consuelo de las vanas negativas. La convicción había penetrado de un solo golpe en su espíritu. Teresa amaba á Mayrault: así todo se explicaba. Y la luz se hacía sobre su actitud respecto á él. Volvióse hacia la linda mujer de mundo que, entre los sedosos paramentos del elegante cupé, acababa de asesinar tan á mansalva á un hombre como si le hubiera herido con un puñal, é inclinándose con su altiva elegancia:

—Adiós, condesa. Algunas veces es bueno tener amigos sinceros.

Y con una dolorosa ojeada, con una amarga sonrisa, devolvió á su gracioso verdugo todas sus pérfidas ironías. La señora de Terrenoire no halló palabras con que contestar. Hizo un signo, y el cupé partió.

Mels, cuando se halló solo, se puso á andar por el muelle. Ya no pensó en ir al Instituto. Iba siguiendo la corriente del río, andando en derechura. En el muelle Voltaire, miró unas estampas en la puerta de una librería. No tenía conciencia de lo que hacía. Una sola idea martillaba su cerebro: Mayrault y Teresa se aman. No deducía ninguna consecuencia. La brutalidad del hecho bastaba. ¡Teresa y May-

rault, sus dos hijos! Su traición, era por eso mismo, atroz. Sin el menor asomo de inquietud, él les había entregado uno á otro, creyéndose seguro de su honradez y de su absoluto respeto. ¡Y le habían engañado! Y durante algunas semanas, meses tal vez, habían disimulado delante de él. Sus palabras habían sido mentirosas, sus miradas traidoras. Y aquella misma mañana, después de haber expuesto su corazón á Teresa ¿no había ella huído ante las consecuencias de la conversación, no se había negado á pronunciarse cuando él le pedía una respuesta? Sí, aquella mujer mundana, feroz y venenosa le había dicho la verdad, pocos momentos antes, en el coche, mientras él la escuchaba con la estupidez de su ciega confianza: ¡Teresa y Mayrault se aman! ¡Todo había acabado, pues!

Sólo entonces empezó Mels á darse cuenta del desastre que aquel amor debía acarrearle. Todo se hundiría en su vida. El edificio quebrantado, que se esforzaba en consolidar con ayuda de Teresa, se desmoronaba irremisiblemente. Lo presentía con lucidez, en aquel momento doloroso en que iba andando por el muelle, arrastrando las piernas pesadamente á causa de la tensión de sus nervios; era viejo. No había que hacerse ilusiones. La edad pesaba sobre él. Al pasar por delante un cristal de un almacén, entrevió en un instante su cara, y sus arrugas, sus cabellos gri-

ses, toda la decrepitud de sus cincuenta años se asomó de repente á sus ojos. ¡Era viejo!

Del apuesto Mels, no quedaba más que un anciano, excesivamente elegante y presumido, que podía, con sus gracias anticuadas, ponerse en ridículo. Al propio tiempo que el sentimiento de su decadencia física, se impuso á su imaginación la amarga certidumbre de su decadencia intelectual. Agotado como hombre, agotado como artista, tal era su estado. En aquel momento, aunque se hubiera opuesto con todas sus fuerzas á aquella opinión, le hubiera sido imposible dudar. Una sombría tristeza invadió su espíritu. Vióse despreciado, desacreditado, abandonado. Exhaló un doloroso suspiro, y murmuró:

—¿A qué vivir?

Se asomó á la baranda del muelle. Y allí, delante del ministerio del exterior, en una soledad casi completa, estuvo contemplando á los acarreadores de leña como descargaban una chalana. El movimiento de aquellos hombres, que pasaban con su carretilla por una estrecha tabla para ir de la orilla al barco, ocupó puerilmente sus ojos. Y se decía: «¡Qué felices son estos hombres! Trabajan allí, como brutos, sin pensar en otra cosa que en no caer al río al pasar por la tabla. Repiten, sin cambiar jamás, su trabajo cotidiano. La estrechez de su cerebro constituye su seguridad y su fuerza. ¡Por qué no he de ser como ellos, sin ambición y sin ensueños!»

Más allá del río, sus miradas pasaron por encima de las arboledas del jardín de las Tullerías, se deslizaron por los jardines reservados y fijáronse en la masa imponente de la columnata del Louvre. Una súbita palpitación agitó su pecho. Allí, en aquel palacio, en sus largas y salemnes galerías, en una gravedad casi religiosa, las maravillas del arte universal estaban expuestas á la admiración pública. Allí, las telas seculares de los grandes pintores resplandecían sobre las paredes con inagotable brillantez, perpetuando el recuerdo de los artistas que las habían ejecutado. El ensueño de todos los maestros: durar, sobrevivir, ser eternamente jóvenes por la belleza, la bondad y la gracia de sus obras, aquel ensueño que le había sonreído, que agitaba á todos sus contemporáneos, se hallaba allí, en aquella reunión de esplendores, enteramente realizado. Rafael triunfaba por la pureza, Vinci por la gracia, Rembrandt por el vigor, Rubens por la fogosidad, Van Dyck por la nobleza de su genio, Clouet, Poussin, Felipe de Champaigne, Lebrun, Larguillière, Mignard ponían muy alto el renombre de la escuela francesa, de la que Lancret y Nattier representaban la elegancia, Watteau y Boucher la gracia. Todos los grandes modernos, los que él había aprendido á admirar, los que había conocido aún al comenzar su carrera, los Géricault, los Vernet, los Deçamps, los Delacroix, los Delaroche,

los Ingres, estaban allí, reunidos en la serenidad de la gloria. Regnault, su amigo, Bastien-Lepage, su camarada, Puvis de Chavannes, su rival, le esperaban allí. Y entre los grandes nombres de su generación, él era tal vez el único destinado á empequeñecerse, á ofuscarse, á desaparecer sin lograr la suprema consagración.

A tal idea, la sangre afluyó á su cerebro, y la ira se apoderó de él. Quiso rebelarse contra su debilidad. Se llamó cobarde por no sostener su renombre con la lucha, por abandonarse tan miserablemente por una vulgar traición. Si una mujer le desgarraba el pecho ¿por qué no se servía de sus sufrimientos para renovar su inspiración? Con sangre y con lágrimas también se podía pintar. Pero tenderse en el suelo, como un vencido en un campo de batalla, esperar la servidumbre ó la muerte en la inmovilidad y las lamentaciones ¿era digno de un hombre como el que deseaba ser, y del rango en que quería figurar?

Y dejando su solitario observatorio, se encaminó más deliberadamente hacia el centro de la ciudad. Sentíase reanimado por ideas más valerosas. Una sonrisa desdeñosa apuntó á sus labios:

—Yo les probaré que soy siempre el mismo. Se han dado demasiada prisa en prescindir de mí. La mejor venganza que puedo tomar de esos ingratos es pasarme sin ellos. Les dejaré á merced de su doble hipocresía,

No faltará quien les juzgue y me juzgue á mí también. La ventaja no estará de su parte.

Su orgullo, puesto á prueba de un modo tan cruel, se sintió algo aliviado por esa impresión. Volvió á entrar en su casa resuelto, y sobre todo más tranquilo. Su ama de llaves, saliéndole al encuentro, le avisó que Ténérán le esperaba en el estudio.

—¿Está en casa Teresa?—preguntó después de vacilar un instante.

—No,—le respondió la anciana Prudencia con inquietud—Teresa no ha vuelto aún. ¿El señor necesita de ella?

—No,—dijo Mels—quería saber únicamente si estaba en el taller, porque entonces hubiera rogado al señor Ténérán que pasara al jardín.

—¡Ah!—exclamó el ama de llaves.

Y esta simple exclamación traducía tanta sorpresa y tanto cariño hacia su amo, tantos reproches contra Teresa, y tan triste decepción, que Mels miró conmovido á la fiel doméstica, que trabajando silenciosamente á su alrededor, había sorprendido sin duda una parte importante de sus ensueños, y le compadecía sinceramente, al verlos destruidos.

En el estudio, Ténérán, sentado en un taburete, estaba examinando con inteligente curiosidad el retrato de la condesa de Terrenoire. Al ver entrar á su amigo, no se levantó. Tendióle la mano, y continuando el examen crítico en voz alta:

—La influencia de Gustavo Moreau y de los pintores ingleses es evidente. Burne Jones, Wisthler y Crane han dejado aquí sus huellas... Ya no es tu manera de hacer. Pero no está menos bien. Es otra cosa. El mecanismo de la cabeza es artificioso ¡pero qué hermosa y delicada resulta! Dentro de diez años, este retrato quedará esmaltado, como una ágata. Ya sabes que me gusta mucho todo lo que haces, viejo mío. Hay más tradición, más autoridad, más abolengo en tu manera. ¡Lo que no impide que esta pilluela tenga un talento bárbaro! ¿Cuánto le pagan por un retrato como éste?

—Seis mil francos, creo.

—¡Caramba! esto le asegura su independencia,—dijo friamente Ténérán.—Una mujer que se gane tan bien la vida puede disponer de ella según le convenga.

—¿Por qué lo dices? —replicó Mels con aspereza.

—Lo digo, porque es un buen preámbulo para la entrevista que me propongo tener contigo, mi viejo amigo.

—¡Ah! ¿tú también vienes á hablarme de Teresa?

—¿Y quién se me ha adelantado?—preguntó Ténérán con inquietud.

—¡El mismo original de este retrato!—dijo el viejo pintor, riendo con amargura.

—¡Ah! ¡esa cotorra chillona y ofensiva! ¡Entonces, te habrá dicho mil perrerías!

—Me ha explicado con gran lujo de pérfidas reticencias, que Mayrault y Teresa se burlaban de mí... ¡Y que la cosa hace tiempo que dura!

—¡Qué infamia!

—¿Te indignas? ¿Estás seguro acaso de lo contrario?

—¡Seguro!

—Veamos, en qué te fundas.

—Sencillamente. Mayrault ha ido á mi casa para suplicarme hablara contigo, si lo creía conveniente, con objeto de averiguar cómo recibirías la noticia de los proyectos que ha formado respecto á Teresa. Yo creo que si esos muchachos tuvieran algo que reconvenirse respecto á ti, no se hubieran preocupado en saber lo que puedas pensar, y te habrían dejado donde estás... Por el contrario, veo un muchacho que está intranquilo con la idea de que pueda apenarte, y que protesta de su cariño y de su afecto hacia ti, y dispuesto, no debo ocultártelo, á renunciar á todas sus esperanzas, si ha de ser causa de tu infelicidad...

Mels hizo un movimiento de dolorosa indignación y sus cejas se fruncieron. Parecía más humillado que conmovido por aquella muestra de respetuosa sumisión. Ser víctima de Mayrault le gustaba más tal vez que ser su protegido. Dominóse en seguida, y recordando su calma:

—¡Está bien! Mayrault quiere mi consen-

timiento para quitarme á Teresa... ¿Pero Teresa exige también mi aprobación para unirse con Mayrault?

—Amigo mío,—dijo Ténérán con irónica confianza—la juventud no necesita más permiso para amar, que los pájaros para cantar en primavera y las flores para abrirse en verano. Es la Naturaleza que se manifiesta. Nosotros hemos logrado violentarla, desvirtuarla, reducirla á la más mínima expresión, pero no hemos podido llegar á sofocar los impulsos amorosos en el corazón de la juventud. Medita un poco respecto al alcance de tus recriminaciones. Despréndete de tu caso personal. Razona como si se tratara de otro, de Ténérán, por ejemplo, de tu viejo camarada. Imagínate que este quincuagenario esté enamorado de una niña de su barrio, y que se da una vida de todos los demonios porque un joven, inquilino de su casa, adora á la niña y se la quiere disputar. ¿Qué es lo que pensarías de ese loco? ¿Qué es lo que dirías, eh? Me parece que te oigo: ¿Habrás visto vejete más vicioso y calavera que ese Ténérán? ¡A su edad! ¡Y después de haberse dejado engañar de manera tan fabulosa por la señora Ténérán, piensa aún en el amor y se revuelve, como diablo en agua bendita, porque le disputan la posesión del objeto de su amor! ¡Es lástima verdaderamente! No hay que dar, de este modo, el espectáculo de las excitaciones seniles. Aquella niña y aquel

muchacho merecen todo el apoyo, y en cuanto á él, ¡es un asqueroso sátiro! Esto es lo que le dirías á Ténérán, mi buen amigo. Y harías muy bien. No te expongas á que pueda decirse lo mismo de Mels. ¡Y estarás en lo cierto!

Mels se sentó en un rincón, y se quedó abortado en una meditación dolorosa. Parecía que no se daba cuenta de que su amigo estaba allí. Con sus temblorosos dedos, se peinaba la punta de su barba gris, y entornaba las pupilas como para reconcentrar mejor su atención sobre el objeto de sus reflexiones. Su abatimiento moral era tan evidente que Ténérán se arrepentía de haber reconvenido con exceso á su amigo. Había dado con fuerza para debilitar la resistencia. Y en lugar de las protestas y de las acusaciones que esperaba oír, sólo hallaba dignidad y silencio. Esto le tenía inquieto y conmovido. Sacó de su bolsillo la petaca, lió entre sus amarillentos dedos un delgado cigarrillo y empezó á fumar andando por el taller. Mels no hizo un sólo movimiento. Triste y silencioso, continuaba en sus dolorosas reflexiones. Por fin exhaló un profundo suspiro, miró á Ténérán, que se detuvo, y con voz conmovida:

—Todo cuanto me has dicho ahora ya me lo había dicho yo. Pero eran esos propósitos que uno se forma, con la secreta esperanza de que alguien nos desmienta ó de que se opongan los acontecimientos y no llegue el

término funesto. Sin embargo, el momento inexorable ha llegado. No cabe hacerse ilusiones, Ténérán. La decadencia está aquí. Hay que aguantarla. ¡Ah! La cosa es tan dura que mejor hubiera sido no conocer el éxito, á perder su resplandor y volver á hundirse en la sombra. La muerte física es tan espantosa que hace temblar hasta á los más resueltos, pero ¿qué decir de la muerte moral, que precede al último fin, y nos hace asistir en plena vida é inteligencia á nuestros funerales? Ténérán, empieza ya mi agonía ¿cuándo acabará?

—Cuando tú quieras—dijo friamente el literato.—Y no con la muerte, sino con la resurrección. Tú estás en una especie de catalepsia, amigo Mels, despierta y empieza á vivir de nuevo. ¿Son acaso las gracias y puerilidades de la juventud las que lloras? ¿Qué has hecho de tu virilidad para mostrarte tan débil? ¿Vas á hacer como las mujeres que han sido hermosas y se encastillan en sus pasados triunfos, y se pintan, y se rellenan de algodón para encubrir, ó creer que encubren los desastres de su cutis y el derrumbamiento de sus atractivos? Tú y yo conocemos á algunos hombres maduros, que se embuten en corsés de cuero, se dan cosmético á los bigotes y se tiñen la barba. ¿Para engañar á quién? La vejez sin franqueza y sin naturalidad, es más deplorable que la decrepitud confesada. Un anciano, con su rostro

blanco y sus cabellos de plata, es muy atractivo. Un viejo verde, teñido, pintado, reluciente, emperifollado, con los cabellos verdes á fuerza de ser negros y dientes sospechosos á fuerza de ser blancos, es sólo objeto de risa. Colócate decididamente en el sitio que te corresponde. En vez de tantear con la punta del pie la orilla del lago de los desencantos, échate al agua sin vacilaciones, y saldrás de ella purificado, tranquilizado, fortificado, con tu verdadera edad, que es ¡vive Dios! muy aceptable, puesto que es la mía, pero á condición de que no tengas más pretensiones. Desde el punto de vista físico, te hallarás, pues, en salvo. Queda el punto de vista moral. Y te declaro desde luego que no me preocupa más que el otro. No puedes imaginarte lo rápidamente que uno se acostumbra á no contar más que en sí mismo. El mal de todos nuestros contemporáneos que se agitan, se mueven para llamar la atención, es que no saben acostumbrarse á la soledad. ¡Si sabías lo que es fecunda y estoy por decirte, agradable! ¡Ah! Dejar de ser esclavo de las conveniencias mundanas, no hacer más que el propio gusto, salir cuando á uno le place, quedarse cuando á uno le conviene. No violentar su conveniencia personal para obedecer á conveniencias extrañas, ¡sí es la mayor de las satisfacciones! El retiro permite la meditación y la meditación permite el trabajo. Y aquí llegamos á la completa redención. El

día en que el trabajo se convierte en norma de la vida, el hombre vuelve á ser dueño de su poder. ¿Qué significa la vejez cuando el talento se manifiesta perpetuamente joven? El hombre que produce no tiene más edad que la de sus obras. Su personalidad se trueca, deja de ser física para ser exclusivamente artística. Y en esas condiciones, el artista goza de una inmunidad que no tiene más límites que su genio. ¿Comprendes, mi buen amigo, qué inmensas compensaciones puedes hallar á las decepciones de tu corazón? El remedio está al alcance de tu mano. Te basta querer y estás salvado.

—¿Para qué?

—¿Vas á abandonarte á ti mismo?

—Estoy cansado. Me parece que nada habría más dulce para mí que dormir sin soñar, por mucho tiempo, para olvidarlo todo. El sueño más largo y profundo, ¿no es Ténéran, la muerte?

—Algunos lo dicen—replicó el literato con un gesto de inquietud.—Otros creen en una lucidez, en una completa clarividencia, que se prolonga más allá de nuestra vida aparente. Y si estos tienen razón, Mels, ¿cuál debe ser el dolor del que sale violentamente de la vida, y ve detrás de sí las consecuencias de su maldad ó de su cobardía, sin posibilidad de remediarlas? Nada más que por esto, mi viejo amigo, hay que cumplir todos los deberes sobre esta tierra. Porque ¿quién sabe lo

que nos espera? ¿Eres creyente ó ateo? Tú seguramente no te has preocupado mucho de esas cosas, como todos los que gozan y se dan buena vida. Sin embargo, es un problema que se establece en seguida, apenas ocurren las primeras desdichas ó las primeras enfermedades. Basta con colocarse, por un minuto, frente á frente de la suprema peripecia, para preguntarse cuáles serán sus consecuencias. Los que hablan, como hacías momentos antes, de dormir eternamente, sin sueños, pueden estar tranquilos sobre lo que les espera. Se echan en la nada para escapar á toda responsabilidad. ¿Pero, y los otros? ¿Los que no saben con seguridad lo que puede ocurrirles después de muertos? ¿Crees que pueden afrontar aquel negro porvenir con tranquilidad, si no se han puesto en paz con su conciencia? Para ellos la muerte no pone término á nada. ¿Eres de estos, Mels?

Mels no respondió. Su rostro se había puesto pálido y sus hundidos ojos parecían no ver. En el silencio del estudio sólo se oían los pasos medidos de Ténéran que andaba de la chimenea á la ventana. Transcurrieron algunos instantes, sin que Mels se moviera de su actitud abatida, y sin que Ténéran detuviera su meditabundo paseo. Por fin, el literato pareció que tomaba una resolución y colocándose delante de su amigo:

—En una palabra ¿toda tu desesperación proviene de que Teresa te pospone á May-

rault? ¡Pues bien! Hablemos claro y sepamos lo que piensas. En este momento eres el dueño del destino de esos dos jóvenes. Mayrault no me ha ocultado que no haría nada contra tu voluntad. Si su dicha ha de causarte disgusto, renunciará á ser dichoso. Date perfecta cuenta de la conducta de ese muchacho. Se muestra infinitamente respetuoso á tus sentimientos, infinitamente agradecido á tus bondades. No quiere arrebatarte á Teresa. Te la pide. En tu mano está el rehusársela.

—Ningún derecho tengo á ello,—exclamó Mels con dolor.—Sea lo que quiera lo que yo haga ó diga, ella ya no será mía. Si la doy á Mayrault, obtengo su gratitud. Si se la niego, merezco la execración de Teresa. ¿Cabe vacilar? ¿Y de qué me serviría? Lo único que importa en todo esto, es la voluntad del ser amado. Esa voluntad no puede ser más clara, y ella me condena. Este es el motivo de mi desesperación. No estoy celoso de Mayrault, mi dolor tiene más noble origen. El abandono de Teresa señala la hora de mi declinación. Con ella se van mi fuerza y mi valor. Si yo fuera hoy el hombre de ayer, si mi fama permaneciera intacta, si mi potencia creadora se mantuviese íntegra, ni Teresa hubiera pensado en dejarme, ni Mayrault se hubiera atrevido á quitármela. Pero me encuentro atacado por mis enemigos, minado por mis envidiosos. El episodio del concurso ha sido la primera manifestación de la

liga formada para hundirme. Se me quiere derribar porque estorbo el camino á los impacientes que quieren substituir una estética intransigente á la pura y clásica doctrina, de la que soy uno de los últimos prosélitos. Y con refinamiento especialmente feroz, han elegido á mi discípulo favorito para oponerlo á mí. ¿Penetras bien lo que ofrece de cruel para mí toda esa pública rivalidad de artistas complicada con esa secreta rivalidad de hombres? No parece sino que los que lo han maquinado, han tenido la intuición de lo decisivo que sería el golpe para mí. Contra un competidor, por despreciable que fuera, tal vez hubiera tenido suficiente energía para combatir. Contra Mayrault me hallaba sin defensa. Si me interpusiera entre los dos jóvenes para separarlos, me haría odioso. Prefero entregarlos uno á otro. Al menos no desmentiré mi carácter y les impondré un último deber: comparar su ingratitud con mi abnegación.

—¡Conformes! amigo mío, tienes razón. Al mal tiempo buena cara. Será siempre uno de los mejores sistemas para salir de apuros. Yo he pasado por una prueba sin duda más cruel que la tuya, cuando mi mujer me engañaba. Tú sabes cuánto la amaba y cuán desgraciado fui. ¿Qué podía hacer? ¿Matarla con su cómplice? ¿Pedir el divorcio? ¿Ocupar la atención pública con mis desdichas conyugales, prestar armas á la crítica, siem-

pre dispuesta á aplastar á los que sufren, dar que reír á los indiferentes, gozosos de hallar una ocasión de darse aires de despreocupados á costa ajena? ¡No! He tomado el partido de callar. Puse á la puerta á la señora de Ténéran, para que no deshonrara más mi casa con sus costumbres disolutas, y me consolé con un buen pliego de papel blanco que cubrí de líneas negras, lo que me obligó á pensar en otra cosa, y me valió dinero para pagar las deudas que me dejó mi mujer, como último recuerdo. Gracias á mi sistema, pude atravesar la crisis con relativa tranquilidad. Me hice el indiferente. Algunas noches en que la soledad me parecía demasiado lúgubre, demasiado desagradable, tomaba el sombrero y salía y me marchaba á un teatro, á un music-hall. Y me consolaba con la alegría de los demás. Los teatros en donde se ríe especialmente, como por ejemplo, el Palais-Royal ó las Variedades me hacían mucho bien. Casi en todas las obras que representaban había un marido engañado y grotesco. Pero yo notaba una cosa, y es que los engañadores se encontraban, á la postre, más desgraciados, más ridiculizados y más apurados que el mismo engañado. Y mientras me marchaba, al caer el telón, pensaba en aquella extraña situación del marido, que acaba por ser simpático á fuerza de ser maltratado, y deducía que hasta en el infortunio hay una fuerza inmanente que impone respeto. De

pronto se burlan del desgraciado, pero después se juzga á los que son causa de su desgracia. Y de la noche á la mañana la opinión cambia. Aquel de quien se burlaba parece interesarle porque ha sufrido. Los otros se le hacen despreciables por lo que han hecho sufrir. Y esto es un gran consuelo. Cuando el burlado halla la opinión favorable, recobra su animación y desdeña á sus perseguidores. Acaba hasta por perdonarlos. El pensamiento se depura, la filosofía toma el lugar de la sensiblería. Y en lugar de razonar con argumentos de cajón, arréglase para su uso una manera de ver personal. Yo he llegado á esto. Y tengo la pretensión de que no me dejo llevar por la corriente social. No quiero tomar mis apreciaciones en los cajones debidamente rotulados, donde la moral humanitaria ha coleccionado sus juicios definitivos sobre todos los casos que ocurren usualmente. No acepto la cosa juzgada. Y en este momento lo pruebo. Imitame, amigo Mels. Hallas á tu paso una negra sima. Cierra los ojos y salta. Yo te respondo de que saldrás triunfante de la aventura.

Mels se levantó. Parecía más tranquilo. Se acercó á su amigo, y mirándole con dulzura:

—Mucho te agradezco que me hayas hablado así. Yo no soy más que un viejo niño viciado. Hasta hoy, todo en la vida se ha juntado para satisfacerme. Tengo que acostum-

brarme á los contratiempos. ¿Pero tú me ayudarás, verdad?

—Ya sabes que puedes contar conmigo, absolutamente. No me separaré de ti, si tal es tu gusto. Yo, soy libre. Llevo mi tintero y mi papel á donde quiero, y cualquier ángulo de mesa me sirve para trabajar. Nada ni nadie me interesan. Nos iremos á recorrer la Italia ó la España, si quieres. Hace tiempo que proyecto un gran tratado sobre Goya, desde el punto de vista de su influencia sobre la escuela impresionista... Iremos á refrigerarnos á las fuentes sagradas...

De pronto se calló. En la pieza inmediata se oyó un ligero ruido de puerta que se cierra ó de mueble que resbala y Mels palideció súbitamente. Ténéran le interrogó con la mirada:

—Sí—dijo el pintor;—es Teresa que vuelve... ¿Quieres que la llame y le hable delante de ti?

—Si esto te parece más fácil, consiento. ¿Pero estás ya bien resuelto?

—¿Puedo escoger acaso? Tú mismo lo has dicho: al mal tiempo buena cara. Voy á intentarlo.

Y se dirigió hacia la puerta del pequeño salón donde Teresa permanecía ordinariamente, cuando no trabajaba en el taller. Sentada en una silla al lado de la ventana, la joven leía. Al oír entrar á su maestro, levantó los ojos y una sonrisa iluminó su cara. Mels

la miró un instante, como para darse cuenta de sus disposiciones, y la vió tranquila y afectuosa como siempre.

—¿Por qué no has entrado en el estudio apenas has llegado?—le dijo.

—He sabido que estaba con usted el señor Ténéran y he temido estorbar.

—¿Desde cuándo tomas tantas precauciones con nosotros?

Ella no contestó, cerró su libro y se levantó.

El la hizo pasar adelante y mientras estrechaba la mano al literato:

—¿Has estado en casa de Celia Bazin, según te habías propuesto?

—Vengo de allí.

—¡Ah! ¿Y le has contado á ella todas las cosas que me has ocultado á mí?

Teresa se ruborizó, sus ojos se ocultaron bajo sus largas pestañas y se quedó inmóvil y turbada ante su maestro.

—Siéntate, Teresa—dijo Mels, tomándola suavemente por los hombros y conduciéndola á un sillón. Tenemos que explicarnos por última vez, pero sinceramente. Tú me has dejado decir un cúmulo de tonterías esta mañana, por no haberme avisado con tiempo de tus nuevas disposiciones... Esto no está bien, hija mía. Tú has expuesto á tu viejo maestro á ponerse en ridículo delante de ti... Y te bastaba una palabra, una sola palabra para iluminarme... Sin embargo, no la has pronunciado... Yo tenía derecho á esperar más

franqueza de ti. ¿Tan difícil te parecía hacerme saber que Mayrault te amaba? ¿Ves? Mayrault ha sido más sincero. Ha corrido, esta mañana, á casa de Ténéran para rogarle que me lo participara.

—No me acuse por mi silencio.—exclamó Teresa.—¿Cómo podía tener el valor de desengañarle? ¿Todo cuanto le hubiese dicho no había de afligirle de todas maneras? ¿Y me cree usted capaz de decidirme á ello? Soy muy desgraciada, créalo usted...

Y no pudo continuar. Su voz se anudó en su garganta y rompió á llorar. Mels, en extremo emocionado sentóse al lado de ella y tomándole la mano dijo dulcemente:

—No es por culpa mía, Teresa, porque jamás he formado un proyecto que no fuera ventajoso para ti. Todo, en mi intención, ha concurrido á asegurar tu porvenir y de ello voy á darte nueva prueba, dándote paternalmente el consentimiento que no te has atrevido á pedirme esta mañana. Cásate con el que amas, hija mía. El debe sentirse orgulloso de tu elección y espero que pondrá todos los medios para justificarla. No te deseo más que la felicidad. Y aunque la debas compartir con otro, cuenta conmigo, para contribuir á ella con todas mis fuerzas.

Ténéran, más agitado de lo que hubiera querido aparecer, aprobó con la cabeza las palabras de su amigo. Bajo la digna actitud tomada por Mels, sentía palpar el dolor.

Tal vez nunca Teresa había parecido tan hermosa como en aquel momento, en el que, recobrando la ingenuidad de niña por la frescura de las impresiones que acababa de experimentar, olvidaba todas las desdichas y todas las tristezas de su pasada existencia, para lanzarse rebotando esperanzas á una vida de dulzura y de amor.

Lo que tan hondamente sentía, al oír las palabras á la vez graves y cariñosas de Mels, se traducía en su semblante por una dichosa serenidad. Veía que todas las dificultades por ella temidas, desaparecían como por ensalmo. El hombre cuya desesperación temía, se hacía el principal artífice de su felicidad. Creyó ingenuamente en la sinceridad de Mels. Pensó que ella había podido engañarse, y que él se había engañado á sí mismo, acerca de los sentimientos que había expresado. El sentido de las palabras que oyera por la mañana se modificó en su memoria. Lo que Mels había querido ofrecerle era su nombre. Había querido hacerla partícipe de su posición, de su fortuna. Sólo se preocupaba de ponerla al abrigo de todas las dificultades de la vida para el caso de que desapareciera. Era un padre, tal como lo había dicho delante de Ténéran, y no un esposo que le tendía la mano. Y en lugar de temerle, podía continuar amándole con toda su gratitud y con toda su admiración.

Esta profunda satisfacción hizo resplande-

cer los ojos de Teresa, animó sus labios con radiante sonrisa y dió á su fisonomía una expresión de triunfo, que acabó de desgarrar el dolor de Mels. Entonces tuvo la revelación de su irremediable decadencia. Comparó la inmensa diferencia que había entre el sentimiento de gratitud que sus bondades inspiraban á Teresa, y la admirable oleada de amor que arrastraba á la niña hacia Mayrault. Midió la inmensa distancia que separaba su madurez de aquella juventud. Sintióse irremisiblemente viejo. Y se sonrojó por haber querido unir sus cincuenta años con los veinticinco de Teresa.

Pero se congratuló consigo mismo de haber sacado valerosamente partido de su derrota y de haber hecho una capitulación honrosa. En aquel derrumbamiento de todas sus ilusiones, salvaba al menos su dignidad personal. Conocía que engañaba á Teresa y hacía ilusionar tal vez á Ténéran, á despecho del conocimiento profundo de su carácter que tenía tan prudente consejero. Viéndose condenado á caer, felicitábase de soportar su desastre con tan digna firmeza. Tenía la conciencia de haber cumplido con su deber y esto le sirvió de infinito consuelo.

Sin embargo, de prolongarse la situación, se hubiera hecho difícil. Sólo explicándose con insuficiencia habían logrado entenderse Mels y Teresa. Una palabra más podría destruir el resultado adquirido de un modo tan

feliz. Ténéran lo comprendió intuitivamente y dijo:

—Pues bien, ya que estáis de acuerdo, voy á mandar por Mayrault para que hables con él, y le prevengas sobre las disposiciones que acabáis de tomar. Por su parte, me figuro que Teresa desea escribir á la señorita Bazin para darle noticia del estado de las cosas...

—¡Oh! debo hacerlo,—respondió la joven.—Escribo en seguida...

Y viendo que Ténéran tomaba el sombrero:

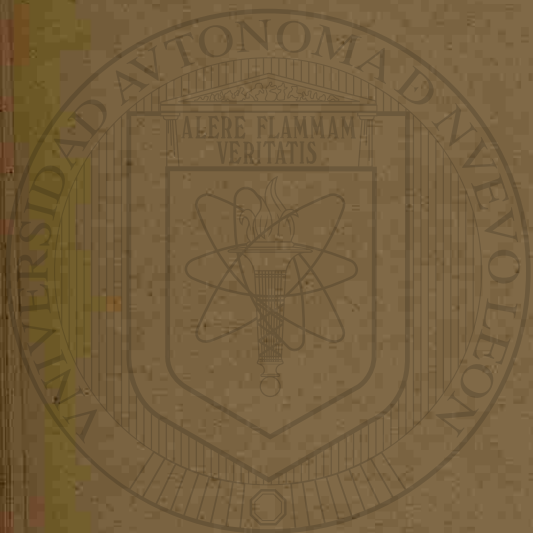
—¿Te marchas?—preguntó Mels á su antiguo camarada.—¿No piensas volver esta noche?

—Por vida mía, que tienes razón,—dijo el crítico;—y puesto que estamos conformes en todo, sólo queda que hacer una cosa: comamos juntos aquí. Teresa invitará á Celia, y yo te traeré á Mayrault. ¿Qué te parece?

Y mientras hablaba, miraba á Mels como para infundirle el valor de soportar la prueba. El viejo artista exhaló un suspiro y con voz en la que no se traslucía ninguna emoción, dijo:

—Quedamos de acuerdo. A los postres celebraremos los esponsales de estos muchachos.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



VII

La pequeña iglesia de San Francisco de Sales rebosaba de gente. Todo el París artístico y mundano se había dado cita para asistir al casamiento de Teresa Aufridi con Daniel Mayrault.

Mientras la ceremonia se desarrollaba, entre la pompa de los cantos y los esplendores de las luces, una multitud de invitados que no pudieron penetrar en la nave atestada de asistentes, se paseaba por la acera de la avenida de Villiers, hablando, riendo, criticando, á medida que iban encontrándose, según el humor de los interlocutores: improvisación brillante, murmuradora y ligera, especialidad y gloria de París.

—¡Toma! Allá va Gamelin,—dijo el escultor Massias, hundiendo la mano en su larga barba canosa.—Ya sabéis que ha vuelto á pasear su estatua por el parque de Monceau, sin lograr descubrir el sitio en que produciría buen efecto.

—No es el sitio el que hay que cambiar, es la estatua...

—Hay personas que estropean buenos mármoles, cuando podrían hacer muy buenos hornaldres...

Gamelin se acercó y todos sus detractores se apresuraron á tenderle la mano:

—¡Hola, amigo! ¿cómo está? ¿Y los trabajos? ¿Siempre en marcha?

—¡Ah! ¡no hay más remedio! Acabo de recibir el encargo de un grupo, para el Palacio Comunal. ¡Siete figuras!... ¡Ah! estoy que no puedo más...

Entre sus colegas se estableció una corriente de frío. Sus caras se alargaban, comidas por la envidia. Augusto Compoint, el cronista de *El Eco*, dijo interrumpiendo el silencio:

—Así, pues, Gamelin, si ese grupo es para el Palacio Comunal no se expone usted á que le hagan pagar daños y perjuicios... por infracción del ornato público.

Todos se sonrieron. Fué una satisfacción general. En aquel momento detúvose un coche ante el pórtico, y una actriz, verde bajo su peinado teñido de rubio, bajó, dirigiendo algunas miradas á su alrededor, y penetró en la iglesia.

—¡Hum! esa pobre Desbons, tiene por la mañana todo el aspecto de su abuela...

—¡Nuestro querido Trélaurier debe sufrir al verla en este ruinoso estado!

—¡Oh! ¡el amor vive de ilusiones! ¡Para él, ella tendrá siempre cincuenta años!

Augusto Compoint se inclinó ante un hornecillo de barba blanca que se unía al grupo:

—¿Es cierto, querido maestro, que la subvención de la Opera va á ser aumentada?

—Así convendría, para poder representar otras obras que las de Wagner ó de Gounod... Fíjese en como están regidos los teatros en Alemania... El Estado ó el soberano se encargan de todos los gastos... Aquí, so pena de arruinarse, los directores de la Opera no pueden montar óperas francesas nuevas. Ni una sola de las obras puestas en escena desde hace treinta años, ha dado dinero... Si queréis poseer arte nacional, tened el valor de pagarlo...

—¿Pero hay alguien que desee tener arte nacional?

—Dicho entre nosotros, no lo creo. No hay un sólo ejemplo de que la prensa haya sostenido francamente una partitura francesa... Basta que la obra sea nueva, y de un compatriota, para que la revienten todos los músicos que tienen entre sus manos el llamado «cetro de la crítica»... Si la obra es una ópera, se la acusa de no ser un drama lírico... Si es un drama lírico la hunden bajo la entera obra de Wagner... Y si la música tiene tendencias wagnerianas, se le echa en cara su falta de personalidad... ¡Hermosa situación la del compositor! ¡Más valdría remendar zapatos!

—¡Oiga! ¿Y la situación del autor dramático?—exclamó Augusto Compoint.—El teatro libre ha matado la obra bien construída, y no ha sabido infiltrar en el público el gusto por la obra inarticulada. De suerte, que los infortunados autores se ven precisados á sucumbir entre los furores de una nueva escuela que silba sin piedad todo cuanto no está escrito bajo las fórmulas de su teatro, y la indiferencia de un público que se burla de la estética, pero exige que le diviertan.

—Vea usted, amigo mío, si puede desenredar ese lío. ¡Los directores se vuelven locos! ¡Los autores imbéciles!

—¡Oh! ¡los autores! ¡Esto les sirve de excusa! Que se tomen la pena de revelar un poco de genio; ¡ya verán ustedes si se comprenderá su estética!

—¡Genio! ¿Todavía piensa usted así? ¿Quién hay que tenga genio?

—¡Los que no ven representadas sus obras!

El novelista Juan Breton, que escuchaba, desde pocos momentos antes, aquellos discursos lanzados entre el vaivén de los interlocutores, se inclinó al oído del pintor Vinet que fumaba silenciosamente su cigarrillo:

—Si se tomaran en serio las palabras que acabamos de oír, la conclusión natural del oyente sería que ya no hay habilidad, ni talento, ni éxitos en Francia. Así es como nos acostumbramos á hundirnos nosotros mismos, proporcionando al envidioso extranjero la oca-

sión de despreciarnos. Según ese músico que acabamos de oír, y que es una de las glorias de nuestra escuela, la música está en decadencia; el arte dramático se halla en estado de descomposición, si hay que dar crédito al paradoxal Compoint, y á Nives, y á Ferron que le han secundado y pertenecen á la Academia francesa. Sin embargo, observe los carteles teatrales del mundo entero, incluso los de los anglo-sajones que nos detestan, los de los alemanes que nos envidian y los de los rusos que nos explotan, y no verá usted más que nombres de músicos franceses y títulos de comedias francesas. Somos los grandes proveedores intelectuales del Universo. Nos han podido vencer en los campos de batalla, perjudicarnos en el terreno industrial; pero en el dominio del arte no hemos conocido nunca derrotas. Tenemos rivales, no maestros. Y á creer á todos esos artistas, á todos esos literatos estaríamos agotados, deshechos, perdidos. Aquí está nuestro mayor mal. ¡Es el prurito de ridiculizar, de denigrar sistemáticamente nuestras cualidades francesas!

—Amigo mío—dijo Vinet,—no logrará usted que cambie nuestro carácter nacional. Hay que tomarnos con nuestras cualidades y nuestros defectos. El galo, es como la alondra. Inquieto y caprichoso como el vuelo del pájaro. Pero cada vez que extiende las alas se eleva hasta lo más alto del cielo y canta. Vea usted lo que acaba de pasar con Mels. Hace

un mes veíase sacrificado, abandonado por la opinión y por el poder. Tratábanle de fósil. Apenas si era bueno para limpiar las paletas de los puntillistas. Ha bastado un incidente muy trivial en el fondo, pero en el que se ha querido ver un drama pasional, para restituirle todo el favor. La señorita Aufridi, que durante algunos años pasaba por su amante, se casa con Mayrault, é inmediatamente la opinión impresionada, el poder conmovido rodean á Mels con toda suerte de consideraciones, como si fuera un mártir. Concédesele, por fin, la decoración del Palacio, que trataban de arrebatárle contra todo derecho, puesto que el boceto expuesto por él había sido calificado de admirable. Ayer acusábase al maestro de haber traficado con el talento de sus discípulos para apoderarse de un trabajo que hubiera debido darse á un joven. Hoy, casi se lapidaría á Mayrault y á Teresa, porque se aman y son felices sobre las ruinas de la felicidad del viejo Mels. En todo esto hay una cierta incoherencia, pero es muy francés. ¡Siempre la alondra!

—¡Atención! Debe haber principiado el desfile—dijo Breton,—veo que entran.

Prodújose un movimiento hacia la puerta grande de la iglesia. En el fondo, una aureola de luz brillaba en medio de las flores, y algunas ráfagas de música se dilataban hasta la calle. En aquel momento desfilaban por la sacristía todas las notoriedades parisienses

que ocupaban la nave principal y las laterales. Bajo su velo blanco, muy conmovida, sonriendo de alegría, Teresa, entre Mels y Mayrault, estaba de pie dando la mano á todos los amigos que hacían votos por su felicidad. Ténéran, que le había servido de testigo con Mels, conversaba cerca de allí con Celia Bazin. Gery, el abogado eminente, agitando su blanca cabeza, se detuvo, después de haber felicitado á los novios, y reuniendo á Celia y Ténéran con un gesto amistoso:

—¡Esto acabará con un casamiento!

—¡Oh! Ténéran goza de gran autoridad entre las mujeres—dijo Celia.

—Y la señorita Bazin goza de autoridad entre los perros—replicó el crítico. ¡No crean ustedes que compare la fidelidad de esas bestias con la de una mujer!

—Y después, por lo que haríamos—añadió tranquilamente Celia,—ya estamos bien así. La conversación nos basta.

Un joven rubio, muy calvo, se acercó á Celia con aire azorado:

—¡Señorita Bazin! ¿Ha visto usted al secretario del ministro?

—Acaba de pasar.

—¡Dios mío! ¡yo que le estoy atisbando desde que ha empezado la ceremonia!

Y se precipitó á través de los grupos, buscando presurosamente la salida. Celia se echó á reír:

—Ahí va uno que padece la enfermedad del 14 de Julio. ¡O la cinta ó la muerte!

—Y pensar que cuando la alcance larga, la querrá redondá.

—Observe á Mels. ¡Parece que lleva toda una quincallería! Todas las órdenes de Europa se han dado cita en su pecho.

—¿Y usted, Ténérán, no lleva nunca nada en el ojal?

—Podría crucificarme como todos mis compañeros—dijo friamente el crítico,—pero me parece perfectamente inútil. Hago mejor efecto así. Prefiero que me digan, como ha hecho usted ahora: ¿por qué no lleva nada? que: ¿por qué le han dado esto?

El desfile proseguía, y las frentes se inclinaban sonrientes, y las manos se estrechaban con simpatía entre un murmurio de cariñosa frivolidad:

—¡Mis sinceras felicitaciones y mis más fervientes votos!... ¡Mis más fervientes votos y mis sinceras felicitaciones!

Y Teresa, bajo su velo, se inclinaba con el mismo aspecto de dicha, mientras Mels reanimado por el sentimiento de la representación oficial, fustigado por la atención que se concentraba en él, erguía su gallarda figura, y como un viejo caballo de escuadrón, que caracolea en la revista, entre el clamor de las trompetas y el relampagueo de los sables, sostenía su papel con magnífico aparato. El suizo se acercó á los esposos, y con la alabar-



da al hombro, se preparó á abrir la marcha del cortejo á su salida. Los órganos retumbaban bajo las bóvedas, y en la nave, todas las curiosidades excitadas habían detenido á los asistentes. Mels dijo á Mayrault:

—Ahora te toca á ti dar el brazo á Teresa.

Y acompañado por Celia, siguió á los jóvenes que desfilaban por entre las miradas, é iban adelantando lentamente hacia la salida. Delante de él, el velo blanco de Teresa se hinchaba por el movimiento de la marcha. La alabarda del suizo iba marcando con sordos golpes la brillantez sinfónica de los órganos. Y Mels, con la frente hundida, sin fijarse en los que le miraban con simpática curiosidad, se decía: Se va, se va lejos de mí. Y el que camina á su lado me la quita y me la roba. Dentro de una hora se despojará de este traje nupcial, y vestida como todos los días, partirá. Y no la veré más. O si la veo, será perteneciendo á otro. Cada paso que doy me acerco á ese momento tan temido. Y nada de lo que yo pudiera imaginar es capaz de detenerlo.

La intensa claridad de la calle hirió sus ojos. Dos alas de público les conducía al borde de la acera donde les esperaban los coches. Teresa y Mayrault subieron á un cupé. La portezuela se cerró con estrépito y el coche partió. Mels se halló solo.

En el mismo instante y mientras se volvía agitado por sorda angustia, una mano se des-

lizó por su brazo, y la voz amistosa de Ténéran murmuró:

—Ven conmigo.

Mels dirigió un saludo á su alrededor, apretó las manos que le tendían, tuvo aún el valor de sonreír, y conducido por Ténéran subió á un coche y volvió á su casa. Durante el camino no cruzaron una sola palabra, pero la mano de Mels estaba en la de Ténéran. Y el crítico con fraternal afecto se esforzaba en prestar ayuda á su amigo impidiéndole que se hallara en la soledad. Teresa había vuelto ya y estaba haciendo los preparativos para la marcha. Mayrault debía ir á buscarla para conducirla á la estación de Lyon. Se marchaban á Italia.

Ya en el estudio, Mels en traje negro, frente por frente de Ténéran que fumaba su eterno cigarrillo, se dió el supremo gozo de demostrar cierta despreocupación de espíritu. Se había engolfado en una disertación sobre los prerrafaelistas, y cuando Teresa entró vestida de viaje, apenas si se dignó interrumpirse. Había principiado por el Perujino y con frases entusiastas lo elogiaba por haber formado á Rafael:

—¡Aunque sólo hubiera hecho esto, bastaría para su gloria! Sí, no hay duda, produjo obras admirables... pero, sobre todo, hizo á Rafael...

—¡Oh!—dijo dulcemente Ténéran,—pero fué hecho á su vez por Leonardo de Vinci...

Siempre se debe algo á alguien... Y si lo miramos con atención, no siempre los discípulos han superado á los maestros... Tú me hablas, hace un cuarto de hora de Rafael. Ya sabes que Leonardo me gusta tanto como él... Siempre ha habido la manía de aplastar á los maestros con sus discípulos.

Teresa levantó vivamente la cabeza. Mels se puso encarnado y no contestó. Ambos habían comprendido la alusión directa á la cábala montada á favor de Mayrault contra su maestro. Una repentina serenidad pareció que calmaba los nervios de Mels. Acercóse á Teresa y la habló afectuosamente. Hízole algunas recomendaciones para el viaje. Y cuando Mayrault llegó, en el faetón cargado de maletas, Mels le recibió sonriendo, le dió varias cartas de recomendación para algunos amigos influyentes que tenía en Roma, y repitió los consejos:

—Sobre todo no toméis habitación en los barrios bajos... Es allí, donde se pegan las fiebres... Así que lleguéis id á visitar á Hebert... Os guiará en todo. Conoce la ciudad mejor que un romano... Es un admirable artista, y cuando quiere, la amabilidad en persona... Decidle que no le olvido... ¡Ah! ya es hora de que os marchéis, id hijos míos...

Mayrault, muy emocionado quiso dirigir á su maestro una frase de agradecimiento. Pero se embrolló. Teresa mejor secundada por su penetración femenina, se colgó á su cuello.

Mels la besó afectuosamente, y acompañado por Ténérán les condujo hasta el coche. Dió él mismo las señas de la estación al cochero, y de pie en la puerta de su casa, miró como se alejaban los que para sus desengaños ojos encarnaban el porvenir. Meneó la cabeza apenas el ómnibus había doblado la esquina, y mirando á su amigo, dijo:

—Y ahora, entremos. Se ha consumado el sacrificio.

Desde aquel día, Mels se puso á trabajar. No salía casi nunca de su taller, y se dedicaba con tenacidad juvenil, al gran cuadro de la decoración del Palacio. No dejaba entrar á nadie, ni siquiera á Ténérán, en la espaciosa pieza donde trabajaba. Cuando éste le pedía noticias de su obra, eludía la contestación.

—Cuando esté más adelantada te avisaré... Deseo que tengas una impresión completa...

De Teresa y de Mayrault ni una palabra. Sin embargo, habían escrito. Ténérán lo supo por la vieja Prudencia. Pero Mels se había hecho el sordo á sus alusiones. Las únicas noticias precisas las supo el crítico por Celia. Después de una corta estancia en Florencia, habían llegado á Roma, y recorrían con entusiasmo admiración las maravillas de la ciudad eterna. Al principio sufrieron una decepción al encontrar la capital italiana cruzada por escandalosos tranvías y modernizada con monumentos de estilo vulgarísimo. Pero aun quedaban muchas obras maestras que hacían ol-

vidar la profanación de la apropiación gubernativa. Pasaban el día en el Vaticano, y eran dichosos.

Cuando Ténérán y Celia conversaban á solas, después de las noticias frescas que la joven daba al crítico, no podían ocultarse sus temores respecto á la extraordinaria reserva que Mels se imponía, no pronunciando jamás los nombres de Teresa y de Mayrault. Hubieran preferido que el maestro se lamentara ó se encolerizase. Su mutismo era para ellos, una prueba de que no olvidaba y de que la pena persistía latente en su corazón.

Ni uno ni otro se atrevían á provocar una explicación, por temor de que fuese poco satisfactoria. Observaban á Mels con inquietud, y notaban un cambio en él. Su noble semblante se demacraba y tomaba un tinte sombrío, al par que se obscurecían sus ojos. Había adelgazado y se encorbaba un poco. No obstante, afectaba un humor perfectamente tranquilo, no se quejaba nunca y no salía de su taller. Con las admirables cualidades de ejecución que se le conocían, el trabajo debía estar muy adelantado. Ténérán decía á Celia:

—Cualquier día nos va á dar una sorpresa, enseñándonos la tela completamente cubierta de color y espléndida de impresión... Pues no se puede negar que Mels es un gran colorista, y teniendo por base de su trabajo el boceto que conocemos, nos dará una obra de primer orden.

Pero las semanas transcurrían. Meis encerrado todo el día en el taller, no salía más que para ir á algunas pocas casas amigas, ó para pasearse á pie, con Ténérán, fumando y conversando. Iban en derechura ante sí, ganaban la puerta Bineau y se internaban en el bosque de Bolonia. La soledad de la espesura no les asustaba. Al ver pasar á ambos paseantes, los rateros emboscados á la vuelta de un camino para desbaliar á un transeúnte, no chistaban siquiera. El aspecto huraño de Ténérán y la alta estatura de Mels les servían de pasaporte.

Deteníanse algunas veces en el restaurant Chino antes de regresar, y descansaban un instante oyendo á los tzíganos como rascaban sus vales. Con frecuencia encontraban personas conocidas. Mels procuraba evitarlas, ó cortaba la conversación con gran habilidad, cuando amenazaban molestarle á preguntas.

Sin embargo, un día no pudo sustraerse á las demostraciones afectuosas de la condesa de Terrenoire, que estaba terminando allí una velada que había empezado con unos amigos en el casino de la Gran Jatte. El buen maestro, obligado á la fuerza á sentarse á la mesa de aquellos desocupados, tuvo que soportar el asalto de admiraciones de la noble mujer. Acababa de recibir del fabricante de marcos el retrato que Teresa le había entregado antes de partir, y deseaba consultar con Mels respecto al sitio más á propósito de su salón para que aquella obra maestra tuviera buena luz.

Para ello era preciso que el ilustre maestro fuera á comer á su casa. Y viendo que Mels la escuchaba con poca voluntad de obedecer á sus deseos, la condesa suplicó á Ténérán que acompañara á su amigo.

—Se ha vuelto tan huraño, que si no lo lleva usted, no cumplirá su palabra... Hace siglos que no ha estado en casa... Su única excusa es la de que no va á ninguna parte... Y le sorprende en el pabellón Chino... No vale, pues, decir que vive retirado. Además, ¿qué motivos tiene para retirarse?

Ténérán vió con terror la transición preparatoria de las indirectas respecto al cambio que la marcha de la señorita Aufridi había obrado en las costumbres de Mels. Así es que se apresuró á cortar por lo sano aquellos discursos insidiosamente calculados.

—Crea usted, señora, que Mels no la favorece menos que á sus amigos. No hace excepción para nadie. Yo no le veo más que en la calle, y tengo prohibida la entrada en el taller. Allí es donde se está elaborando la gran obra. No piensa más que en su ejecución y todo lo subordina á su término. Hasta entonces, por más que nos pese, no volveremos á gozar de él. Pero si en su lugar desea usted saber mi opinión respecto al sitio que debe ocupar su retrato, iré con sumo gusto á elegirlo en compañía de usted.

La condesa, sonriendo glacialmente, dió las gracias á Ténérán por su celo. Pero con

pocas palabras, agriamente proferidas, indicó que sólo Mels poseía un conocimiento exacto del talento de Teresa para decidir con seguridad en qué condiciones debía presentarse su obra:

—Por otra parte, ella no tardará ya en volver; así es que esperaré su regreso para tomar una resolución definitiva.

Al anuncio de la vuelta de Teresa, se colorearon súbitamente las mejillas de Mels y sus ojos miraron con menos indiferencia á la condesa. Esta quiso sacar partido:

—¿Le sorprende á usted?—dijo.

—De ninguna manera,—replicó el pintor con calma—todas las semanas recibo noticias de esos muchachos...

Con exquisita ferocidad, ella contestó:

—¡Cómo le miman!

Mels se sonrió, y sin el más mínimo acento de amargura, dijo:

—¡Ya les toca!

Y observando que la condesa se quedaba estupefacta al ver su completo dominio, se levantó y se despidió. No había aún llegado á la barrera del Bosque cuando dió suelta á la cólera que le embargaba, revelando á Ténérán, por fin, el verdadero estado de su ánimo.

—¡Miserable mujer! ¿Qué le habré hecho para que me atormente con sus dardos envenenados? ¿Qué culpa tengo si Mayrault la desdeñó y si está celosa de Teresa? ¿Y he de

ser yo quién pague las consecuencias de su cólera? ¿Como si ya no tuviera bastante con mi propia desdicha!

Y con una vehemencia que no alcanzaba á contener, rugiendo de dolor, exasperado porque se sentía impotente para callar, exclamó entre la obscuridad de la noche:

—¿Y no podré arrancarme del corazón esta pena que nada puede calmar? ¿Deberé chocar, á cada instante de mi vida, con un recuerdo que me tortura? Hago todo lo posible para ponerme al abrigo de los malvados y de las chanzas: me encierro en la soledad, y espero la noche para salir. Y nada sirve, todo me recuerda lo que quiero olvidar. ¿Has oído lo que ha dicho esa infame mujer? ¡vuelven! ¿Podía yo imaginar que no volvieran? No obstante, su alejamiento ha sido un consuelo para mí. La distancia atenuaba mi sentimiento. Pero ya vuelven á París. A cada instante toparé con ellos. ¿Podré soportar este suplicio?

—¿Y de dónde sacas que no puedas soportarlo—dijo Ténérán con gravedad,—si has logrado ya ponerte tan por encima de las debilidades humanas, é imponerte la energía, la fortaleza, la resignación en los momentos en que parecía más imposible que lo lograses? Hace dos meses que estás admirable, que te vigilo con cariño, que Celia y yo analizamos tus sensaciones, sorprendiéndonos tu paciencia y tu firmeza. Y de pronto, cuando te ha-

llas próximo al triunfo,—¿y lo hay mayor que imponerse á sí mismo el cumplimiento del deber?—vas á huir y á desmentirte... ¿De qué proviene esta súbita debilidad? ¿De una picadura de una mundana desocupada, de una chanza de mujer celosa? ¡Levanta la cabeza y no pienses más en ello!

—Yo no soy un héroe como tú crees. Durante estos dos meses, no he cesado un instante de gemir, de lamentarme...

—En la soledad, ocultando tu dolor, royéndote el corazón en silencio. ¡No sabes ser estoico!... Júzgate mejor...

—Estoy agotado, no puedo más. No necesitaba más que una palabra que provocara mi desesperación... ¡Ah! mi viejo amigo, tú no puedes comprenderme... ¡Aun no lo sabes todo!

Al oír estas palabras pronunciadas con profundo desaliento, Ténérán miró á Mels con inquietud. Escudriñó su dolorosa fisonomía, y en las líneas contraídas de su semblante, en el fondo de sus hundidos ojos, descubrió las huellas de una espantosa agonía moral, de un modo tan evidente, que quedó espantado. Y le preguntó con dulzura:

—Pero ¿hay algo más de lo que ya sé, y de lo que tan sinceramente te compadezco?

—Ven. Vas á verlo.

Llamó á un coche que pasaba; subió á él con su amigo y se hizo conducir á la avenida de Villiers. Por entre la casa silenciosa y dor-

mida guió á Ténérán hasta el taller, en donde, desde que se marchó Teresa no había dejado entrar á nadie. Abrió la puerta. Por la gran claraboya semi velada por la cortina, entraba una confusa claridad que dejaba entrever en el fondo, á lo ancho, sobre una espaciosa tarima, la tela en que trabajaba Mels desde hacía dos meses. Un gran cortinaje la ocultaba á la curiosidad de los criados.

Mels dió vuelta al conmutador eléctrico y la inmensa pieza quedó brillantemente iluminada. De pie, delante de su cuadro, el pintor miraba al privilegiado visitante, con amarga sonrisa. Y exclamó con acento en que se traslucía la emoción:

—¿Querías ver mi obra, verdad? ¿Esperabas con impaciencia la hora en que te permitiría verla? Pues bien ¡mírala!...

Y corrió la cortina con mano nerviosa, y ante los ojos estupefactos de Ténérán apareció la tela, cruzada de informes pinceladas, cubierta de manchas de color, que el pintor había rascado con la cuchilla. Descubriase un trabajo inmenso, destruído á medida que se realizaba, vasta tela de penélope en la que las tentativas de la vispera quedaban anuladas por las tentativas del día siguiente.

En medio de las infinitas superposiciones de tonos vagos é indecisos, destacábase únicamente una figura de mujer, que formaba el centro de la composición y cuya cabeza radiante de juventud y rebosando gracia, ilu-

minaba todo el cuadro, como un rayo de sol al atravesar una nube sombría. Y aquella mujer, era Teresa. De todas las tentativas de ejecución del pintor, una sola había llegado á buen punto; el retrato de la mujer que llenaba su pensamiento. Como si todo lo que no fuera Teresa no existiese para Mels más que en estado de vaguedad, su mano sólo tuvo habilidad para pintarla á ella. Todo lo demás, bocetado con empeño, pero con resultado negativo, no existía, habiendo escapado al esfuerzo de voluntad del maestro.

Y ante los ojos de Ténéran aparecía la trágica prueba de la rápida impotencia de su amigo. Aun sabía concebir, mas no sabía realízar. Era como el espantoso hundimiento de una gloria entre los oscuros y hondos abismos de la esterilidad. La impresión de Ténéran era tan intensa que Mels no se tomó siquiera el trabajo de explicarse. Sólo dijo con tono lastimero:

—¡Ya lo ves! ¡Así estoy! Yo, á quien se criticaba la excesiva facilidad. El rey de los improvisadores, como decían, me he vuelto el vacilador por excelencia. Voy á tientas, busco y no encuentro. Mi mano hace traición á mi idea, mis ojos se quedan perplejos sobre el tono que deben adoptar. En fin, yo que «sabía» tan bien ¡ya no sé nada!

Ténéran replicó con fuerza:

—¿Pero no ves esta figura de Teresa? ¡Es una obra maestra! El que ha trazado estos

rasgos tan delicados, y acariciado los tonos exquisitos de este semblante, está seguro de sí. No va á tientas. ¡Triunfa magistralmente!... ¿Quién sería capaz, fuera de ti, de pintar esta figura de mujer?

—¡El que me la ha quitado! No he sido yo quien ha pintado esta figura... Mejor dicho, mientras la pintaba no era yo. He tenido una especie de crisis durante la cual una violenta exaltación redoblaba mis facultades. No sé qué fuerza superior guiaba mi mano... Y pintaba, pintaba, sin esfuerzo, sin vacilación, sin cansancio... La figura quedó acabada en pocas horas y no pude dejar los pinceles antes de que lo estuviera... Y seguía pintando, pintando, ni yo sé cómo... Una potencia misteriosa me sostenía, me exaltaba... Mi frente se empapaba de sudor, mis dedos temblaban... Llegó la tarde, después de la tarde el crepúsculo, y á través de la sombra seguía trabajando, como si fuera innecesario que viera lo que hacía... Caí exhausto, mi tarea estaba terminada. No pensé siquiera en comer. Solo, encerrado en mi taller y sin contestar á mi ama de llaves que me llamaba, me quedé dormido en este canapé. El día siguiente, al despuntar la mañana, vi resplandecer en la tela esta divina figura... Tienes razón, es una obra maestra... lo sé perfectamente... Pero ¿de quién es?

—¡Tuya! —exclamó Ténéran. — Y si tú quieres acabarás todo el cuadro del mismo

modo que has acabado este fragmento. Te basta con trabajar...

—¡Oh, si trabajo! No descanso un momento. Consumo en el trabajo los días enteros... Por la noche vuelvo á cubrir con esta cortina el trabajo del día, y á la mañana siguiente, con desesperación observo que nada se sostiene, que todo es incoherente, mal hecho ¡y lo rasco, lo rasco siempre!

—¿Y quién te dice que no te engañas?

—Mi sentido crítico que ha sobrevivido á mis facultades creadoras, y que seguro y sincero, no me deja ilusionar... Estoy perdido, Ténéran... Con Teresa se ha marchado también mi inspiración... Mi cuerpo se ha quedado aquí, pero mi espíritu está con Mayrault... El es el grande artista ahora. Posee el vigor, la sensibilidad, la juventud... Robándome á Teresa, me ha robado mi talento... Se levanta ya, muy alto, muy brillante sobre el horizonte y pronto brillará en el cielo... Y yo, yo bajo hacia la sombra... Yo ya no siento, ya no veo, ya no puedo ejecutar... ¡Ha llegado el término de mi vida artística!

Las lágrimas caldeaban sus demacradas mejillas, y Ténéran, con el corazón oprimido, dióse cuenta de que su amigo decía la verdad y que estaba perdido. Y no quiso rebajarse á ofrecerle triviales consuelos. Comprendía que para un hombre de su talento eran inútiles las palabras de aliento. Si no realizaba sus concepciones, era que la llama se había

extinguido en él. Pero su espléndido pasado merecía respeto y cariño. Como aquellos caballos de raza, creados para las grandes carreras y los vigorosos esfuerzos de la carrera, que al cojear, se les mata, antes que deshonorarles con un trabajo vil, Mels estaba hecho para caer de una vez y no para arrastrarse entre las impurezas de una producción vulgar. Dentro de su misma debilidad aparecía aún grande y noble renunciando á la lucha.

Ténéran no quiso dejarle solo, y le habló con dulzura, meciéndole entre los recuerdos, y después de una larga vela, al penetrar la primera luz de la aurora por la claraboya, fatigados ambos, se acostaron fraternalmente en el mismo cuarto, y se durmieron conversando.

Mels se calmó con la confesión que había hecho á Ténéran. Desde entonces habló libremente del estado de su espíritu, buscando analogías con otros hombres ilustres. Ténéran le citó algunas:

—Rossini, en pleno triunfo después del *Guillermo Tell*, que es sin duda alguna una obra maestra, renunció á componer... ¿Comprendía acaso que había dado cuanto podía dar de sí y que ya no haría nada mejor?

—Sí—dijo Mels,—pero todos los pintores mueren con el pincel en la mano...

—¿Y el hijo de Ticiano?—replicó Ténéran, con fingido buen humor...—Ya conoces los versos de Musset:

Y dejó de pintar desde aquel día.
No queriendo ilustrar á otra mujer.

Ya lo ves... dejó de pintar.

—¡Ah! ¡Era el hijo de Ticiano al fin!...
Y después, esto lo dice Musset. Pero no es
más que un efecto literario...

—¿Y acaso en nuestros tiempos, no es todo
efecto literario? Nuestras costumbres son una
pura farsa literaria. Pensamos y obramos en
vista del juicio que formará el público infor-
mado ¡Dios sabe cómo! por los periódicos.
Constantemente nos parece que un ojo enorme
se fija en nosotros para juzgar lo que hacemos.
Y ese ojo es el de la opinión pública. ¡Cuán-
tas tonterías, locuras y crímenes se cometen
bajo la mirada de ese ojo! ¡Cuánto más tran-
quilos no estaríamos si supiéramos que no
nos miran! Y las únicas personas superiores
son las que se burlan de aquella mirada ó las
que cubren valientemente aquel ojo. Entonces
se hallan en disposición de obrar según sus
conveniencias, sin preocuparse de lo que pue-
da decirse. ¡Algo es algo! ¿Qué influencia ha
de ejercer sobre un hombre honrado la opi-
nión de algunos impertinentes que se atri-
buyen el derecho de juzgarlo y de resolverlo
todo? Sin embargo, es incontestable que las
tres cuartas partes de extravagancias que se
cometen diariamente se inspiran en la nece-
sidad de exhibirse ante la platea. ¡Qué mi-
seria!

Ténérán, al paso que filosofaba con Mels
para levantar su decaído espíritu, se preocu-
paba con interés del estado físico de su ami-
go. Véale muy cambiado. Condujo á la ave-
nida de Villiers al doctor Appel, un joven
médico de los hospitales, muy inteligente,
muy desdeñoso de la terapéutica actual y afi-
cionado, por lo tanto, á resolver todas las
cuestiones médicas sin recurrir á la absorción
de medicinas. Habló con Mels, lo observó
con cuidado, y después de haberse hecho ex-
plicar directamente los fenómenos cerebrales
que se manifestaban, formuló á Ténérán su
juicio de este modo:

—Se trata de un neurasténico cuya pérdida
vital es considerable. Yo no atribuyo absolu-
tamente su debilidad á causas puramente fí-
sicas. Ningún órgano esencial aparece lesio-
nado. Pero las energías psíquicas están gra-
vemente perturbadas. Si desea usted restable-
cer el principio vital de su amigo, nada más
sencillo. Hay que llevarlo á un país distante,
como la Cerdeña, por ejemplo, ó la Córcega,
hacerle vivir una vida puramente animal, á la
orilla del mar, entre los pescadores, no pensa-
ndo en nada, cansándose mucho, y abusando de
una nutrición fosfatada. Si puede usted man-
tenerlo, durante un año, en esas condiciones,
yo le respondo de que lo traerá curado, y
volverá á pintar, con igual facilidad que an-
tes, admirables cuadros.

—¡Gracias!—dijo Ténérán, estrechando la

mano de Appel.—Usted acaba de confirmar científicamente, lo que yo imaginaba. Pero el sistema que usted preconiza es precisamente el único al que Mels no se sujetará jamás.

—¡Entonces, está perdido!

Mels, cuando volvió á ver á Ténérán, le preguntó, entre burlas y veras:

—¿Qué tal? ¿qué te ha dicho tu joven Esculapio?

—Que estás fuerte como un roble y que nos enterrarás á todos.

—¡Peor!

—Únicamente parece que tienes sacudidas nerviosas, como una mujer.

—O como un antiguo volcán próximo á extinguirse.

Dió una vuelta por el taller con cierta gallardía, y añadió:

—Yo ya no se pintar. Pero me parece que aun sé dibujar. Siéntate allí, voy á hacer un estudio de tí, por el estilo de los que dibujé en mi juventud... Ya sabes que guardo en mi cartera millares de dibujos que son tal vez lo mejor que he producido... Cuando se haga la venta de mis obras, vigila aquellos dibujos. Valen mucho dinero... Entonces, cuando los vean, me harán justicia sin duda...

Púsose ante su caballete y en una hoja de papel blanco, con lápiz negro, tiza y sanguina, ejecutó durante la tarde un retrato de Ténérán sobrio, precioso, espléndido, como un Alberto Durero. Cuando terminó, levan-

tóse Ténérán, fué á sentarse frente al caballete, y con el tablero encima de las rodillas, examinó con detención la cabeza magistralmente hecha que tenía ante los ojos. No pronunció una sola palabra: pero una lágrima se deslizó por su mejilla cayendo en el papel. Mels no lo notó. Se había tendido en el diván y fumaba con aire indiferente. Apenas si se volvió cuando Ténérán le dijo con voz conmovida:

—Si no hicieras otra cosa que estudios al lápiz, no por ello serías un artista menos digno de admiración. ¿Qué pintor hay actualmente, capaz de ejecutar una cabeza con tanta maestría?

Mels soltó una bocanada y respondió:

—¡Mayrault!

Ténérán se irritó, dió una patada, y con vehemencia:

—¡Ea! ¡deja ya á Mayrault!... Es Mayrault ¿qué duda tiene? ¡Y esto basta! ¡Pero tú eres Mels! ¡Vive Dios! Yo sé muy bien lo que has hecho en treinta años... Pero yo no sé lo que hará. ¡Tal vez se quede por el camino! ¡Cuántos artistas han dejado de realizar sus promesas!

Los labios de Mels se contrajeron con amargura:

—Subirá tan alto como promete. Tiene, para empujarle en su carrera, la fuerza á la que nada resiste: ¡la voluntad de triunfar á los ojos de una mujer amada y que le ama!

Permaneciendo sólo, hubiera podido quedarse á mitad del camino de la gloria. Pero él siente sobre su hombro, para guiarle, la mano de Teresa; en sus miradas, para iluminarle, lleva los ojos de Teresa; y sobre su corazón, amigo, para prestarle inspiración sublime, lleva el corazón de Teresa.

Y exhaló un doloroso suspiro. Ténérán, vencido por la intensidad de aquel dolor no respondió, y ambos á dos permanecieron tristes y silenciosos.

Una semana después, tuvo lugar el regreso de Mayrault y Teresa, tan pérfidamente anunciado por la condesa de Terrenoire.

Los diarios dieron la noticia. Pero los jóvenes se habían presentado ya en casa de su viejo maestro y habían hallado la puerta cerrada. Mels y Ténérán partieron para el Havre el día anterior. La vieja Prudencia, interrogada por Teresa, dió, respecto de la salud de su amo, detalles completamente tranquilizadores: «El señor trabajaba todos los días en su gran cuadro. La señorita Bazin y el señor Ténérán le habían acompañado, desde que se marchó Teresa. Salía todas las noches, volvía temprano y se levantaba muy tarde.»

La joven no pudo sacar nada más de la buena mujer, que no había penetrado el secreto de su amo, ignoraba sus desdichas y confundía la regularidad de su vida con la tranquilidad de su corazón. Aquellos informes calmaron su inquietud. Y Celia, voluntaria-

mente, acabó de darle una falsa seguridad ocultándole, para no perturbar su dicha reciente, lo que ella sabía de las tristezas de Mels.

El joven matrimonio se instaló, pues, en la casa de Montmartre, al finalizar el verano. Todo era para ellos motivo de alegría. Después del movimiento del viaje, de la actividad de las visitas á los museos y del traqueteo á través de los monumentos, la calma de su existencia en el gran taller, en medio del frondoso jardín, cuya cerca, coloreada de púrpura por la vid salvaje, parecía separarles del resto del mundo, fué un descanso delicioso. No salían nunca, y trabajaban, él en su admirable *panneau*, casi terminado ya, y ella copiando flores suntuosamente pintadas. Mirábanse, se hablaban y se amaban, con una dulzura y un placer sin igual.

El regreso de Mels y Ténérán, á favor de aquella completa claustración, pasó inadvertido para ellos. El viejo maestro, al entrar en su casa, supo por su ama de llaves la visita que Teresa le hizo y el encargo de que la avisaran cuando volviera Mels. Estas noticias parecieron dejarle muy frío. Oyólas con afectada indiferencia, y murmuró entre dientes:

—Tendré que ir á verles á Montmartre. Así pues, no dé usted aviso á Teresa de mi vuelta á París.

La anciana Prudencia declaró más tarde que le había parecido, dado el tono con que

habló su amo, que consideraba aquella visita como una pesada obligación. El día siguiente lo pasó Mels en su estudio, fantaseando y trabajando. Hizo otra tentativa para apoderarse del color, y se obstinó en buscar armonías de tonos que parecían escapársele. Rascó otra vez con rabia lo que había hecho, y oyendo que daban las cinco, tomó su bastón y su sombrero y salió.

Recorrió á pie los bulevares de las Batignolles y de Clichy, llegó á la calle Lepic, volvió hacia la calle de las Abadesas, y por la escalinata que sube al Sagrado Corazón, ganó las alturas de la colina. El sitio se hallaba casi desierto. La casa de Mayrault estaba allí cerca. Penetró en un callejón que conducía á una puertecita cerrada por una reja, que se abría en el cercado del jardín y se disponía á entrar, cuando oyó dos voces que hablaban en un cenador cubierto de verdura, que dominaba el camino y terminaba la terraza. Y aquellas dos voces eran las de Mayrault y de Teresa.

Los jóvenes, encerrados en aquel frondoso y tranquilo retiro, no podían ver al visitante que se había acercado sin ruido. Ambos volvíanle la espalda y contemplaban, por encima del declive que baja hasta la plaza de San Pedro, la ciudad que se desvanecía como nube cenicienta entre los últimos resplandores del sol próximo á trasponer el horizonte. Acostumbrados á la soledad de aquel lejano sitio, no podían sospechar que alguien les oyera, y

mucho menos que es alguien fuese Mels. Así pues, no se reprimían y hablaban sin ninguna reserva.

Mels, desde el primer instante, oyó pronunciar su nombre. Palideció y acercóse más aún. En aquel momento su cuerpo se apoyaba contra el vallado cubierto de encarnadas hojas, y encajado en una especie de nicho que formaban las ramas de acre perfume, escuchaba, con toda su atención, lo que decían á su lado:

—Es absolutamente necesario que vaya á ver á mi maestro—acababa de contestar Mayrault.—Debe causarle ya extrañeza que no me haya visto aún... ¡Oh! ¡Me será muy doloroso! ¿Pero cómo dispensarme de ello?... Tú, tienes todos los privilegios de la mujer, tú puedes causar pena impunemente... ¡Pero yo!... ¡Yo tengo muchas cosas de que reconvenirme respecto á él!

—¿Pero cuáles? —preguntó Teresa con ironía.

—¡Toma! ¡Haberte robado! ¿No te parece bastante?

—No se roba jamás á una mujer. Es ella la que se da. Nadie podía disponer de mí, sino yo misma. Te amé... ¿Qué crimen cometiste? ¿Y qué agravios ha recibido Mels de ti?

—Ninguno, ya lo sé. Pero no siempre nos ofenden agravios recibidos... A veces nos los forjamos... ¡Y son los mayores!... Un pobre hombre envejecido, que se hace todavía ilu-

siones, sufre mucho más cruelmente al verse desdeñado que un joven que siente afluir en él todos los entusiasmos de la vida... El primero se da cuenta de que sufre un desastre irreparable... El segundo tiene derecho á confiar en el desquite, y esto le consuela. La mujer que ha dicho: no, ya sea á éste, ya á aquél, era libre de rehusar, y haciéndolo, ha hecho uso de un poder incontestable. Pero no es menos cierto que, en un caso, ha sido mucho más cruel que en el otro, y que el viejo aspirante, que fundara en el amor de una mujer su última esperanza de felicidad, queda autorizado, y esta es la causa de mi pena, á conservar contra su preferido rival ciertos agravios que tú puedes negar, pero que no son por ello menos poderosos. En nuestro caso, el preferido soy yo; yo sé que mi maestro se considera desdichado, y me duele, porque le quiero.

Las ramas del vallado temblaron, de repente como si un soplo huracanado las hubiera sacudido. En el aire tranquilo sonó como una especie de lamento. Daniel y Teresa prestaron oído, sobresaltados. Pero volvió á reinar profundo silencio. El rumor confuso de la ciudad espiraba en las verdes murallas de aquel jardín. Mels se callaba para no descubrir su dolor. Ambos esposos volvieron á recobrar su tranquilidad. Ningún nuevo indicio les permitió suponer el crimen moral que estaban cometiendo en aquel instante, en

aquella hermosa tarde de verano, conversando con toda la ingenuidad de su imaginación. Teresa respondió á Mayrauli, con una risotada que desgarró el corazón de Mels:

—Si tan desgraciado eres porque he preferido vivir contigo, en esta casita de Montmartre, y no en el rico *hôtel* de la avenida de Villiers, devuélveme á donde estaba... No quedaría abandonada por esto. Mi maestro me volvería á tomar, créelo...

—No, ángel de mi vida, yo te guardo, porque eres la condición indispensable de mi existencia, porque mi inspiración halla su origen en mis ojos. ¿Qué sería de mí si no te tuviese para animarme, para aconsejarme en los días de fiebre, y para consolarme si llegaran á venir los días de postración? Yo sé muy bien lo que vale mi tesoro, Teresa. Y precisamente porque lo sé compadezco al que lo ha deseado, como yo, y no lo ha podido obtener. Yo presiento ¿ves?—no sé cómo explicarme—que hemos causado á Mels un daño irreparable... Temo que el golpe que ha recibido sea más grave de lo que ha dejado traslucir... El es orgulloso... Y ha ocultado su herida. Pero le sangra por dentro. Y esas llagas ocultas son las más dolorosas... Mels á pesar de su exterior ligero y malicioso, es un corazón tierno y sensible... Le conozco perfectamente... Por esto no puedo pensar sin angustia en el momento en que volveré á verle.

—¡Ah! ¡no exageres tu tormento! Todo se arreglará... Las tres cuartas partes de las dificultades que encontramos, nos las creamos nosotros mismos... Yo te pregunto ¿por qué te calientas el cerebro inventando desdichas que no existen tal vez más que en tu imaginación? En suma, si Mels me propuso casarme con él fué por que quiso, según me explicó con mucha dignidad y afecto, asegurar mi porvenir. Cuando nos casamos se portó muy noblemente, como un padre...

Daniel se echó á reir.

—¿De qué te ríes?

—¿No era propio de su edad?

—¡Pues yo me temo que aún se haga ilusiones!

—Las que le han imbuído esas malas pécoras de mujeres del gran mundo, entre las cuales vivía...

Teresa frunció las cejas é hizo un ademán de amenaza.

—Como la condesa de Terrenoire...

—¡Daniel! si hablas de esa mujer, vamos á incomodarnos.

—¡Cómo! ¿Podrías estar celosa de ella?

—¡Es que sé de lo que es capaz! Ella fué la que estuvo á punto de lograr que le quitaran á Mels la decoración del Palacio para dártela, mientras tuvo esperanzas de conquistarte, y la que intrigó en sentido contrario cuando vió que no querías nada con ella... ¡Ah! si nuestro maestro triunfó, jamás sabrá ni por qué ni cómo.

—El caso es que triunfe,—dijo Mayrault con voz grave.—Y si puedo contribuir á ese resultado, sería una inmensa satisfacción para mí. Ya sabes con qué entusiasmo trabajé en el boceto expuesto por él... Si quiere dejarme participar á la ejecución del cuadro, pondré todo cuanto yo sepa... ¡Ah! si le pudiese devolver en gloria lo que le he robado en alegría, sería mi mayor desquite. ¡Me parece que me libraría de una deuda y que mi conciencia quedaría más tranquila!...

—¡Oh! mi bueno y noble Daniel,—exclamó Teresa.—¿Cómo hubiera podido dejar de amarte? Sí, tú eres el grande artista, generoso y desinteresado... Sí, tú acudirás en socorro de las desfallecidas fuerzas de nuestro viejo maestro, y como la primera vez, yo te ayudaré... ¡Así te deberá su último rayo de gloria!

Luego reinó silencio. Sólo la brisa, entre el ambiente oscurecido por el ocaso, murmuraba á través de las ramas. Después la joven pareja, amorosamente enlazada apareció en la terraza, sobre la que descendía la frescura de la noche. Teresa y Daniel andaban muy juntitos, uno al lado de otro, con un paso cadencioso que revelaba el acuerdo de sus movimientos, perfecto como el de sus ideas.

Mels, al abrigo del vallado, veía como se alejaban, destacándose sobre el cielo rojizo del ocaso, y le parecía que se agrandaban, que crecían como gigantes hasta ofuscar el

horizonte, mientras él, en la sombra, iba empequeñeciéndose, desapareciendo hasta dejar de existir. Y suspiró profundamente. La conciencia de su abandono, de su caída, le oprimía el corazón. Dirigió á los jóvenes que continuaban su ascensión hacia la luz, una postrera mirada. Y con la cabeza baja, con la tristeza de la muerte, se alejó.

En aquellos cortos instantes que acababa de pasar allí oyendo aquellas confidencias tan llenas de cariño para él, pero al mismo tiempo tan crueles, perdió sus últimas ilusiones. Se había visto juzgado, moral y materialmente, por aquellos dos jóvenes que le amaban. Un supremo orgullo le hizo erguir, murmurando:

—¡Compadecido, jamás!

Llegaba entonces á lo alto de la escalinata que, por medio de escalonadas pendientes, baja hacia París. Detúvose en el borde de un pretil que domina la calle á unos cuarenta metros de altura. Púsose de codos en la piedra, clavando los ojos en el horizonte y permaneció así largo rato, fantaseando. El crepúsculo vespertino se extendía á su alrededor. Las cosas iban tomando formas indecisas. Un vapor azulado envolvía París, y las cúspides de los monumentos que sobresalían de la masa de piedra, se obscurecían. De pronto, el disco sangriento del sol se ocultó detrás de las colinas. El cielo palideció, se puso amarillento, después verde, con tintes cobrizos, y por fin



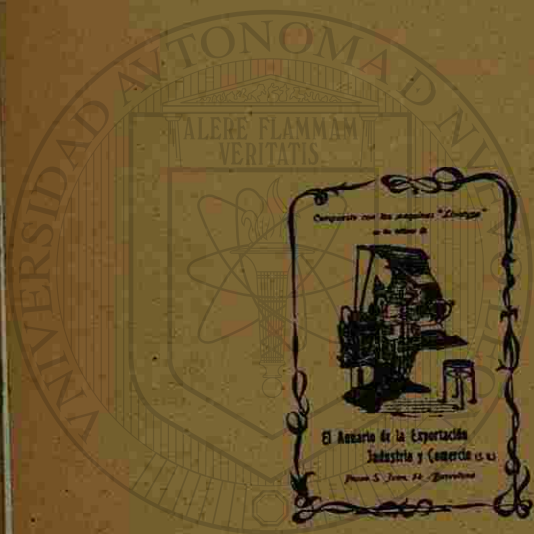
se obscureció como metal después de la fusión. Alrededor de Mels reinaba completa soledad y la sombra se iba haciendo profunda. Las luces de gas de la plaza empezaron á brillar en la obscuridad como luciérnagas, y Mels prorrumpió en un doloroso lamento.

Vió dentro de sí sólo negrura, como ante sus ojos. Se sintió exhausto. Pensó lo espantoso que sería sobrevivir á sí mismo y ser objeto de piedad por cuantos le habían temido y envidiado. Dirigió una postrera mirada hacia la altura donde se extendía el jardín, la terraza y la casita en la que resplandecía entonces la felicidad y la gloria. Murmuró un voto de felicidad dirigido á los jóvenes, que Dios acogió seguramente como una oración. Y así como momentos antes el gran disco sangriento del sol se había hundido en la noche, él cerró los ojos, se hundió en el vacío y se dejó caer en brazos de la muerte.

FIN



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apo. 205 MONTERREY, MEXICO



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

